



UBA, FADU.

Universidad de Buenos Aires Facultad de Arquitectura
Diseño y Urbanismo



Universidad de Buenos Aires
Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo
F.A.D.U.

POSGRADO MAESTRIA EN:

**HABITAT Y POBREZA URBANA EN AMERICA LATINA
(MHyPUAL)**

Defensa de Tesis

Tema:

“Relación entre la construcción de una identidad popular diferenciada, el lenguaje de la exclusión y la vivienda social”

Alumno:

Profesor Arquitecto **D´ANDREA**, Alejandro Fabián

Director de Tesis:

Magister Arquitecto **CRISTOFANI**, Guillermo Luis

Co-Director de Tesis:

Arquitecta **RUNGE**, Graciela Beatriz

FACULTAD DE ARQUITECTURA, DISEÑO Y URBANISMO – U.B.A.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, a los 02 días del mes de mayo de 2018.

“Reconocer la pobreza no deshonra a un hombre, pero sí no hacer ningún esfuerzo para salir de ella”.

TUCIDIDES

TABLA DE CONTENIDOS

Resumen - Abstract - Palabras claves	004
Introducción	005
Objetivo general / Objetivos Particulares	008
Marco teórico	009
Estado del arte	014
Metodología	019
Capítulo 1 - El origen de las estigmatizaciones	
Verdad la mentira	021
Capítulo 2 – La evidencia de los hechos	
Un imaginario de exclusión construido	032
Capítulo 3 – Las soluciones de vivienda	
Una arquitectura ficcionada	044
Capítulo 4 - El proyecto peronista	
“Mejor que decir es hacer, y mejor que prometer es realizar”	059
Capítulo 5 – El posperonismo y el proyecto liberal	
¿Para qué vivienda popular?	074
Capítulo 6 – La investigación	
Una mirada de hoy	092
Conclusiones	105
Documentos Gráficos	112
Bibliografía	120
Documentos	123

RESUMEN

Al frecuente y reconocido discurso estigmatizante de los sectores populares, se le corresponde una menos explorada semántica que revela la probable existencia en la memoria colectiva de una “arquitectura para la pobreza”.

Esa semántica, en tanto categoría social diferenciada, tiene en la producción genérica a gran escala, la materialización constructiva estandarizada y una respuesta tipológica repetitiva y unificadora los rasgos signicos que le confieren identidad como lenguaje construido.

Con esta intención nos preguntamos acerca de: ¿Qué rasgos del lenguaje de la arquitectura construyen un imaginario de exclusión?

¿Qué efectos provoca la adjetivación de la vivienda sobre los sectores formales?

¿Cómo articula en los sectores postergados identidad de clase y vivienda social?

¿De qué manera la estructura cognitiva del colectivo presupone la existencia de una ciudad blanca y una ciudad negra?

ABSTRACT

In the frequent and stigmatized speech of the working class, we can also explore the semantics that reveals the probable existence of an architecture for the poor.

This semantics, considered as a differentiated social category, has a generic production at a large scale, a standardized constructive materialization and a repetitive typology.

So, we ask ourselves:

What features of the architectural language build an imagined exclusion?

What effects do the adjectives of housing produce on the formal sectors?

In what way does the cognitive structure of the groups suppose the existence of a black or white city?

PALABRAS CLAVE

Lenguaje, Discurso, Clase, Estigma, Exclusión, Memoria Colectiva, Vivienda Social.

INTRODUCCION

La preocupación que nos interroga se propone buscar una aproximación a poder entender y explicar las formas en que el discurso, expresado en sus dimensiones como lenguaje oral y físico, y en sus distintas variantes de reproducción ampliada, construyen diferentes representaciones que se instalan a niveles cognitivos en el imaginario social.

En igual sentido, resulta de interés explorar el valor cultural que asumen los discursos estigmatizantes, y que alentando una suerte de exclusión ciudadana (racismo urbano), orientan las prácticas en la producción de una ciudad fragmentada.

En este sentido pueden entenderse los sucesivos fracasos en las diversas políticas públicas de “vivienda social” que se pretenden de carácter inclusivo.

Practicadas por los estados en atención a los reclamos que expresan los sectores populares las soluciones a la vivienda se conforman como representaciones construidas que desde su lógica proyectual estigmatizan a los sectores populares en razón de su condición de clase.

Cabe entonces preguntarnos acerca de la posibilidad de oponer a esta práctica cargada de historicidad una mirada contracultural que propicie mediante la **exclusión del lenguaje** una forma activa de interpelación al **lenguaje de exclusión**.

Asumir esa mirada superadora hará necesario avanzar en la construcción de un nuevo conocimiento que revele las claves de esa existencia diferenciada habitando en los contextos mixturados de la ciudad con que se definen las tramas urbanas de los grandes centros.

Hacerlo supondrá la presunción apriorística de que un conjunto de experiencias y aprendizajes emanados del acto de habitar encuentran en las construcciones ideológicas de los sectores de opinión, influidos y conformados en razón de presupuestos que imponen los discursos dominantes y de tradición, una exclusión implícita que le concede condición de extranjería a los habitantes de la pobreza urbana y social.

Así entonces, tal como el hombre vive inmerso en una trama de significados que el mismo ha construido (tesis cultural de Weber), la arquitectura articula su discurso inserta en un sistema de símbolos, y por lo tanto, conocer sobre ambos campos demanda de una reflexión interpretativa que pueda acercarnos al encuentro de esos significados.

La ciudad, por definición, contiene el sentido real de la existencia del hombre y las circunstancias y progresos que lo modifican en su esencia.

Habitar la ciudad es una forma de elección primaria con la que el hombre funda las instituciones para su sociabilización, entre ellas se encuentra el espacio público como escenario donde se corporizan las realizaciones del todo, pero también como fuente de desigualdad en el acceso a la ciudadanía plena.

Hannah Arendt desarrolla dos tesis centrales para definir la antropocentricidad del acto de habitar, “lo necesitado” y la “visibilidad”.

Para Arendt, lo privado es lo necesitado, la vida humana es ante todo la vida necesitada y la vivienda que satisface y protege esas necesidades es el lugar para cuidar de lo necesitado.

Desde allí, y en relación a nuestro objeto de estudio, en la vivienda lo que importa es aquello que significa y en qué grado satisface lo necesitado.

Sin embargo, en las soluciones de habitación para la informalidad se puede asumir que ese constructo encuentra, en el lenguaje que la define como tal, una forma cultural diferenciada que opera su desaparición del espacio público como parte de lo socialmente urbano.

Tal como el hombre se realiza en relación a otros hombres, la vivienda lo hace en relación con el espacio público, con la ciudad, porque en tanto sistema de símbolos expresado como lenguaje, se trata del lugar de la aparición culturalmente necesaria para la experiencia de lo colectivo.

En la aparición y la visibilidad está el principio de la sociabilización y la desaparición simbólica del diferente, del otro, esto resulta concurrente con la desaparición del sector popular del espacio público a manos de un racismo urbano que reside en el imaginario social como producto de las significaciones contenidas en el lenguaje que los cualifica y califica.

En la informalidad, y derivado de la tesis de Arendt, puede reconocerse, como origen de su desaparición simbólica del espacio público, la particular desaparición de la división entre lo público y privado.

El espacio común pone en evidencia las debilidades de un sistema al permitir visibilizar la desigualdad, y al mismo tiempo contiene en él los fundamentos de una ciudad fragmentada que opera, a través de símbolos lingüísticos y arquitectónicos, la construcción de un imaginario social de exclusión.

La producción de una ciudad polifórmica, encuentra en esa utilización categórica de lo “social”, adjetivación disponible en el lenguaje hablado, el recurso de la “estandarización constructiva y tipológica”, propia del discurso arquitectónico, para la configuración de un imaginario colectivo que coadyuva a la estigmatización de los sectores precarizados habitantes de la informalidad en asentamientos precarios no planificados.

Ese imaginario promueve una uniformidad en la mirada del conjunto sobre las villas urbanas, soporte de la idea de miseria, entendida ésta como variable de una operación cuantitativa que resulta de la suma de muchas miserias individuales cohabitando los lugares de la exclusión.

Construir un conocimiento acerca del que, el cómo y por qué las formas del lenguaje oral y construido promueve representaciones colectivas de exclusión, implica abordar la comprensión de los significados y los significantes que actúan sobre los signos involucrados, a partir del diseño de un sistema analítico-reflexivo que abarque la totalidad significativa.

OBJETIVO GENERAL

Relacionar la semántica que asumen los discursos de exclusión, tanto en su dimensión oral como en la espacial construida, en la construcción de un imaginario social y urbano de y hacia los sectores populares postergados.

OBJETIVOS PARTICULARES

- Comprender los procesos de construcción del lenguaje, los mecanismos de reproducción del discurso y la conformación de consensos.
- Analizar la gestión del miedo como articuladora del discurso de exclusión de los sectores populares y sus lugares de habitación.
- Describir el rol de la “tolerancia de clase” en la gestión de radicación y erradicación del hábitat social.
- Describir la legitimación institucional de la exclusión a lo largo de los procesos de apropiación urbana de los sectores populares.
- Reconocer el desarrollo de una estética de la pobreza asociada a las soluciones habitacionales implementadas.
- Describir la vigencia de los prejuicios en la mirada actual.
- Analizar la adjetivación como diferencia en el conflicto vivienda / vivienda social.

MARCO TEORICO

“El espacio es definido como la materialización de la existencia humana. Entendiendo que las relaciones sociales se proyectan en el espacio, se inscriben a sí mismas en el espacio a medida que se producen, de otra manera quedarían en una pura abstracción.”

Lefebvre, H. “La producción del espacio”. **González**, P. en “Los asentamientos populares en la región metropolitana de Buenos Aires: Emergencia y reproducción del territorio en los procesos neoliberales de construcción de ciudad (1980-2010) ”.. Facultad de humanidades y ciencias de la educación. UNLP. Memoria Académica. Geograficando. Año 6, N° 6. 2010. pp. 147-164.

“Este lenguaje arquitectónico se corresponde a un tiempo histórico del cual es expresión. Por consiguiente, requiere constantes renovaciones en función de los requerimientos sociales cambiantes y según el tiempo. Tales renovaciones ideológicas se traducen en técnicas específicas proyectuales, las que denotan y connotan al objeto en evidente constancia de semantización. En tanto expresión de un mismo mensaje, en la obra artística forma y contenido, significativa y significado, conforman una unidad.”

Baudelaire, C. “El arquitecto piensa, pero no producirá una obra hecha de palabras sino un objeto hecho de formas y materiales”. Frase. Disponible en: Cosas de arquitectos. www.cosasdearquitectos.com

“La arquitectura es expresión, al expresar estamos comunicando, nuestras obras son el resultado de lo que intentamos transmitir. Si entendemos nuestra disciplina desde esta perspectiva nos daremos cuenta de la herramienta que tenemos en nuestro poder, el poder de la palabra, de la idea, del gesto, de la enseñanza. La arquitectura en tanto disciplina artística convoca significados, para concluir ella misma autoconstruyéndose en significado.”

Oddone, H. “El lenguaje en la arquitectura contemporánea”. Disponible en: www.arguba.com 1999-2016

“Para realizar el grandilocuente sueño de una ciudad capital moderna y pujante era imperioso garantizar que solo vivieran allí quienes pudieran merecerla. Ciertamente, los pobres no se encontraban entre ellos. El plan fue anticipado y acompañado de una intensa campaña propagandística que fortalecía el estigma sobre los villeros, naturalizando su situación de pobreza y marginalidad, insistiendo en sus mensajes que el plan de erradicación no era un problema estrictamente asociado al déficit habitacional sino a la estética de la ciudad y a la defensa de las buenas costumbres y la moral.”

Salvatori, S., Saraví, M. E. y Raggio, S. “La política social de las topadoras – Erradicación de las villas durante la última dictadura militar”. En Memoria en las aulas. Programa “Jóvenes y Memoria. Recordamos para el futuro”. Dossier N° 3. Publicación de la Comisión Provincial por la Memoria. En: www.comisionporlamemoria.org

“La construcción y experimentación de antagonismos sociales es clave para la teoría del discurso por tres motivos. Primero, porque la creación de una relación antagónica, que siempre supone producir un enemigo o un otro, es vital para el establecimiento de fronteras políticas. Segundo, la constitución de relaciones antagónicas y la estabilización de fronteras políticas, es crucial en la fijación parcial de la identidad de las formaciones discursivas y de los agentes sociales. Tercero, la experiencia del antagonismo muestra de modo ejemplar la contingencia de la identidad.”

Howarth, D. “La Teoría del Discurso”. En David **Marsh** y Gerry **Stoker** (eds.). Teoría y métodos de la ciencia política. - Madrid: Alianza editorial. Pp. 125-142.

“De esta manera el análisis del discurso sin ambigüedad ni pudor responde a lecturas políticas, políticas porque las formaciones discursivas en tanto correlato de las formaciones sociales son formas de dar y restar poder, es decir son el signo más concreto en que podemos evidenciar la permanencia y funcionamiento de la dialéctica amo/siervo en donde hegelianamente el discurso es la interfaz que permite al dominador apoderarse del deseo de su dominado”

Orlandi, E. “Análisis del discurso – Principios y procedimientos”. Editorial LOM. Chile. 2012. En Borgoña, M. A. Entremeios: Revista de estudios do discurso.v.6, jan/2013 En: <http://www.entremeios.inf.br>

“La identidad colectiva se conforma como el conjunto de creencias compartidas por una sociedad que implica una visión de sí misma como “nosotros”, es decir, una auto-representación de “nosotros mismos” como estos y no los otros... Una representación de sí mismos como sujetos definibles y definidos que constituye el núcleo de lo que para una sociedad será aceptable e imaginable.”

Cabrera, D. H. “Imaginario social, comunicación e identidad colectiva”. Facultad de Comunicación. Universidad de Navarra. Disponible en: www.portalcomunicacion.com

“Estas formas creadas por cada sociedad hacen que exista un mundo en el cual la sociedad se inscribe y se da lugar. Mediante ellas es como se constituye un sistema de normas, de instituciones en el sentido más amplio del término, de valores, de orientaciones, de finalidades de la vida tanto colectiva como individual. En el núcleo

de estas formas se encuentran cada vez las significaciones imaginarias sociales, creadas por esta sociedad, y que sus instituciones encarnan.”

Castoriadis, C. “La Institución Imaginaria de la Sociedad”. Tusquets Editores. Buenos Aires, 2007. Pp. 195

“Toda ideología es una referencia al poder, y hay una íntima relación entre espacio y poder, poder y lugar. En la medida en que la arquitectura manipula espacios, atribuye diferentes significaciones a los roles sociales y les reconoce cuotas de poder distintas y aquí, ciertamente, hay un planteo ideológico. No solamente clases poderosas y clases sin poder, sino también lo público y lo privado, lo individual y lo colectivo, lo masculino y lo femenino, lo joven y lo viejo, pueden ser relaciones de poder que tienen manifestaciones espaciales.”

Almeida, P. “Sociología Urbana e Ideología”. En Colección Summarios (eds.). “Arquitectura e Ideología”. Ediciones Summa S.A. Año 10 Número 113. Argentina, mayo 1987. Pp. 9-14

“La sociedad, siendo escenario de pugnas socio-imaginarias, da finalmente lugar a imaginarios sociales dominantes e imaginarios sociales dominados, tratándose del forastero, en la formulación de una mirada hegemónica, la intervención del estado es capital en la medida que fue éste la instancia que en Chile – y en América Latina – promovió un ideal de Nación, estableciendo así un criterio de inclusión y de exclusión.....Desde un punto de vista teórico, entonces, podemos de entrada decir que la configuración de un imaginario social dominante tiene lugar como resultado de una pugna de significaciones intervenida en el seno de las élites de nuestra sociedad y al interior del campo simbólico.”

Baeza, M. A. y Grace Silva, G. “Imaginarios sociales del otro. El personaje del forastero en Chile (de 1845 a nuestros días)”. En XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología. Buenos Aires, 2009.

“El señor Lanari sintió una vaga ternura, una vaga piedad, se dijo que así eran estos negros, que se iba a hacer, la vida era dura con ellos, sonrió, saco cien pesos y se los puso arrollados en el gollete de la botella pensando vagamente en la caridad. Se sintió satisfecho. Se quedó mirándola, con las manos en los bolsillos, despreciándola despacio. ¿Qué están haciendo ahí ustedes dos? – la voz era dura y malévola...El señor Lanari, perplejo, asustado, le sonrió con un gesto de complicidad al vigilante. Mire estos negros agente, se pasan la vida en curda y después se embroman y hacen barullo y no dejan dormir a la gente. Entonces se dio cuenta que el vigilante también era bastante morocho, pero ya era tarde.”

Rozenmacher, G. "Cabecita negra". Centro editor de América Latina. Buenos Aires. 1992.

"A partir de los años 40, se identifica al provinciano con el mote de cabecita negra. Este apodo es usado por intelectuales disidentes del gobierno de Juan Domingo Perón. El rechazo se concentra en el militante peronista y en la explotación de sus múltiples identidades degradadas: migrante, indio, negro, bárbaro, iletrado y pobre. El cabecita vive en la villa miseria."

Forcadell, María "Representaciones e imaginarios sobre la pobreza. Villa miseria y subjetividad en la literatura argentina del siglo XX y XXI". En Washington University. *All Theses and Dissertations (ETDs)*. Saint Louis: Missouri. Diciembre 2009. Pp. 113.

" En la época de Perón fueron visibles como cabecitas negras. Ahora lo serán como villeros..... Tanto cabecita negra como villeros constituyen motes utilizados en diferentes momentos de la historia nacional para eludir a personas, que según Ratier, "sociológicamente" son las mismas. Si ambos registran las huellas de las migraciones internas, entre ellos media la diferente "posición respecto del poder", un proceso de marginación vinculado a la caída de Perón."

Ferraui Curto, M. C. "Inmigrantes en nuestra propia patria". Apuntes de Investigación CECYP/Lecturas en Debate, Nº 13. Pp. 221-225. Disponible en: www.dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4509245 1997-2016.

"El gran estereotipo criminalizador del discurso estatal – respaldado por el discurso de ciertas disciplinas sociales – articulado en la ecuación pobreza = criminalidad, recolecto las cosechas de sus paradojas críticas y las convirtió en fundamento científico y social de sus intervenciones represivas."

Sued, G. "El espectro criminal". Editorial La Grieta. Puerto Rico. Año 2005. Pp. 120

"Las villas son esos lugares que hay que eludir, donde los delincuentes encuentran guarida, donde tienen montones de hijos que luego deambulan por ahí, si es que no mueren antes, donde no tienen para leche, pero sí para el vino, donde los que no tienen techo seguro tienen televisor, lugares donde ni la policía entra, lugares peligrosos, donde la promiscuidad reina por doquier, con las tasas más altas de analfabetismo, mortalidad infantil, desempleo y delincuencia. La mayoría de las veces estas representaciones son alimentadas por el consumo de las representaciones de los medios."

Crovara, M. E. "Pobreza y estigma en una villa miseria argentina". En *Política y Cultura*. Año 2004, núm. 22. Pp. 29-45

"El hombre de la ciudad no siempre las conoce, pasa atemorizado ante esa acumulación de chapas y maderas cuya impresión de desorden le molesta. Maldice su suerte si le toca vivir al lado de una. Observa con temor el ir y venir de los hombres que las habitan hacia el trabajo, la intrusión de sus mujeres en los comercios del barrio, la travesura descalza de sus enjambres de niños. Aunque la clase media no lo sepa la villa miseria ya está imbricada para siempre en su vida diaria. Llega hasta las casas de departamentos desde su propio nacimiento en el albañil boliviano que las levanta, en la mujer que cumple tareas de servicio doméstico por horas. Está en los brazos fornidos de los portuarios, en los cuchillos de los matarifes del frigorífico, en las fábricas. En la mujer que vende ajos y limones en la feria. La villa construye y mantiene la ciudad que la generó y la margina."

Ratier, Hugo. "Villeros y Villas Miseria". Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. 1971.

ESTADO DEL ARTE

En el contexto de una sociedad fuertemente determinada por caracterizaciones de los actores urbanos que resultan antagónicas en relación a las expectativas de acceso pleno a la ciudad, reconstruir las identidades de sector, asociadas a la objetualidad construida como lenguaje de la arquitectura, resulta en un desafío orientado a establecer regularidades en los imaginarios oral y físico que operan sobre el colectivo social apelando a un imaginario común en el campo de lo simbólico.

En este sentido, la experiencia de los sectores populares se constituye como identidad degradada, inherente e irreversible en tanto propia de su naturaleza, y se configura en el antagonismo como sintaxis estructurante de los discursos de exclusión.

La semántica del antagonismo resulta clave para la comprensión discursiva dominante por cuanto resulta legitimada en la aparición de un otro diferente, que es intrínseca de modo relacional con las prácticas sociales de articulación inter-sectores y que establece el carácter extramuros de las identidades disfuncionales asignadas a los sectores populares.

Esta disfunción asimilada es contingente y articula desde la palabra claras fronteras políticas estableciendo continuidades identitarias en el tiempo (Howarth, 1972).

Una mirada abarcativa de los contenidos simbólicos que se ponen en juego a la hora de establecer jerarquías sociales de dominación, lo que está arriba y lo que está abajo, interpela las variables lingüísticas de un relato arquitectónico que se corresponde en su composición formal con las variables intangibles de lo que pretende representar.

La resignificación signica de una arquitectura también diferencial, se reconfigura como lenguaje apropiado también jerárquico, estableciendo la existencia de una respuesta proyectual que es imagen y es sentido de una exclusión material.

Esta morfología de lo popular, esta arquitectura de la pobreza devela en su obra el secretismo de una unidad de lectura interpretativa con la demanda excluyente del posicionamiento social del que es expresión.

Baudelaire entiende que, a semejanza de la estructura oral del lenguaje, y como ella, se trata de un discurso unívoco donde forma y contenido y significado y significante dan a la formación proyectual un valor ideológico que tiene en la semántica del objeto un referente identificable y que en nuestro análisis refleja una estética de lo marginal.

Este mensaje instalado, que es cultural, se sitúa en los límites mismos de la memoria colectiva y encuentra en la escala del discurso, en su oportunidad tecnológica y en la configuración tipológica del hábitat las palabras con que se articula

la aparición de la pobreza urbano-social en los fragmentos del espacio público de una ciudad desigual.

En lo teórico conceptual, es el sistema de valores que la sociedad le asigna y reconoce lo que legitima la formulación de una existencia de orden natural que está determinada por su condición de ser.

En este marco reflexivo, la arquitectura como expresión ideológica de la obra comunica y expresa aquello que quiere transmitir, convocando como disciplina, desde el poder de la palabra construida y la idea del diseño, a una reelaboración del significado de su gramática oficial al tiempo que se auto- construye a sí misma como significado al reescribir desde la materialidad de sus signos una arquitectura de clase (Oddonte, 1999-2016).

Al fijar sobre el colectivo la idea de una identidad de los otros, se comprende el valor de la identidad del nosotros (Cabrera) conjurada en la búsqueda de alcanzar desde un sistema de creencias compartidas los consensos para la legitimación de los discursos que expresan la distancia social.

Los discursos del lenguaje de exclusión asignan valor de identidad al espacio que Lefebvre define como materialización de las relaciones sociales contenidas en la existencialidad del sujeto.

Es también y a la vez, reconocerle institucionalidad a la sintaxis excluyente creada por un sector dominante de la sociedad, y que en el entender de Castoriadis, se sucede de una cosmovisión del mundo compartida en el que ese recorte social se inscribe, significando el imaginario colectivo que legitima la pobreza y las prácticas con las que sus institutos formales, el estado, la perpetúan.

El mensaje en ambos campos de la dialéctica del discurso, el oral y el construido, ordena el lugar que, en las estructuras de poder, verticalmente jerárquicas y dominantes de occidente, ocupan los pobres estructurales que esa misma sociedad reproduce y los espacios de la ciudad que habitan, construyendo el dogma lingüístico que para Georg Hegel media en la relación dominante-dominado (Orlandi, 2012).

En "Arquitectura e Ideología" Pedro Almeida sintetiza de manera precisa esta perspectiva "*Toda ideología es una referencia al poder, y hay una íntima relación entre espacio y poder, poder y lugar*".

Esta aseveración, que además pone en juego una lectura clasista de la sociedad, recupera el valor antropocéntrico del espacio en tanto lugar de las celebraciones colectivas, asignando referencia de identidad a los sectores sociales que lo habitan, y no solo haciendo visible el desequilibrio entre las posibilidades de poder de clase, sino además entronizando una ideología de la pobreza que es urbana y que es social.

En esa ideología que presume inferioridad funcional en los sectores populares, las villas resumen los contenidos sustantivos de la exclusión, orientados a regular los parámetros discursivos en términos de tolerancia social al diferente y mediando en los consensos a través de la gestión del miedo que la informalidad representa.

Las ciencias sociales estudian persistentemente el sentido que encierra el estereotipo criminalizador del pobre.

Sued asigna a la ecuación pobreza = criminalidad la articulación de la lengua, una vez más hablada o construida, literal o arquitectónica, el centro en la matriz del discurso de exclusión que el estado se apropia como fundamento de sus intervenciones represivas y que registrará en grados variables los límites que la tolerancia de clase fije como aceptables en el tiempo.

Quizá sean los períodos post-populares de gobiernos peronistas (Forcadell 2009) en la segunda mitad del siglo XX la evidencia empírica más clara de un exacerbado constructo estigmatizante del pobre, que es, económicamente explotado, socialmente débil y jurídicamente despojado.

Convencido inferior en su conciencia de clase por una intelectualidad reaccionaria y conservadora, usina de la exclusión discursiva de una identidad degradada, se asumió cabecita negra, bárbaro, iletrado, indio, pobre, migrante.

Será Ratier en su reconocido "*Villeros y Villas Miseria*" quien revele las claves del discurso estigmatizante del postergado, desandando la sintaxis en la oratoria de exclusión y los signos de una arquitectura formal que se construye en la vivienda como estética de la pobreza.

"El hombre de la ciudad no siempre las conoce, pasa atemorizado ante esa acumulación de chapas y maderas cuya impresión de desorden le molesta. Maldice su suerte si le toca vivir al lado de una. Observa con temor el ir y venir de los hombres que las habitan hacia el trabajo, la intrusión de sus mujeres en los comercios del barrio, la travesura descalza de sus enjambres de niños. Aunque la clase media no lo sepa la villa miseria ya está imbricada para siempre en su vida diaria. Llega hasta las casas de departamentos desde su propio nacimiento en el albañil boliviano que las levanta, en la mujer que cumple tareas de servicio doméstico por horas. Está en los brazos fornidos de los portuarios, en los cuchillos de los matarifes del frigorífico, en las fábricas. En la mujer que vende ajos y limones en la feria. La villa construye y mantiene la ciudad que la generó y la margina." (Ratier, 1971).

Ferrauri Curto al estudiar a Ratier señala que el habitante informal de la ciudad encuentra en la categorización de su marginalidad una lengua que tiene en el antes cabecita negra y ahora villero un silogismo sociológicamente equivalente, donde la

huella como diferente que lo etiqueta determina su posición relativa en el acceso al poder, la distribución de la riqueza, la vivienda y el acceso a la ciudad.

Así entonces, la construcción de sentido en las dialécticas formales que pesan sobre la pobreza, y que venimos explorando, tiene al villero viviendo en la villa.

Generar los consensos para avanzar en la exclusión, control y dominación de las clases bajas, necesita delimitar las fronteras sociales con los sectores medios mayoritarios caracterizando el espacio de residencia de aquellos como refugios turgurizados.

Se construye desde el discurso hablado y su referente de imagen la representación recortada de una realidad inhumana que alimentan los medios (Crovara, 2004) en favor de la exclusión, lugares donde habita la delincuencia, la promiscuidad y el peligro en medio de elevadas tasas de analfabetismo, mortalidad infantil, desempleo y vagancia.

Este paradigma que encierra las claves estructurantes de la teoría del discurso desarrollada por Howarth tiene en la ocupación migrante, consecuente con el proceso de sustitución de importaciones, el germen de las disputas por el espacio.

Las aspiraciones urbanísticas de un sector cosmopolita encarna esta lucha de clase por apropiarse de una ciudad moderna y pujante impulsando prácticas en lo simbólico, cuando no represivas, que erradiquen definitivamente la disfuncional informalidad en defensa de la estética de su perfil construido en lo arquitectónico y de la moral y las buenas costumbres en lo social.

Con la villa ya nada será igual, la diversidad cultural que habita en su interioridad resiste digna los embates erradicadores de una ilustración que azorada no se resigna a impedir los alcances de la democratización del goce popularizada por Santoro, amparada en la añoranza de aquel viejo axioma del intendente de facto en 1982 “..... *hay que merecer vivir en la ciudad*” (Salvatori, Saraví y Raggio).

En dirección a dotar de sentido la estructura argumental del discurso estigmatizante de la pobreza conviene rescatar el trabajo de Germán Rozenmacher “Cabecita Negra” (1992) que nos releva desde la ironía narrativa de mayores apreciaciones.

“El señor Lanari sintió una vaga ternura, una vaga piedad, se dijo que así eran estos negros, que se iba a hacer, la vida era dura con ellos, sonrió, saco cien pesos y se los puso arrollados en el gollete de la botella pensando vagamente en la caridad. Se sintió satisfecho. Se quedó mirándola, con las manos en los bolsillos, despreciándola despacio. ¿Qué están haciendo ahí ustedes dos? – la voz era dura y malévol (..) El señor Lanari, perplejo, asustado, le sonrió con un gesto de complicidad al vigilante. Mire estos negros agente, se pasan la vida en curda y

después se embroman y hacen barullo y no dejan dormir a la gente. Entonces se dio cuenta que el vigilante también era bastante morocho, pero ya era tarde”.

El lenguaje llano del relato pone en escena la disputa de significados entre imaginarios sociales antagónicos (Baeza, Grace Silva, 2009).

Desde el punto de vista teórico, la lógica del estado capitalista y la legitimación social del excluido, tienen la prevalencia hegemónica del poder simbólico para regular el acceso a la inclusión del que la informalidad no participa, lo que supone en forma refleja los fundamentos de la existencia de una ciudad fragmentada que en sus guetos de pobreza encuentra aquellos signos arquitectónicos escritos en la escala del discurso, su estandarización tecnológica y la repetición tipológica de las soluciones implementadas.

De los supuestos elaborados se desprende el aporte teórico a nuestra investigación que nos proporciona el estado del arte y que resultan concurrentes en la dirección de nuestras aspiraciones por relevar las regularidades que registran en el tiempo los discursos de exclusión como rasgos identitarios del lenguaje en el campo de la oratoria y la arquitectura.

METODOLOGIA

La demostración de la existencia de una realidad diferenciada instalada a nivel cognitivo en el imaginario de los actores sociales que interactúan al interior de un contexto físico y cultural preexistente nos demandó el desarrollo de acciones de exploración acerca de los mecanismos de producción en las formas discursivas, que en tanto resultan socialmente homologadas e institucionalmente aceptadas, asignan categorías de jerarquía en el acceso a una ciudad fragmentada y desigual.

Estas exploraciones fueron estudios cualitativos-cuantitativos (entrevistas/encuestas) con los que intentamos encontrar regularidades en las referencias simbólicas que los actores consultados reconocen como propias de las soluciones adoptadas a las formas populares de habitar y de las conductas asignadas a sus habitantes.

En igual sentido, los estudios se centraron en descifrar la forma en que articula la condición de pobreza en la construcción de sentido que las consigna como clase diferente.

El diseño de los instrumentos de investigación buscó dar respuesta acerca de esas fuentes de conocimiento que construyen la mirada diferencial, tratando de establecer cuanto de tradición y cuanto de incidencia indirecta de las prácticas de dominación existe en la configuración del modelo de clase que las expresa.

En términos metodológicos, construimos datos orientados a dar respuesta en relación a la hipótesis planteada a partir de un universo previamente seleccionado entre una población plural que se distribuyó equilibradamente considerando los distintos sectores que conforman la sociedad civil, incluidos los beneficiarios y habitantes de la vivienda social y las clases medias urbanas y periféricas, todos propietarios o inquilinos de los lugares en que viven.

La misma proporcionalidad se aplicó a las franjas etarias consultadas segmentando la muestra en cinco grupos de base diez a partir de los veinte años y hasta los sesenta y más años, en la intención de reflejar desde allí las distintas experiencias y percepciones de los encuestados.

La matriz del instrumento exploratorio utilizado enfoca su interés en cinco ejes de evaluación, el primero los *datos de control*, y dentro de los parámetros que adelantamos, se posiciona en relación a los contextos en el que se desarrollan las trayectorias personales de cada sujeto.

El segundo, *habitantes de la vivienda social*, se vincula con los aspectos sensibles y de percepción que cada quien tiene en relación al habitante de la pobreza

y a los grados de tolerancia de relación con el otro que permitan entender la disposición a la inclusión del diferente.

En tercer lugar, *seguridad*, entendida ésta como la lógica que domina la construcción de los relatos estigmatizantes instalados desde los sectores de interés para dar lugar a los consensos que vehiculen y legitimen las distancias sociales y las prácticas punitivas sobre lo popular.

El cuarto cuerpo de los estudios, *estado*, refiere al lugar que el entrevistado le asigna a este como garante del derecho a la vivienda, y sobre el encuentro que registra su memoria colectiva entre las políticas asociadas al hábitat y los períodos de gobierno de diferentes signos.

Finalmente interesa en *ciudad*, detectar registros que autoricen fundar opinión acerca de la vivienda y la urbanidad que entienden sobre las experiencias alternativas de solución implementadas y conocer sobre la mirada acerca de la dimensión física y de los atributos que alternan en los fragmentos urbanos, expresada en una serie de imágenes propias de la estética que se despliega a lo largo de la estructura que contiene la cultura de ciudad de los consultados.

Particularmente, el lenguaje de las imágenes se incluyó como parte de las investigaciones en la idea de poder establecer, desde allí, la existencia de un lenguaje icónico propio de la arquitectura particularizada que está reservada para el otro.

Los trabajos se completaron con la obtención de la evidencia empírica disponible, la que, reproducida a gran escala por distintos medios, resultó orientativa acerca de la manera en que se conforman las perspectivas antagónicas que los sectores tienen sobre sí y sobre el otro.

Capítulo 1 - El origen de las estigmatizaciones

VERDAD LA MENTIRA

Para explorar la semántica existente en el proceso de estigmatización social se nos ocurre oportuno recurrir, y en auxilio de esas inquietudes, a un documento que testimonia sobre la manera desprejuiciada en que actores de la vida política en democracia refieren sin miramientos sobre un vínculo que entienden natural, y que relaciona a los habitantes de la pobreza y los lugares donde viven con las situaciones de peligro y delito (1).

En el programa Economía Política, un candidato a concejal de Gálvez, Pcia de Santa Fe, el veterinario Julio Nicolás Fornari puso en palabras, de manera violenta, homofóbica y racista, el sentir que despierta en estos sectores educados los pobres y la informalidad que habitan.

Al ser entrevistado esto decía: *“..... se fueron para el barrio ese que tenemos gracias a las autoridades municipales que permiten que viva esa montonera de ratas que tenemos ahí atrás, ¿te ubicas donde es?, detrás de la ladrillería de guerra, que yo creo que la única solución que hay es juntarnos ochenta, noventa, cien personas del pueblo ir y prenderles fuego, quemarlos, la única forma que eso no crezca, porque si no sigue creciendo y acá nadie hace nada. Si la intendencia, la municipalidad, no sé quién carajo tiene que hacer algo no lo hace, esta gente va seguir creciendo, y estos son como las ratas tienen cría todos los días. Si el pueblo se une, yo voy al frente, ¿hay que prenderlos fuego?, vamos y los prendemos fuego, la única forma de competir con ese tipo de gente. Espero que nos reunamos para prenderlos fuego pronto”*. No resulta necesario agregar ningún comentario, sin ellos la vida es mejor.

Sin embargo, es interesante ver cómo se recurre a un reduccionismo infrahumano que equipara al pobre con las ratas y lo hace pasible de una conducta sexual también disfuncional, y de qué manera en semejantes consideraciones (que por cierto lejos están de ser propias de un solo sujeto), se encuentra el supuesto seminal que justificó la eliminación de las villas y los asentamientos en los procesos autoritarios y que los argentinos, “derechos y humanos”, aceptaron como forma de orientar la sociedad hacia un estadio de superación.

Lo que interesa a nuestro estudio es reconocer en estas conductas excluyentes la disputa por lo simbólico, que revela la siempre necesaria presencia de dos dimensiones preexistentes en el campo de lo social y lo urbano.

(1) Fornari, J. N. Entrevista periodística. “Jorge Fornari, un violento en Gálvez La patota de Macri” Canal C5N “Economía Política”.

Se trata de una dimensión de atributos de un otro, caracterizado como socialmente diferente, y una dimensión física que identifica claramente las coordenadas de su existencia real dentro del tejido del contexto urbano.

Las características dimensionales que describimos como de los atributos y del espacio físico, sitúa a los sujetos en espacio y tiempo dentro de la historicidad del colectivo social y ponen en evidencia para su legitimación, como sistema regulado de tolerancia en la coexistencia urbana, el consenso de los dominados o la coerción sobre estos de los dominadores.

Entre estos dos supuestos encontramos el desarrollo que nos posiciona frente a la dificultad de encontrar las soluciones para el hábitat de la pobreza.

A lo largo del proceso que recorre los distintos momentos que atraviesan los extremos, es posible reconocer la necesidad de una existencia real entre los discursos estigmatizantes como atributo del diferente y la estética construida que habita, para poder describir de qué manera la dominación de clase direcciona sus prácticas consensuales o restrictivas y que definen la tolerancia urbana en el acceso a la ciudad.

La dialéctica de exclusión al distinto experimenta en los atributos una forma de confrontación con los valores culturales instituidos que tiene un carácter variable, según el tiempo histórico del que se trate, y cuya intensidad refleja, también de manera variable, los grados de tolerancia que se asumen posibles en la relación social de clases.

Contrariamente a la dimensión que llamamos de los atributos, la dimensión física permanece inalterable en su historicidad y siempre recae, en tanto objeto de exclusión, sobre el hábitat de la pobreza.

Una explicación probable reside en el hecho de que mientras los atributos le confieren al diferente un grado de inferioridad funcional que es subjetivo, contingente e identitario, la dimensión física de su existencia lo sitúa fronterizo en las márgenes de la urbanidad aceptada.

Como veremos, siempre el discurso estigmatizante regula su profundidad en relación directa con el volumen que adopta en los sectores ilustrados el temor a la participación de ese otro en la cosa pública y en los mecanismos de distribución de la riqueza, generando incertidumbre acerca de la continuidad en el ejercicio de la dominación que esas elites reaccionarias consideran como legítimas de su conducta.

Estos sectores autocalificados como ordenadores sociales y políticos por derecho de cuna, conforman un sujeto unificado donde se sintetizan y expresan las posiciones ideológicas que prefiguran la existencia de un inferior sobre el imaginario colectivo de la opinión pública.

Siguiendo esta línea reflexiva debemos preguntarnos acerca del carácter que asume la “tolerancia” como instancia regulatoria en los vínculos de clase y el lugar que ocupa en su legitimación social y sus prácticas excluyentes el estado.

Al definir el estado, Max Weber (1919) (2) sostiene que es la *“asociación de dominación con carácter institucional que ha tratado, con éxito, monopolizar dentro de un territorio la violencia física legítima como medio de dominación y que, con este fin, ha reunido todos los medios materiales en manos de sus dirigentes y los ha expropiado a todos los seres humanos que antes disponían de ellos por derecho propio, sustituyéndolos con sus propias jerarquías supremas”*.

Así entonces, el estado como reproductor de las relaciones sociales reconoce en su interior los sistemas de dominación y las variables que lo determinan.

En ese vínculo relacional el estado capitalista es garante de una forma de articulación segmentada que asigna a cada sector un lugar en el proceso de reproducción y acumulación del capital y al mismo tiempo regula, cooptada por los sectores monopólicos y oligárquicos, la que hemos llamado tolerancia de clase.

El estado legitimador del interés de las clases dominantes reprodujo a lo largo de la historia nacional, y con distintas formas de violencia tanto física como simbólica, dominios cuasi-totalistas de todas las instancias del poder público en favor de aquellos sectores.

En este sentido la tradición liberal del poder real, niega la existencia de una ética del débil e impone ciertos grados de exclusión urbana expresados en una tolerancia dicotómica entre lo popular y lo oligárquico representada en lo simbólico por una diferencia, también impuesta, en las dimensiones físicas y de los atributos.

La tolerancia como concepto encierra en sí mismo esa cultura de la diferencia que entiende en la estigmatización del otro una fórmula aceptada para la exclusión.

Tolerar para el dominante es permitirle al otro, es concederle permiso, es soportar su inferioridad, es establecer una línea divisoria de jerarquía social.

En este contexto, la comunidad política confronta por intereses contrapuestos entre los que pugnan desde el dominio de los medios y del estado por la prevalencia del derecho individual, especialmente los de propiedad y del capital, y los sectores postergados para quienes solo si el bien común se impone por sobre esos derechos individuales y/o corporativos existe la posibilidad de una supervivencia digna.

La conducta individualista que prevalece entre los sectores más reaccionarios recurrió hasta el paroxismo a la idea de la tolerancia como forma de enjuagar el carácter autoritario de las dictaduras intolerantes a las que apelaron sistemáticamente durante el siglo XX para someter a las mayoritarias clases populares y controlar sus lugares de habitación.

(2) Weber, M. “La política como vocación”. Alianza Editorial. 2009, Trad. Rubio Llorente, F. pp. 83-84.

Si bien la tolerancia concedida en democracia otorga mayor margen de reclamo y organización de los excluidos que en las autocracias castrenses, lejos está esa democracia formal de reconocer el derecho a la igualdad y la diversidad como valor de identidad en la condición humana de los otros.

Cuando el nivel de tolerancia aceptable para la ilustración se vio minimizado por los fantasmas del miedo a la pérdida de privilegios hubo lugar para las prácticas represivas.

Urgía restituir el imperio de ese oráculo de verdad revelada que celebra la epifanía de una sociedad organizada en derredor de un orden político civilizado, tal como veremos profetizaba el periódico La Prensa desde sus editoriales. Confrontar, oponerse a ello, tendrá para la dominación consecuencias.

Las representaciones discursivas dieron lugar a un imaginario colectivo que se apropió y difundió entre las tradicionales clases urbanas acomodadas, y cuyas dimensiones sociales fragmentaron las formas de conducta y de comportamiento del conjunto afectando al mismo tiempo la idea inmaterial de igualdad y el paisaje urbano construido.

El discurso estigmatizante presume en su lógica la idea del insulto descalificador al otro.

Para ello es necesario dar forma a un imaginario colectivo común que apelando a testimonios verbalizados por sus exegetas y sus hitos construidos como conjuntos de habitación le den identidad a un "otro" estigmatizado como paso previo a su cosificación y a la negación de humanidad de ese "otro".

Una vez allí queda habilitado la acción directa sobre el cosificado y sus lugares de residencia, se le puede insultar violentar y encarcelar como lo ocurrido en el post primer peronismo, o peor aún se le puede desaparecer y asesinar como sucedió en la larga noche de la dictadura del proceso de reorganización nacional durante el período 1976/83.

Siguiendo la teoría del discurso de Howarth, vemos como en su matriz, el vector común es el descrédito del diferente en relación a una medida de normalidad expresada por el emisor del mensaje que se ve a sí mismo como portador sano de una moral que racionaliza y sintetiza el sentir de sus iguales y, por tanto, justifica al externo como receptor natural de toda agresión.

Cabe preguntarse cuáles son las variables que intervienen en la construcción de esa normalidad, que ampliamente aceptada, reconozca al por afuera como desviación de lo socialmente correcto y lo situó en una posición de inferioridad para practicar sobre él conductas discriminatorias llevadas adelante por el aparato comunicacional dominante y que tiene efectos culturales concurrentes.

En esa epopeya restauradora de lo “normal”, lo que importa es alcanzar el consenso de conjunto respecto de la inevitabilidad de reconocer en el disfuncional la centralidad de todos los males que afectan a la civilidad urbana.

Nos permitimos pensar que las circunstancias que rodean la experiencia represiva encuentren sentido en el orden político originario de la nacionalidad, dada la evidencia abrumadora de una disposición permeable, en el momento de conformarse el estado, a valores culturales sostenidos por la clase privilegiada siempre movilizadora por la finalidad subyacente de base materialista por acumular capital (3).

La estigmatización como prerrequisito de una clase inferior, promueve una línea de sentido que sentencia progresismo = populismo = corrupción, y que busca instalar el rechazo al pobre en el imaginario colectivo como lógica para lograr los consensos que legitimen el accionar represivo.

Durante la primera mitad del siglo XX, en el peronismo, se irá configurando el prejuicio de clase que nos explica y permite comprender de qué manera y sobre qué ejes se va construyendo el ensanchamiento interclases que condujo a la estigmatización de los sectores postergados y dio lugar a las distintas estrategias repetitivas de control social y urbano.

Decíamos al inicio que el origen de esos prejuicios tenía una dimensión de atributos y una física que, con distintos niveles de tolerancia, determinan las conductas de exclusión.

Pero más allá de los prejuicios, que sin duda son el producto de los múltiples registros que encierra la memoria colectiva social respecto del proceso de corporeidad de un lenguaje oral y físico en la estrategia de estigmatización de las clases populares, el desencuentro de cosmovisiones antagónicas tiene relevancia en tanto verifica una debilidad simbólica por valores foráneos en la norma establecida por la cultura dominante.

Estas representaciones de la palabra para adjudicar un carácter identitario al que por ser culturalmente inferior habitará los reservorios de pobreza que ofrecen fragmentos de la ciudad, ponen a prueba el pensamiento del filósofo Arthur Schopenhauer que en su libro “El arte del insulto” sostenía irónicamente que: *“el hombre ha recibido la palabra para ocultar su pensamiento”*.

La receptividad alcanzada del decálogo discursivo siempre presente en la oralidad que define la representación de un imaginario colectivo sobre los pobres es de una profundidad tal que puede verse reflejada en la actualidad a partir de la desconstrucción del lenguaje que no por agornado a los tiempos presenta un nuevo enfoque.

(3) Masa, S. “El enemigo es el narcotráfico”. Spot de campaña. - Buenos Aires octubre 2015.

En efecto, recientemente Marcos Aguinis, en relación a la marcha del 18F, publicó en el diario La Nación un artículo titulado “*Una oportunidad para frenar el populismo*”.

Destacaba en él el ejercicio real del civismo republicano expresado por una casta altamente validada para ejercer la representación política de corte mitrista que profesa el periódico.

En otras palabras, ponía en relieve las diferencias sustantivas existentes entre las refinadas prácticas políticas de las elites ilustradas en contraposición a las formas de arrastre y choripán que le adjudica a la participación en la cosa de todos de los sectores obreros y populares.

Como no podía ser de otra forma, al S XXI le corresponde una nueva cualificación que estereotipe como entonces al pueblo trabajador.

En este sentido Aguinis no mostró una imaginativa o novedosa forma de referirse peyorativamente en la caracterización de los descamisados (4).

Ganado Humano vino a reemplazar el otrora Aluvión Zoológico, nuevas palabras viejos contenidos.

Una persistencia brutal en el mantenimiento de una categoría infrahumana del excluido (recordemos las declaraciones del veterinario Fornari) que va más allá de las pretendidas distancias culturales y a las que Ricardo Piglia (5) analiza “*Lo que siempre aparece es la paranoia o la parodia. La paranoia frente a la presencia amenazante del otro que viene a destruir el orden... Porque es un relato totalmente persecutorio sobre el aluvión zoológico y el avance de las grasas...*”.

Así como las características asignadas al grupo de nuevos actores sociales encontraron rápidamente en Aguinis una asignación signica en el discurso de las elites reaccionarias, también la arquitectura construyó un discurso identitario para atender la demanda de habitación surgente.

En este sentido La cava, Las Ranas, Fuerte Apache, Lanzzone, Soldati, Lugano, El Elefante Blanco, Villa 31, La 21-24, La 1-11-14, etc. remiten de manera directa a un imaginario que alerta, en los términos que nos plantea Piglia, sobre las amenazas y peligros a los valores comunes que articulan una sociedad normal y encierran a su interior la reproducción de todos los males no deseados.

Ciertamente, la sociedad se estructura en forma de pirámide social estableciendo un ensanchamiento decreciente desde los sectores de dominación y hacia la clase obrera que deja en el centro una amplia clase media.

En esa pirámide, el minoritario vértice superior, enfrentado a las masivas bases, domina los resortes del poder del estado y con ello el ejercicio legal de la

(4) Duarte de Perón, E. “Descamisados” Manera en la que Evita llamaba a los trabajadores que adherían al peronismo ironizando sobre las características de vestimenta que utilizaban las clases altas urbanas.

(5) Piglia, R. Entrevista. “Cuadernos de Recienvenido”.

fuerza pública lo que le permite determinar, o mejor aún imponer, los rumbos políticos, económicos y culturales del colectivo.

Sin embargo, avanzar sobre la voluntad del conjunto en orden a su experiencia de clase requiere de la construcción previa de consensos que garanticen, de la manera menos traumática, el éxito de un orden que se pretende imponer.

Para ampliar el sustento ideológico de la dominación liberal y conservadora, es necesario corporizar un diferente en atributos lo suficientemente peligroso a los intereses proclamados de la civilidad (*los pobres*) y poder situarlo en un lugar físico (*su hábitat*), de forma tal que ponga en alerta y movilice la sensibilidad de las conciencias domesticadas de la clase media.

El miedo a la pérdida de privilegios ocupa el centro de las preocupaciones burguesas medias y altas dando lugar, en las dimensiones propuestas, a una toponimia sobre el sujeto que pasa a ser, el negro, el grasa, el cabeza, y sobre sus viviendas, los ranchos, tugurios, taperas y villas.

Esta mecánica que definiremos como gestión del miedo también tiene su contraparte en las masas populares que presas del discurso estigmatizante se asumen como inferiores y condenadas per se a la marginalidad.

La alternancia en la profundidad de esos miedos es lo que ha ido regulando, con distintos resultados, los grados de tolerancia urbana en el acceso al hábitat y a la ciudad a lo largo del tiempo.

La fractura oral-discursiva entre sectores adoptó signos discursivos que consecuentemente forjaron en la estigmatización de los sectores trabajadores la herramienta útil para preservar privilegios en el acceso a valores culturales que las clases medias y altas educadas no estaban dispuestas a compartir.

Es a este lenguaje de la exclusión que se le correspondió un discurso de la arquitectura, y dado que desde el entendimiento clasista la vivienda es un bien de valor, debe entonces existir una arquitectura para la pobreza, lo que les permite a su vez reforzar materialmente el espacio de la estigmatización.

Pero no puede entenderse como opera esta lógica de la estigmatización excluyente sobre los sectores populares, sin reconocer la idea meritocrática que promueve la escuela del pensamiento liberal-conservador en la que se reconoce la ilustración clasista.

Esta meritocracia difundida por la dominación impregna el imaginario colectivo de los sectores medios y altos, sosteniendo que la vivienda es el resultado de una operatoria de mercado en donde cada individuo debe acceder a ella a partir de su propio esfuerzo individual.

Se comprende así, como consecuente lógico, que la vivienda popular reciba el nombre de “social”, una forma semántica de identificar al diferente asalariado que accede al techo por intervención del estado en su producción y adjudicación, tanto en propiedad como alquiler.

Es aquí donde reside la principal disputa sobre la necesidad primaria del hombre de habitar, un derecho reconocido constitucionalmente, y que tiene su simiente en enfrentadas concepciones ideológicas entre esa visión mercantilista de clase y la que entiende en el hábitat la existencia de un bien social.

Una característica propia a ambos lados del universo construido es la dimensión física que asumen las representaciones estéticas identitarias de las distintas trayectorias que asume el hábitat como signifiicante y significado de una ciudad fragmentada durante todo el siglo XX y con la aparición en la escena urbana de amplios sectores postergados.

La mirada intencionada sobre el lenguaje arquitectónico que despliega nuestro estudio nos devuelve, también en clave ideológica, rasgos inherentes propios de una arquitectura de mercado confrontando en el espacio público con una arquitectura de la pobreza, y en donde cada cual testimonia una conceptualización diferenciada de las dimensiones física y de los atributos que definen a los distintos sectores en disputa.

Así, mientras la individualidad en las formulaciones de las variables funcionales, formales y espaciales, conjuntamente con los resultados materiales y tecnológicos de las viviendas transables del mercado confieren un estatus de exclusividad a las clases posibilitadas, la masividad en las producciones, la estandarización constructiva y la repetición tipológica aparecen en el horizonte proyectual de la producción masiva de la vivienda como estética de la pobreza que resulta excluyente a una inclusión real de los excluidos.

Una antropología cuidada de esta frontera lingüística, hace posible reconocer las huellas con la que el ADN constructivo de cada producción marca su impronta en la ciudad y nos sitúa frente a una realidad más amplia, que lejos de limitarse a la disputa por la vivienda, recorre la pluralidad de todos los ámbitos de la sociabilidad expresando en ello la dicotomía entre los alcances de lo individual y de lo colectivo como formas diferenciadas de una práctica común dentro de los grupos organizados en comunidad.

Es común encontrar en los ensayos que refieren al problema de la demanda sobre el hábitat, reflexiones acerca del carácter cuantitativo de un problema, que si bien real, presenta aristas de complejidades diversas.

Ciertamente el abordaje de estas aristas, cuando están en la preocupación y consideración de los estudios disponibles, reducen las complejidades planteadas a los

aspectos de infraestructura que hacen a una mejor calidad de vida de los habitantes de la marginalidad.

En este sentido, las argumentaciones cuantitativas suelen operar desde la tradición en que se enrola el pensamiento ilustrado, una redención ética y moral a su humanidad fundada en la concesión que estos hacen a la injusticia de la pobreza, una forma aceptada de excusarse en atender una inclusión real y también una justificación a la represión practicada sobre los sectores populares en todos los tiempos.

Sin embargo, son poco frecuentes los análisis que versen sobre esta forma de exclusión calificada que rodea a las soluciones de habitación proyectadas por el estado u organizaciones territoriales y que establecen las fronteras inmateriales de una ciudad negra.

El imaginario social acepta y reconoce allí la existencia de una distancia de derecho insalvable y el lugar para la coerción institucionalizada en los períodos en que el poder real decide someter, disciplinar y acallar la diferencia.

La virtualidad de los relatos que describen las trayectorias dicotómicas de la experiencia de cada sector, tanto en sus contenidos orales como en las imágenes de su arquitectura, enfrenta a la sociedad en una disputa de sentido que impacta sobre sus realidades objetivas.

Es una *scène* donde la tensión social se resuelve en favor del poder concentrado merced a la apropiación de los medios de propalación para su discurso dominante, que necesita visibilizar al pobre como el violento que disfunciona el orden natural de la sociedad.

La imposición discursiva sobre la pobreza encuentra en la estigmatización del postergado una fuerza de sentido contrario al interés popular, y que sostenida en los consensos mayoritarios que se procura para sí, logra naturalizar la impunidad de la violencia represiva sobre los diferentes y sus lugares de radicación.

En este contexto, los violentados por el sistema se repliegan en su territorio para practicar la resistencia hasta poder recuperarse o desaparecer.

Entender esta forma de ideología liberal y las metáforas urbanas que con ella elabora la dominación para articular poder al interior del cuerpo social, remite a la necesidad de explorar las propias bases del pensamiento fundacional con que se organizan las sociedades del capitalismo occidental.

En los comienzos del siglo XVII, William Harvey (6) revolucionó la ciencia humana al desarrollar la teoría acerca del comportamiento en el circuito del sistema sanguíneo humano, estableciendo que el corazón impulsaba la sangre por las arterias y recibía esa misma sangre transportada por las venas.

(6) Harvey, W. "Teoría de la Circulación Sanguínea" en Sennett, Richard "Carne y Piedra – El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental" Alianza Editorial, 2007.

Para Adam Smith los bienes en el mercado, como sostiene la teoría de Harvey, circulan libremente retroalimentándose permanentemente para fortalecer una sociedad saludable y en detrimento de la anomalía que significa la inmovilidad del capital.

Como muestra elocuente de que la arquitectura no es sino ideología construida, la planificación urbana de occidente que se siguió en los siglos modernos se sostuvo en la premisa de proyectar un circuito de múltiples arterias que garantizaran la fluidez demandada por el capital para su reproducción.

Circular es entonces signo del crecimiento y el progreso, pero es al mismo tiempo una restricción a permanecer inerte en el espacio público, un límite para el reclamo.

Interpretando a Harvey, podemos suponer que una ciudad sana debe evitar ser bloqueada por la petición de derechos de los más pobres y no debe aceptar las disfunciones orgánicas que se enquistan dentro del cuerpo urbano entendidos estos "omas" como el refugio de habitación para los obreros.

La represión y la erradicación de los distintos, así como el necesario consenso de un colectivo tolerante se entienden en la necesaria supervivencia del conjunto que expresan los discursos estigmatizantes.

El espacio público del liberalismo es en esencia un espacio dinámico que reniega por su propia lógica de toda forma de interacción, un lugar de paso, de transitoriedad donde lo individual se impone por sobre toda construcción colectiva.

Una ciudad saludable excluye a quienes por su debilidad social resultan imposibles de integrar, los expulsa a la periferia o en su extremo más violento y descarnado los desaparece.

El higienismo del Dr. Eduardo Wilde profetizaba en tiempos de lucha contra la fiebre amarilla que: *"Una ciudad enferma es un atentado contra el comercio, es un mal para el individuo, una ruina para el hogar, una exacción para los tesoros del estado y un elemento de pobreza pública"*.

El liberalismo capitalista sin duda haría suya esta cita cientista como metáfora que sintetiza sus aspiraciones de poder.

La disfunción que reproducimos en la comprensión de una arista compleja de abordar, cuya estética se refleja en los testimonios construidos que se disponen en la estructuración de la ciudad, tiene en el espacio público la matriz de inclusión necesaria para poder ensayar soluciones nuevas que alcancen la vida social de los trabajadores, a sus viviendas y a los sistemas de producción, salud y educación que los contengan en la igualdad.

Por suerte, el espacio público expone sin mediación alguna las desigualdades resultantes de la inequidad del sistema y es el lugar también para la preocupación por

el otro, para la manifestación de los discursos alternativos, para el reclamo, para la rebeldía y para la confrontación.

Capítulo 2 – La evidencia de los hechos

UN IMAGINARIO DE EXCLUSION CONSTRUIDO

Las consideraciones hechas en el primer capítulo tienen en el pasado reciente un origen que se desarrolla en paralelo con las disputas por el espacio público y cultural y las características de un lenguaje que, como vimos, desacredita del derecho a la ciudad a los actores no calificados.

Nada ocurrirá de forma no traumática, un presagio incontrastable de lo que se sucedería en el tiempo para las clases populares organizadas quedó registrado tempranamente con dos hechos ocurridos a principio del siglo pasado y que, si bien no se articularon en relación al problema de la vivienda, sí inaugurarán la violencia al postergado como mecánica de control del diferente.

En enero de 1919, tuvo lugar la Semana Trágica (1), obreros anarquistas, por un lado, y las fuerzas represivas junto a sectores nacionalistas por el otro, se enfrentaron en las calles de la ciudad cuando los primeros en reclamo de mejores condiciones laborales y reducción de la jornada de trabajo tomaron los Talleres Vasena en el barrio de San Cristóbal.

No importa a nuestro objeto de estudio sino el resaltar un hecho iniciático en el tratamiento que se dará a las barriadas populares que disputarán por la ciudad y del que existe gran cantidad de bibliografía recopilando datos de un suceso trágico que terminó con la pérdida de ochocientas vidas y aproximadamente cincuenta mil detenidos.

En el mismo camino de dejar en claro quienes ordenan la convivencia, quienes deciden sobre la tolerancia, dos años más tarde en enero de 1921 en la Provincia de Santa Cruz, un nuevo conflicto, al que se conoce como la Patagonia Rebelde o la Patagonia Trágica (2), dejó un saldo de cerca de mil quinientos obreros fusilados por el ejército y la policía como resultado de la represión a una huelga organizada por sindicalistas anárquicos movilizados por la explotación patronal que experimentaban los trabajadores.

Ambos hechos curiosamente ocurrieron durante el gobierno popular de Yrigoyen que mostró desde sus orígenes una clara disposición programática a reconvertir la matriz clasista dominante, volcando el estado en favor de los sectores más postergados.

Sin embargo, la inclusión en el lenguaje obrero de la palabra “revolución” junto a la experiencia política bolchevique ocurrida en la Unión Soviética, inquietó a los sectores acomodados, y en especial al gobierno británico, los que juntos presionaron

(1) Lvovich, D. “Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina”. Grupo Zeta. - 2003, Cap. La semana trágica / El gran miedo de 1919 - pp. 173.

(2) Bayer, O. “La Patagonia Rebelde”. Tomo III – Humillados y ofendidos - Ediciones Booket. Buenos Aires. 2004 pp. 177/202.

al gobierno radical para que reprimiera a los huelguistas antes que el comunismo pudiese avanzar entre estos como ideal político.

Más allá de las particularidades sociológicas de estos dos hechos, decíamos que ellos importan a nuestro estudio por cuanto instalaron en el imaginario colectivo la caracterización de un sujeto que sería objeto de la represión restauradora confiriéndole identidad y significado de clase a partir de la dimensión de sus atributos y la dimensión física de los barrios que habitaban y representaban en lo simbólico una estética de la pobreza. Y el avance sobre los barrios no se hizo esperar.

De forma premonitoria del futuro por venir la liga patriótica convocaba a “cazar rusos” y el “yo, argentino” nació como salvoconducto para escapar de la violenta xenofobia, en la que muchos habitantes arrancados de las barriadas populares desaparecieron, mientras otros tantos fueron detenidos y torturados.

Los barrios fueron objeto de racias policiales y las viviendas obreras quemadas, igual suerte corrieron los locales sindicales y políticos, las bibliotecas populares y las sedes de las incipientes cooperativas, todos claustros de organización para la resistencia.

De manera refleja a esa alianza de los sectores dominantes de la oligarquía, en el otro extremo también se empezó a construir respuestas, y en un intento por trastocar este corpus de exclusión socialmente instituido e institucionalmente legitimado, encontró en la encíclica papal *Rerum Novarum* (3) un desarrollo posible al amparo de la doctrina social de la iglesia que consagraba en sus contenidos la función social de la propiedad, antecedente de la constitución reformada de 1949.

Otra evidencia de las preocupaciones que la ilustración cosmopolita sentía acerca de las experiencias populistas puede encontrarse en el trabajo presentado por Jorge Nallim (4), al comienzo de la confrontación de clases por el acceso a la ciudad y la disputa por el hábitat.

Nallim sitúa al viejo periódico “*La Prensa*” como portavoz privilegiado del ideario liberal y conservador y órgano difusor de la prédica antipopular.

Ese ideario, qué es propio en el sentir de los titulares del poder fáctico, practicará en el tiempo estrategias de exclusión sobre la pobreza y lo hará en virtud de la amenaza que su desiderátum de clase entienda como peligroso para sus intereses.

Siguiendo el trabajo de Nallim sobre el diario “*La Prensa*”, en el contexto de una incipiente experiencia de organización popular nacida a la luz del derrocado radicalismo Yrigoyenista, el periódico, retomando la experiencia política de la generación del '80, sentará desde su línea editorial las bases para “*la restauración de un sistema político civilizado conducido por los ciudadanos más altamente calificados (meritocracia agregamos) y con partidos políticos responsables*”.

(3) León PP XIII “*Rerum Novarum*”. Carta Encíclica. - Sobre la situación de los obreros. En: W2.vatican.va>encyclicals>documents. Roma. - mayo de 1891.

(4) Nallim, J. en Ajmechet, S. “El principio del fin o de cómo el peronismo cambió a *La Prensa*”. - Disponible en: www.unsam.edu.ar Jornadas Los Argentinos en Argentina, 1946-1955 – CEHP/UNSAM. Argentina/ abril 2010.

Semejante definición tenía por objeto construir un discurso constitucionalista de defensa de los derechos civiles y de la propiedad para advertir desde allí el peligro que significaba un avance entre los trabajadores explotados de ideologías antiliberales representadas por el comunismo, el fascismo y el nacionalismo.

Medio millón de ejemplares diarios constituían suficiente peso simbólico como para transformar a *“La Prensa”* en un instrumento político determinante en la caracterización de lo deseado para una Buenos Aires cada vez más atestada por agentes exógenos a su parisina urbanidad.

Más adelante el eje de las preocupaciones será el peronismo y el matutino abandonará la sutileza literaria para mostrar su faceta más violenta en oposición al régimen, lo que restringió notablemente los grados de tolerancia a la coexistencia urbana de los sectores enfrentados.

Pronto la sociedad adoptó la idea del “ir a vivir a los caños” como una forma de reconocer en ella la caída en el estatus social.

Esta sentencia, curiosamente asocia la pérdida de privilegios con las formas de habitación de la pobreza, caer a los caños es irse lejos, perderse, es ir a vivir con el inferior, es sencillamente dejar de pertenecer a lo humano, a lo culturalmente necesario y aceptado.

Sobre finales del S XIX la Ciudad de Buenos Aires llevó adelante el tendido de los desagües cloacales para poder avanzar en el desarrollo de su infraestructura de servicios.

Enormes caños fabricados en Europa por la empresa Torrent permanecieron a la intemperie durante largos períodos a la espera de ser dispuestos en las zanjas donde quedarían instalados de manera definitiva.

Precariamente estos caños fueron ocupados como vivienda por los desclasados que habitaban la ciudad en situación de calle.

De allí que el ir a vivir a los caños fue acuñado como metáfora de un insulto descalificante, como deseo de todo mal a quien quería minimizarse, pero además era el lugar del “atorrante”, otra categorización semántica que hace alusión al nombre del fabricante de las cañerías.

Así, caño y atorrante establecen un vínculo directo entre el discurso estigmatizante y la vivienda del pobre, entre la habitación no formal y las desviaciones de las conductas socialmente aceptadas, configurándose desde allí un estereotipo, que perdurable en el tiempo, aportó a la construcción de un imaginario colectivo al que apela el “normal” para desentenderse del no deseado.

La crisis del '30 en wall street desata los miedos de la elite acomodada, se cierran los mercados del mundo a la compra de materias primas nacionales poniendo

en riesgo el capital agroexportador, sin embargo, localmente se culpa de la crisis al colapso a las políticas de Yrigoyen.

El 6 de septiembre de 1930 es derrocado el presidente, Felipe Pigna sintetiza con detalle en sus escritos como experimenta la crisis la mirada conservadora (5) “.....*José Félix Uriburu representa un elitismo autoritario que pretende acabar con la democracia y su sistema de partidos para reemplazarlo con un régimen corporativista similar al fascista*”.

Luego con el fraude electoral contra los sectores populares se lleva a la presidencia a Agustín P. Justo candidato de la concordancia, ya sin el caudillo radical en la escena política (muere en julio de 1933), nadie da cuenta del avance de la pobreza y la marginalidad que azota a los trabajadores y obreros, mientras en la ciudad de los desocupados se pauperizan los lugares de habitación.

El tratado de Ottawa compromete el gasto inglés en favor de sus colonias, esto excluye al país de la esfera del comercio internacional y pone en serio riesgo el bienestar y los capitales de los viejos terratenientes.

Según el acuerdo Roca-Ruciman, Inglaterra comprará carnes argentinas a cambio de que se las distribuya por medio de los frigoríficos ingleses, eliminando mano de obra argentina en el proceso económico, mientras las ganancias parten al exterior.

Además, se le concede a Inglaterra privilegios en el rubro textil y carbonífero, se le exige a la Argentina el pago de su deuda externa y se le otorga a la Compañía Anglosajona de Tranvías la explotación monopólica del transporte público en la ciudad de Buenos Aires.

A modo de breve resumen, el período conocido como la década infame nos aporta un dato no menor, pues los niveles de tolerancia se reducen a un extremo tal que comienza con la caída de la primera experiencia popular y el inicio de los gobiernos de facto, atajo hacia el poder de la oligarquía terrateniente, y termina con la llegada de la experiencia inclusiva que significó el peronismo.

El resultado importa en la medida que explica la profundización de una crisis económica que impacta sobre la pobreza y la multiplicación de los asentamientos informales en todo el territorio de la ciudad.

Ante la crisis, la sustitución de importaciones es el camino posible a seguir, se mixtura el tejido urbano con el surgir de pequeños talleres de comerciantes y distribuidores que emplean mucha mano de obra por la escasa tecnología de la que disponen y grandes empresas modernas de capital extranjero a las que se les asocia la oligarquía local.

(5) Pigna, F. “Los mitos de la historia argentina 3” (desde la ley Sáenz Peña a los albores del peronismo) Grupo Editorial Planeta SAIC. Argentina/octubre 2006.

La consecuencia es la migración del campo a la ciudad de trabajadores poco calificados, empleados con tan bajos salarios que ni siquiera pueden acceder a los hacinados conventillos de la zona sur debiendo amontonarse en nuevos asentamientos urbanos.

Se reconfigura la imagen de la ciudad por esta presencia marginal que recibirá el nombre de villas miserias y en donde con absoluta crudeza se hace visible la pobreza en el centro mismo de la urbe más cosmopolita de América.

El tango le canta al momento (6) *“hoy no hay gaita ni de asalto y el puchero esta tan alto que hay que usar un trampolín si habrá crisis, bronca y hambre que el que compra diez de fiambre hoy se morfa hasta el piolín”*.

Ya en 1935, los trabajadores industriales y de la construcción, habitantes de esa arquitectura vernácula que se expande por la ciudad empiezan a organizarse, y la sería posibilidad de que el comunismo se propague como ideología de masas despierta un nuevo miedo en las clases dominantes, la revolución.

La reacción conjunta estado-oligarquía, frente a las masas movilizadas por el hambre, es desenterrar la vieja Ley de Residencia de 1902 que autoriza al estado a expatriar a todo extranjero que participe en política.

Los atributos: el comunismo, la dimensión física de la villa, la estrategia excluyente, la extradición.

Ahora bien, conviene preguntarnos ¿Qué hechos determinan la aparición de violentas conductas de exclusión?

Una respuesta posible, se encuentra en los orígenes de esa nueva masa popular que ciertamente no era toda extranjera y a la que, en un intento por controlarla, Justo le aplicará las ideas del filo-fascista Gobernador de la Provincia de Buenos Aires Manuel Fresco en el que apoyo su política.

Fresco cree que se debe tender al bienestar obrero e impulsa un plan de construcción de viviendas económicas destinadas a los pobres urbanos y una reforma educativa para elevar la civilidad de las masas.

Debemos notar en estas ideas la economía de la que debían ser objeto las viviendas para la pobreza, lo que de alguna manera se referencia con la masividad, la estandarización y la repetición de tipo como signos de una estética contenida en nuestra hipótesis de estudio, y por otra parte y al mismo tiempo, la necesidad de educar al inferior.

La arquitectura estatal renovará su arquitectura oficial, (rambla, casino y hotel), el arquitecto italiano Francesco Salomone recurre al futurismo para resolver los edificios públicos de la provincia.

(6) Cadicamo, E. "Al mundo le falta un tornillo". Música: Aguilar, J. M. Argentina – Tango. - 1933.

La atención al reclamo resulta un simulacro, mientras Alejandro Bustillo reformula con su proyecto la costa marplatense controlado por el estado, los sindicalistas están presos, los sindicatos intervenidos y la izquierda perseguida y fuertemente reprimida.

Un paso más allá en el proceso represivo sobre lo popular vendrá cuando enfermo Ortiz, su breve presidencia debe ser delegada en el vicepresidente Ramón Castillo, un convencido ultraconservador catamarqueño.

Con él se termina la tolerancia para con los trabajadores, mientras la economía de base industrial se fortalece produciendo todo aquello que la Europa en guerra ya no puede producir.

La burguesía industrial enriquecida gana poder en lo político y profundiza la explotación del obrero.

Aun cuando se impulsa la producción de la “vivienda social”, ya no como solución a la pobreza sino como principal motor del desarrollo económico y fuente de empleo, las denuncias de corrupción suspenden el proyecto habitacional.

Las costumbres de provincia ahora impuestas por los “20 y 20” (7) poco a poco encontraron progresivamente un lugar en la ciudad aumentando la alarma de la clase media y alta que presumen la reinstauración de la barbarie montonera de la conquista del desierto.

Elites temerosas de que la barbarie descrita por la pluma sarmientina pusiera en riesgo su poderío económico, político y cultural reaccionaron estableciendo con claridad que esos eran los otros, los diferentes, el “aluvión zoológico” (8) que ocupa un territorio que le es ajeno y que se sienten con derechos a las plazas, el esparcimiento, lo público y hasta a la vivienda, todos valores culturales que en su dimensión física y simbólica estaban históricamente reservados para unos pocos. Algo de esto ocurrirá más adelante en los años 60/70.

Es en el período intermedio de las experiencias populares, 1930/43 donde toma mayor visibilidad y comienzan a gestarse con fuerza las formas orales de los discursos excluyentes y su consecuente estética de la estigmatización, caracterizada por un lenguaje construido estructurado a partir de la escala, la tecnología y la repetición tipológica en las soluciones públicas o privadas a la vivienda social.

De igual modo, el poder político enfrentó por entonces el desafío de encontrar respuesta a la presión popular de los migrantes internos sobre el centro urbano de Buenos Aires y en especial a la demanda por la falta de viviendas.

Pero antes de avanzar sobre los aportes de una arquitectura puesta a reparar derechos hasta por entonces inexistentes, es necesario recorrer los eventos

(7) Milanésio, N. “Los 20 y 20”. Así se llamaba despectivamente a los migrantes internos ya que tenían 20 centavos para el vino y 20 centavos para un disco del folclorista Antonio Tormo.

(8) Oliver, M. R. Literata del Grupo Sur. “Me pregunto de que suburbio alejado provienen esos hombres y mujeres casi harapientos, muchos de ellos con vinchas que, como a los indios de los malones les ciñen la frente y casi todos desareñados”.

multicausales que lleven a comprender un tiempo de tensiones crecientes entre las clases antagónicas.

La candidatura oficialista de Patrón Costa para la presidencia desata una crisis en las filas del ejército que termina con un nuevo golpe de estado de corte nacionalista proclive a asistir el reclamo de los trabajadores para alejarlos así del peligro comunista.

En este contexto de exclusión radical de los sectores marginales que el propio sistema reproducía y acompañado por la convicción plena de que su existencia constituía una deformación de insania cultural insalvable que al extenderse disputaba privilegios naturalmente consagrados a las clases meritorias, surgirá la figura de un coronel del ejército que marcará para siempre la política Argentina, no solo en la reivindicación de lo popular, sino también del derecho de estos a la habitación digna y el acceso a la ciudad.

Por entonces Juan Domingo Perón se encuentra en Italia como agregado militar y observa allí la fuerza que como clase adquieren los trabajadores.

Atender a la justicia social para con los obreros permitiría el crecimiento económico y con ello superar la histórica dependencia.

En el marco del profundo cambio social y cultural que opera sobre las sociedades de la segunda posguerra (1940-1950), particularmente como consecuencia del inicio de un proceso de sustitución de las importaciones de las economías locales, se redefinió el rol y la injerencia de los estados en esferas hasta por entonces inexistentes en la agenda política.

Su detención, cuando por entonces era Secretario de Trabajo y Previsión, provocó la reacción popular que en masa se lanzó a las calles a pedir por la libertad de su nuevo líder, el hombre que los había considerado sujetos con igualdad de derechos (9).

La conciencia de clase que se desarrolla durante las presidencias peronistas pone de manifiesto los alcances de un estado de bienestar inclusivo que produjo su propio discurso material y simbólico para propender a la instauración de derechos para estos actores de la ciudad hasta entonces estigmatizados y excluidos.

Mientras, el lenguaje estigmatizante incorporó a su discurso definiciones precisas y desacreditantes para referirse desde el prejuicio englobante al origen social de los hombres y mujeres que en grandes masas arribaban a la ciudad, y que al amparo de un gobierno que promovía su dignificación, disputaba el espacio público a los naturales titulares del derecho ciudadano.

(9) Cook, J. W. "El peronismo fue el más alto nivel de conciencia al que llegó la clase trabajadora argentina".

“Cabecita negra” y “Grasa” definían una semántica argumental asociada al bruto, el vulgar, el delincuente y que más acá en el hoy perdura con el negro o el villero.

Azorada, la ilustración veía como los trenes, los bares, la costanera sur, los estadios y hasta la rambla de Mar del Plata eran ocupadas por esta deformación del orden natural que de manera contagiosa se extendía por toda la ciudad y se proponía convivir en igualdad con las etnias calificadas.

La democratización del ocio y la creciente invasión de los espacios de sociabilidad porteña sintetizan el eje del conflicto en la lucha de clases durante la década del 40 y establecen los límites de lo culturalmente tolerable a cada lado de la frontera racial y cultural que asomaba desde el subsuelo de la patria (10).

La ciudad blanca y la ciudad negra se fundían en un gris plomo nebuloso que presagiaba los conflictos de habitabilidad que aún permanecen irresueltos.

El episodio que mejor testimonia y sintetiza de forma inaugural el largo proceso de estigmatización de los habitantes de la informalidad y la exclusión tuvo lugar el 17 de octubre de 1945.

Sin entrar en análisis políticos del significado simbólico real de estos eventos y que exceden el objeto de este estudio, si importa señalar como desde allí se da inicio a las distintas formas discursivas de exclusión, socialmente homologadas e institucionalmente aceptadas, y que encuentran en la prensa y la literatura reaccionaria un mecanismo de propagación funcional a la construcción de un imaginario, que como representación oral y física de una realidad inaceptada resulta el sostén primario para la estigmatización de clase.

En relación a este episodio histórico, el diputado radical Ernesto Sammartino en la Honorable Cámara de Diputados de la Nación el día 7 de agosto de 1947 tiene el amargo privilegio de ser quien institucionalizó por primera vez la estigmatización de lo popular al sostener textualmente: *“El aluvión zoológico del 24 de febrero parece haber arrojado a algún diputado a su banca para que desde ella maúlle a los astros por una dieta de 2500 pesos. - Que siga maullando, que a mí no me molesta”*.

Hablaba de esos hombres y mujeres que en la plaza de mayo habían puesto “las patas” en la fuente para “arremojarse” y que al mismo tiempo resignificaron la política al constituirse como sujetos colectivos de derecho capaces de reclamar por aquello que también les pertenecía.

En cuanto a la dimensión física de lo popular, la política habitacional de mediados del SXX, durante la presidencia del general Perón, hizo eje en dos corrientes de pensamiento claramente diferenciadas.

(10) Scalabrini Ortiz, R. “Era el subsuelo de la patria sublevado. Éramos briznas de multitud y el alma de todos nos redimía. Presentía que la historia estaba pasando junto a nosotros y nos acariciaba suavemente, como brisa fresca del río”.

Por un lado, una mirada de corte tradicional que impulsaba y construyó barrios de baja densidad cuya solución habitacional en casas unifamiliares era típica de las que poblaban los suburbios estadounidenses, y por otro lado una visión vanguardista que reposaba en las teorías urbanísticas alemanas y respondía a la problemática con nuevos y modernos monoblocks.

Los recursos lingüísticos a los que apeló la arquitectura popular, tradicional o vanguardista, reconocen en su discurso la idea de la escala, la estandarización constructiva y la repetición tipológica coincidente con los supuestos en que se orientan nuestros estudios.

Las acciones reivindicatorias del campo popular no se limitaron únicamente a la producción física de la vivienda.

En efecto, recuperando aquellos contenidos de la *Rerum Novarum* que registramos, la Constitución Nacional impulsada por el peronismo en 1949 (11) desafió filosóficamente los preceptos de la tradición liberal imponiendo en la carta magna el valor de la propiedad subordinado al interés general y la justicia social.

Todas estas prácticas políticas constituyen el eje de una escalada reactiva en la dominación que se sucederá en el tiempo sin solución de continuidad marcando la conciencia social del colectivo.

Ese mismo año, 1949, se inauguró el conjunto de viviendas sociales, Los Perales en el barrio de Mataderos.

Mil viviendas para los trabajadores, era por primera vez el acceso de este pueblo trabajador a servicios de agua caliente, desagües cloacales y gas en las unidades de habitación, pero también a espacios de sociabilización barriales que incluían amplios sectores verdes, una escuela, correo, juegos infantiles, biblioteca y una enorme pileta de natación.

Los Perales tenía el valor propagandístico del estado de bienestar, representado por una política de ampliación de derechos que se hacía ahora extensiva a los sectores antes excluidos.

En esta respuesta institucional al hábitat social puede encontrarse uno de los capítulos iniciáticos de la estigmatización de clase, es decir, la manera explícita en la que se formaliza un discurso oral y físico construido por las clases iluminadas y difundido ampliamente por los medios entonces disponibles.

En esta dirección, Los Perales, fue el paradigma de una forma de habitación vista como excesiva para los carentes de educación y cultura.

A tal punto inferiores, que el relato de la leyenda sostiene, y así se repite, que prendían el fuego del asado con el parquet, plantaban en las bañeras y vendían los herrajes.

(11) Cámara de Diputados y Senadores de la Nación Argentina "Constitución Nacional 1949". Prologo: Dr. Araoz Castex M. Editorial Pequén. - Buenos Aires, 1983.

Este mito, sin duda, tiene su origen en la reacción de las elites frente a los cambios que se producían en la ciudad.

¿Porque un lujo excesivo inmerecido para los brutos?

¿Por qué un gasto innecesario en quienes no son merecedores de algo que no entienden?

Quizá encontremos respuesta a estos interrogantes en los enunciados exclusivos y excluyentes que interpelan al conjunto respecto del peligro representado por una urbanidad provincializada y que suelen recorrer el camino del recorte conceptual para producir argumentos descontextualizados y al margen de los actores reales y sus vínculos de sociabilización, y cuyo único interés redundante en desarrollar un engaño convocante al rechazo hacia el diferente, a partir de imponer una semántica de la dominación que resuelve el conflicto de lucha de intereses de clase, anulando e invisibilizando las miradas ideológicas propias de cada sector.

En definitiva, se trata de la formalización teórica de conceptos excluyentes en donde se sostiene el artefacto cultural de dominio que procura validar todas sus necesidades y creaciones culturales ante el dominado, habilitados por estar socialmente legitimados y por lo tanto institucionalmente oficializadas.

Resulta funcional a este pretexto argumental, que tanto en democracia como en dictaduras intentaran la erradicación del habitante informal.

La consigna es la desaparición social del inculco, la supresión de ese elemento molesto y disruptivo para la ciudad culta y cosmopolita que impide la restauración del orden natural de las cosas por su irrupción dislocadora que acostumbra prácticas impropias para una humanidad racional.

Este proceso reduccionista en la categoría ciudadana operada sobre el distinto, asociado a la inferioridad cultural que se entiende es funcional a la condición de clase de los sectores populares, se inscribió como un capítulo degradante en el devenir estigmatizante de la exclusión.

Previsiblemente la experiencia popular del peronismo resulta amenazante para el ideario de una nación nacida a la luz del derecho a la propiedad como organizador social y de políticas públicas reguladas por la elite dominante en su beneficio.

La desperonización de los años cincuenta, que prohibía la evocación al régimen populista destituido por la oligarquía, es un ejemplo de cómo está mirada histórica se inscribe dentro de una práctica punitiva para regular la protesta y evitar la visibilidad de toda adhesión a su líder.

Nuevamente serán épocas de una fuerte confrontación de clases surgentes en la resistencia de los núcleos dominantes a ceder derechos en favor de los más pobres y la movilización y el reclamo de derechos de esos sectores que habían desarrollado

una conciencia de clase. En ese contexto, el habitante del caño CEVE (12), volverá a ser protagonista de la exclusión.

Alojados en viviendas medio-caño convocaban a un recordatorio simbólico del pasado que, desde la semántica de las modernas formas de especulación y exclusión, podríamos llamar silo-humanos.

En el marco de una represión generalizada contra la marginalidad y los habitantes de lo informal, llevada adelante por la Revolución Libertadora que derrocó a Perón, asume la Presidencia de la Nación Argentina, mediante elecciones proscriptivas al peronismo, el Dr. Arturo Frondizi.

Con su política de vivienda, y como reconocimiento a la lucha de la reciente Federación de Barrios y Villas de Emergencia, se promueve el desarrollo de barrios medio-caño, implementado por la Comisión de Erradicación de Villas de Emergencia (CEVE).

Conviene aquí detenerse un instante sobre el sentido que encierra la propia denominación de comisión “erradicadora”, las soluciones de arquitectura implementadas y el carácter ideológico de su sentido real.

Isaiah Berlin (13), politólogo e historiador, refiere a él monismo como una concepción filosófica en la historia de las ideas, entendido éste como la construcción de una verdad unidireccional en la comprensión de las conductas del hombre basada en una única escala de valores, una única naturaleza humana, una sola racionalidad y un solo progreso.

En relación a esta teoría, podríamos establecer un vector conductor que nos permita entender el paralelismo existente entre sus hipótesis y la forma de tratamiento, considerada social e institucionalmente, en el proceso de ocupación urbano durante el período de sustitución de importaciones de mediados del siglo XX y su continuidad en el tiempo.

El rasgo de rigidez y antipluralismo que Berlin presume en la conducta monista bien puede explicar la negación a reconocer la existencia de un orden diferente, la flexibilidad en la comprensión de otras prácticas sociales y la relatividad en la concepción de la idea acerca del bien y del mal.

Una sola línea civilizadora divide las aguas e impulsa, desde el rechazo a todo intento de reversión de los valores canonizados, una gestión represiva de la autoridad tendiente a la eliminación del otro en los gobiernos de facto, o a su aislamiento en guetos intraurbanos, que, a modo de campos de encierro, contienen lo indeseado como producto de la suma de múltiples inconductas o miserias individuales.

Con esta mirada queda determinado lo que no es, la “no ciudad”, los fragmentos de desarrollos fronterizos que quedan fuera del sistema, fuera del demo.

(12) 1959-1966.- Plan de Arturo Frondizi para villas. Comisión de Erradicación de Villas de Emergencia (CEVE) o barrios medio-caño de chapa de zinc.

(13) Berlin, I. “El agente coercitivo monista podría equivocarse al pensar que promueve el único bien posible, pero sigue promoviendo el bien”.

Retomando la idea “erradicadora” y adhiriendo a un supuesto despojado de toda pretensión de originalidad, a nadie escapa que la ideología es una perspectiva direccionada acerca de cómo enfrentar o dar respuesta a una problemática específica.

Erradicar implica eliminar, sacar algo que perturba, excluir las desviaciones a las formas aceptadas de normalidad.

El desarrollismo impulsado por el gobierno frondisista cedió a las presiones de los autoproclamados titulares del derecho de ciudadanía urbano e impulso una política de eliminación de las villas que encerraban en su formulación física, en el lenguaje de la arquitectura imaginado, la legitimación y la formalización de las estigmatizaciones recaídas sobre lo popular.

Eran brutos que no sabían vivir en viviendas formales, provincianos con prácticas de habitación disfuncionales (recordemos la leyenda negra del Barrio los Perales), eran seres a los que había que alojar en contenedores apropiados a su condición de culturalmente inferiores.

Y la ideología definió que era lo apropiado, cual la vivienda correcta, al mismo tiempo que ocultaba en su derrotero el interés prioritario de llevar adelante una erradicación profunda de lo existente y contener posibles futuros crecimientos.

En efecto, no se trata de mejorar el hábitat popular, se trata de desalentar el vivir en el centro urbano de la ciudad, de promover una vuelta a sus lugares de origen.

Es una especie de discriminación asimétrica que, por un lado, le hace saber a los distintos que no son dignos de convivir en la ciudad, y por otro que los provincianos son sus iguales y por lo tanto el interior profundo del país es la residencia natural de los grasas, básicamente inferiores y peronistas.

Es que en esencia se trata de una política con un claro sesgo autoritario que lo que pretende es recuperar los espacios públicos invadidos por la barbarie para poder planificar una ciudad moderna y civilizada, relegando la informalidad a la periferia sin importar el destino de cientos de miles de familias de trabajadores abandonados a su suerte, pero lejos, bien lejos, hacia allí donde pertenecían ocultando así la vergüenza y lo vergonzante.

Es necesario en nuestro análisis insistir que al abordar los resultados de los estudios que refieren a la vivienda y a las formas de intervención para la demanda de la comunidad en situación de riesgo, vemos recurrentemente que la elaboración de respuestas que atienden a los aspectos antropológicos y sociales de los demandantes, acotan las características cualitativas de lo producido a los rasgos coyunturales de las variables en sus dimensiones físicas, dejando de lado las consecuentes culturales en la generación de imaginarios que consolidan y perpetúan la exclusión urbana de los lugares formales e informales de habitación popular.

Capítulo 3 – Las soluciones de vivienda

UNA ARQUITECTURA FICCIONADA

El uso de los términos “negro”, “grasa”, “cabeza”, etc., usado en la métrica del discurso oficial para caracterizar a los habitantes de la informalidad urbana, se extendió de forma amplia en el imaginario colectivo como discurso social, conformando el núcleo de una subjetividad de clase asociada a la idea de peligrosidad y pérdida de privilegios inherentes a un urbanismo integrado.

Como hemos visto, este pánico social a las conductas del diferente comporta un distanciamiento de clase en tanto asigna a la inseguridad una relación implícita con los neologismos aplicados a los que viven en sectores humildes de la ciudad, identificados con una estética específica y difundida por el discurso de exclusión.

La significación de sector recurre, para dotar de sentido a su relato, a causas multidimensionales como los rasgos étnicos, el color de piel, la indumentaria, el lenguaje, la educación, el nivel socio-cultural y en especial a los lugares de residencia de los pobres.

Se recae entonces en la estigmatización del grupo, reforzada en su profundidad por los prejuicios que presumen una vida de oscuridad y misterio al interior de los barrios populares y marginales conspirando contra la civilidad aceptada, garante de la seguridad y la propiedad privada capitalista.

El vínculo directo entre los trabajadores de estos asentamientos y el delito, que llamamos gestión del miedo, reproduce un estereotipo social discursivo y construye la imagen material del discriminado que es pobre, marginal y peligroso.

La oralidad intencionada de los relatos se sostiene, por un lado, en la invisibilidad del pobre expuesto a la vulnerabilidad de su existencia precarizada, y por otro, en el control de los canales de difusión de esta subjetividad de clase adquirida puesta en manos de los sectores corporativos.

Diversos estudios de caso asignan a las formas estereotipadas que estigmatizan a un determinado grupo, un rol central en las representaciones elaboradas por el imaginario colectivo e impulsadas por el interés dominante a fin de naturalizarlas como único pensamiento posible acerca del comportamiento de los sujetos involucrados y el lugar que estos deben ocupar en la estructura social y el espacio urbano.

La empatía con los discursos se relaciona con la eficacia en la carga valorativa del mensaje y con la masividad que adquiere en el imaginario en tanto ordenador de la pirámide.

La configuración del otro, tipología social del distinto, acciona sobre el sujeto impidiendo, obstruyendo o directamente eliminando su participación igualitaria en el acceso al hábitat y el derecho a la ciudad.

Solo como interrogante, y en relación al desarrollo que antecede, cabe plantearnos una reflexión abierta a futuros debates respecto a la entidad que en el imaginario opera una estética estereotipada y selectiva.

Cuando hablamos de “vivienda social”, tiene lugar en el imaginario la aparición de representaciones estéticas ligadas a supuestos de escala, estandarización y tipología.

Pero peor aún, lo “social” como adjetivación distintiva de unas viviendas respecto de otras concede entidad regulatoria en la pertenencia de sector, a la entronización del peligro moral que portan sus habitantes y que promueven los discursos estigmatizantes.

Así, la vivienda social como solución, encierra en su trama conceptual una narrativa compleja de desviaciones funcionales propias de su elaboración discursiva que la hacen o la presentan como inapropiada para confrontar con los prejuicios de una ciudad socialmente fragmentada.

La autonomía de un pensamiento unificador en desmedro de una heteronimia que reúna en un único concepto semántico la proximidad de voces diferentes restó posibilidades a la vivienda social de ser un instrumento útil en la programación de las políticas públicas.

Probablemente tal condición registra causales en la apropiación de los resortes del estado por parte de las fuerzas liberales y conservadoras promotoras de la erradicación urbana de los extraños, problemáticos y peligrosos.

El pensamiento único que reconoce en lo sustantivo la existencia de viviendas diferenciadas por su origen de producción y por las regulaciones del diseño arquitectónico al modelo social apropiado, otorga a la vivienda social una excepcionalidad cuya representación ideológica obedece a una concesión de la clase superior a los pobres, y que, como tal, hace aceptable en su materialidad algún grado de inequidad funcional a su naturaleza.

En la metáfora de la caverna, donde el sujeto atado solo ve las figuras que se proyectan sobre el fondo asumiendo que el mundo es lo que ve porque no otra cosa ha visto, Platón (1) concluye que “...*quien solo tiene el conocimiento de lo que está su alrededor, no tiene el verdadero conocimiento, porque este último es el que puede pasar de la imperfección a la perfección de las ideas que le corresponde a las cosas imperfectas*”.- Este imperativo platónico permite reconocer en el discurso único de las esferas estigmatizantes la imperfección de sus elaboraciones debido a la ausencia de

(1) Platón, “La República – Libro VII”. Editorial Alianza Editorial. – España 2005.

conocimiento real, pero también nos permite suponer la relatividad de todo interés en esas mismas elaboraciones que resulte por fuera de sus intereses materiales y de privilegio de sector.

Más aún, forzando al extremo la ejemplaridad expresada en el mito de las cavernas es posible comprender la manera en que el imaginario colectivo corporiza una práctica excluyente sobre los sectores populares y sus lugares de habitación.

Sin duda, las clases medias actúan cooptados por las sombras reflejas del discurso imperante que se proyecta sobre su desconocimiento, alejándose de toda objetividad posible y de la que los mantiene distante el discurso patricio, razón por la cual, el hábitat como acto de habitar, sea informal o producto de soluciones oficiales formales, jamás pudo resolver una inclusión real.

La contundencia semántica y de imagen que asume un relato abiertamente discriminatorio encuentra en la “vivienda social” una síntesis efectiva para caracterizar negativamente los efectos sociales y urbanos que la vivienda popular provoca sobre el interés de las mayorías calificadas.

Los supuestos contenidos en nuestro trabajo alcanzan de forma asociativa el vínculo imperante entre la identidad popular y las representaciones construidas expresadas en las formas visuales que adoptan los conjuntos de vivienda masiva.

Nos interrogamos acerca de ¿cómo tiene origen el proceso estigmatizante que asocia la condición de clase con sus representaciones materiales en el campo de lo simbólico o, dicho de otro modo, entre el negro y la villa?

Aunque profundizaremos cada uno de estos aspectos, digamos en principio que la adaptación criolla del negro, de connotación peyorativa y deshumanizante, lejos está del ideario principista que a comienzos del siglo XIX liberó a los tainos (2) del yugo napoleónico y que, reconociéndose negros, asumen la negritud como identidad que se revela a una cultura colonial que les niega condición de humanidad.

Esta distinción resulta oportuna por cuanto en la versión latina del negro (habitante de la pobreza) que organiza el discurso reaccionario y conservador, se intenta reeditar el derecho de sangre decimonónico en el ejercicio de la soberanía del pueblo del cual el negro no forma parte o en todo caso lo hace desde un lugar de inferioridad.

La justicia social, que representa el estado de bienestar resultante de la iteración entre el estado y el ciudadano, resulta una pretensión de igualdad inaceptable para los verdaderos poderes fácticos que operan sus proclamas sobre el imaginario colectivo, y entienden las barriadas como focos de violencia urbana a la que ahora se identifica con la pobreza extrema que en ellas existe.

(2) Junio, J. “Democracia y libertad, ayer y hoy” Diario Tiempo Argentino. Año 6 N° 2035, 1999 - enero 2016. pp. 24

Son enclaves indeseados sin espacios públicos, donde existe hacinamiento y promiscuidad, conjuntos abandonados a su suerte por un estado ausente al que no le interesa una clase de humanidad inferior.

Al mismo tiempo, es esa institucionalidad representante oficial de la ideología promovida por una esclarecida ilustración urbana, la que produce y promueve desde el estado los iconos y las normas que son el germen necesario para llevar adelante las formas más variadas de erradicación del indeseado y la demolición irreverente de sus lugares de habitación.

Es una lógica que intentaremos descifrar en relación al relato habilitado por el poder real y practicado por el estado, con la anuencia, por acción u omisión, de una clase media, parte de la cual fue ascendida en la espiral ascensional por políticas inclusivas de justicia social a las que ahora, disuadida por un deseo de pertenencia, terminará legitimando.

¿Cómo se fue dando forma al discurso oral y su referente construido, el discurso de la arquitectura, para penetrar al interior de las mayorías medias al punto de ser ellas mismas las difusoras incondicionales de los intereses de las minorías acomodadas? Quizá la relación más perceptible es la que existe entre los desclasados y los edificios que testimonian de su existencia.

En efecto, tan profundo resultó y resulta el imaginario sobre la marginalidad, que cualquier solución de habitación que se le prodiga al pobre, sean de mayor o menor corrección técnica y de diseño, sean de mayor o menor compromiso ideológico con las reivindicaciones sociales perdidas, terminan en la consideración colectiva como sólidos y ordenados guetos de exclusión, contenedores de una etnia diferencial e intrusiva de una urbanidad que le es ajena.

Esta producción edilicia sostenemos está caracterizada por un discurso de criminalización de la pobreza y un lenguaje construido de gran escala en lugares periféricos, de producción estandarizada y repetición tipológica.

La clave en la comprensión de este universo complejo y multidimensional parece girar en torno a las representaciones simbólicas del relato dominante y su transformación material en lugares de habitación, la vivienda, para los excluidos.

Se trata desde nuestra mirada de una lógica de doble entrada, donde la memoria, en un ejercicio selectivo, promueve un conjunto de imágenes representativas en el imaginario colectivo asociándolas a una condición de clase y de este imaginario de clase construye la imagen simbólica de los lugares que contienen al pobre.

Pero todo este desarrollo resulta parcial, o al menos incompleto sino consideramos el valor de las verdades relativas que toda hipótesis contiene.

Una película de nulo valor filmográfico y peor desarrollo interpretativo tiene por título “*Mentiras verdaderas*” (3), en el otro extremo de toda ponderación creativa se encuentra un programa televisivo de 2011 titulado “*Mentira la verdad*” (4).

Ambos títulos, nos proponen de manera sintética y precisa una presunción apriorística respecto de la contaminación ideológica que sufre la narrativa ficcionada y estigmatizante que opera sobre la informalidad urbana.

Una de las tesis más reconocidas de Jacques Lacan sostiene que “*la verdad tiene estructura de ficción*” (5) y que utilizamos para titular el presente capítulo.

En cuanto al hábitat popular, y en relación a esta idea de realidad ficcionada, cabría preguntarse que se pretende al instaurar una ficción acerca de la existencia de una categoría de humanización diferente, una identidad confrontativa con las “buenas” formas de habitación socialmente aceptadas, y cuál ha sido el rol que ocupó y ocupa la arquitectura en la consolidación de este relato estereotipante.

Asumir esta premisa ideológica, es asumir en un tiempo una visión limitada de la humanidad de las personas, es decir, implica convalidar desde un lugar de verdad recortada la existencia de un otro diferente.

Desde los orígenes mismos de la división de clases la construcción de imaginarios sobre el otro constituye el eje conceptual de una ideología que se pretende dominante y que preexiste como caracterización de una esencia identitaria colectiva surgente de la idea de que el hombre está predeterminado por sus formas de existencia.

En esta dirección resulta orientador comprender la arquitectura como ideología, más aún como ideología construida (6), y corresponde entonces indagar sobre el lugar que la arquitectura desarrolló en la producción de un ropaje para la pobreza.

Los debates acerca del hábitat popular recorren extremos que van desde una intencionalidad funcional al discurso estigmatizante que niega a los pobres el derecho a la arquitectura como instrumento de transformación de una realidad existencial predeterminada, hasta las visiones que entienden que toda solución de habitación es un hecho planificado y construido, y como tal, y por sí solo, califica como solución de arquitectura para la pobreza.

Aunque resulte de difícil comprensión, en ambos opuestos es posible encontrar un mínimo denominador común que entiende al pobre viviendo como puede y viviendo en donde puede, y también concluir que ambas hipótesis resultan de supuestos que históricamente son falsos.

En efecto, es difícil distinguir con precisión en qué lugar justo debemos ubicar nuestra mirada para comprender las lógicas que esgrimen los sectores en disputa a la

(3) Cameron, J. “Mentiras verdaderas” Título original True Lies. - Producción Twentieth Century Fox Film Corporation and Lightstorm Entertainment. Estados Unidos. 1994.

(4) Sztajnszrajber, D. “Mentira la verdad” Programa TV argentino. Emisión y Prod.: Canal Encuentro. abril 2011.

(5) Lacan, J. La vérité a structure de fiction. “El seminario Libro 1: Los escritos técnicos de Freud”. Cevasco, R. y Mira Pascual, V. Traducción. Paidós. Bs. As. Argentina (1953/54).

(6) Campos Baeza, A. “La idea construida”. Editorial Kliczkowski. Año 2000.

hora de abordar desde la arquitectura el debate del hábitat “informal”, sin olvidar, y citando nuevamente a Lacan, que “*la verdad es el error que escapa del engaño*”.

Las soluciones vernáculas que desarrollan instintivamente los habitantes de la informalidad para procurarse refugio y sin participación profesional ¿es arquitectura?, y las respuestas institucionalizadas, (sean por concursos convocados, agentes profesionales del estado o por contratación directa de profesionales independientes) que como resultado ofrecen una planificación documentada y construida ¿es arquitectura?

Entrar en la búsqueda de respuestas a estas preguntas nos enredaría en una maraña de incuestionables objeciones, sin embargo, podemos partir de suponer que no toda construcción es arquitectura, lo que inicialmente dejaría fuera de nuestro análisis las soluciones de precariedad que se dan para sí los propios habitantes de la pobreza en los asentamientos y villas informales que coexisten dentro del paisaje urbano.

Pero tampoco el discurso arquitectónico formal, propio de la modernidad tardía, que ofrece y presenta solo una visión estética como fundamento del resultado en las soluciones implementadas, y con participación profesional, nos permite hablar de una obra de arquitectura.

Y entendemos que esto es así, justamente porque definimos la arquitectura como un acto ideológico intencionado, que, puesto en contexto, permite categorizar la arquitectura en función del valor simbólico que alcanza y de la identidad que, como hecho construido, se instala y reconoce la memoria del colectivo social.

Es en un sentido amplio e inclusivo que pretenda una arquitectura de compromiso con el derecho real al hábitat y la ciudad, que nos permitimos presuponer la inexistencia de una arquitectura para los pobres que no es lo mismo que decir que no pueda haber una arquitectura para los pobres.

De hecho, la producción del hábitat masivo como idea, dio origen al pensamiento cooperativista de los socialistas utópicos como Fourier, Marx o Weber para fundar ciudades en el advenimiento industrialista y como forma de dar respuesta a la miseria de las sociedades modernas del siglo XIX, o al abordaje moderno para reformular el tejido en la Europa de posguerra imaginado en la *Cité* de Le Corbusier, la ciudad enchufable del Team X, los ensayos de diseño total de la Bauhaus o el despojo de ornamento preconizado por Adolf Loos.

Podríamos desplegar un sinnúmero de reflexiones sobre el carácter academicista que rigió y rige el debate sobre el hábitat popular.

Un debate que la más de las veces está vaciado de un contenido ideológico que le confiera humanidad al diferente, y que, en interés de nuestro trabajo, resulta

funcional al relato imperante de inferioridad de estos actores marginales como receptores de derechos consagrados.

En esta línea reflexiva, más adelante intentaremos diferenciar entre pobre y popular como manera de promover claridad entre dos conceptualizaciones que se presumen asociadas a la hora de estigmatizar a un sector que a todas luces resulta incómodo y está enfrentado con el habitante oficial de la ciudad.

Nuestro interés entonces, y en términos de arquitectura, radica en establecer cómo se fueron articulando los iconos construidos, reflejo de la ficción estigmatizante que recae sobre el pobre en su ciudadanía real, identificando algunos rasgos que repetitivamente se encuentran en las soluciones de la arquitectura formal que ofrece la institucionalidad y que a nuestro entender convalida la exclusión impulsada por la ilustración cosmopolita que los rechaza como iguales.

Un repaso historiográfico de las consecuentes respuestas a la ciudad-dormitorio para la informalidad, considerando su contexto político y cultural real, puede poner claridad a los principios hipotéticos en que se sostiene nuestro planteo.

En esa hipótesis, las estigmatizaciones sobre las barriadas populares encuentran en una estética arquitectónica, caracterizada por la gran escala, la producción estandarizada y la repetición tipológica, un referente simbólico que se instala en la memoria colectiva promoviendo la exclusión urbana de esas mismas soluciones.

Estas formulaciones proyectuales van a adquirir un sentido relevante a partir de las décadas de mediados del siglo XIX, por lo que conviene avanzar sobre las distintas respuestas de habitación, su contexto temporal y su inserción dentro del espacio urbano.

El movimiento moderno europeo, durante la primera mitad del siglo XX, se enfocó al problema de la vivienda obrera haciendo de su formalización el eje de los debates en tanto reflexión y práctica de los actores profesionales.

Durante este período, en Buenos Aires, la habitación en conventillos, con un promedio de 2,5 personas por pieza, representa un alto porcentaje (25%) de los ingresos familiares y condiciones de salubridad deficientes que elevaban por sobre la media aceptada la tasa de mortalidad.

Las opciones en discusión recorrerán desde los barrios de vivienda individual hasta las casas colectivas, pudiendo accederse a las primeras en condición de propietario mediante un sistema de créditos blandos y a las colectivas solo en alquiler hasta la sanción en 1948 de la Ley de Propiedad Horizontal que habilitó la tenencia de los beneficiarios en calidad de copropietarios.

El efecto de los complejos colectivos que se desarrollaron por entonces en el entorno urbano metropolitano, toda vez que eran promotores de una nueva convivencia con las tradicionales clases acomodadas, operó en el imaginario de conjunto una respuesta en los inicios receptiva.

Pero en paralelo, la escasez de soluciones empieza a configurar una informalidad que recibe el genérico de villas miserias (7) en los albores de lo que se conoce como la crisis del '30.

Un actor central, que instala el debate acerca de la necesidad de dar respuesta a la demanda de vivienda expresada por los sectores del trabajo, es la creada Cooperativa del Hogar Obrero a inicios del siglo XX en 1905.

La escasez de vivienda como problema social moviliza las preocupaciones socialistas, que en la certeza y convicción que el estado no podía, y muy probablemente no quería resolver la necesidad, fundan una iniciativa cooperativizada por la acción comprometida de dos de sus figuras más emblemáticas, los médicos socialistas, Juan B. Justo y Nicolás Repetto.

La acción estaba dirigida en los inicios a servicios de consumo y otorgamiento de créditos para la construcción de unidades individuales para luego, en 1913, avanzar en la construcción de la primera casa colectiva elegida por la cooperativa como modelo de habitación a desarrollar en el futuro.

Ese primer proyecto colectivo, edificio "Juan B. Justo", se ubica en la calle Martín García 473 en el barrio de Barracas y luego, unificando desde lo formal sus fachadas, se amplía en 1938 avanzando hacia la esquina de la calle Bolívar.

Pensada como vivienda para los nuevos trabajadores-propietarios, son 32 unidades de habitación de dos y tres ambientes dispuestas en planta baja, entresuelo y cuatro pisos con un patio en la platea y gran terraza dentro de un contexto urbano de realce.

La segunda iniciativa de vivienda colectiva es de 1927 y tiene lugar en la calle (ex Cangallo) J. D. Perón 2070 con una superficie de 1700 m², se resuelve en cuatro cuerpos paralelos a la línea de frente separados por patios y 24 departamentos de cuatro ambientes en tres plantas.

Tres edificios más, Alvarez Thomas 1320/30 en 1932, Giribone 1325 en 1940 y Elcano 3665 en 1944 se reúnen en torno a un patio común que los nuclea conformando un conjunto de 13000 m² de superficie con 187 unidades de habitación y locales comerciales.

Seguirán el Edificio Rochdale (1944) en las calles Owen 2931/37 y Rochdale 1134/38 y el Edificio Nicolás Repetto (1955) en las calles Rivadavia 518/34 y Rosario

(7) Verbitsky, B. en Ratier, Hugo. "Villeros y Villas Miseria". Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. 1971.

607/19 con una superficie de 26.000 m² y 22 pisos que albergan 263 departamentos y un centro comercial.

Todos estos ejemplos de edificios colectivos son el resultado del intento concreto por conjugar la maximización en el uso del suelo, que empezaba a mostrar su tendencia alcista en el mercado inmobiliario, los recursos disponibles, reunidos en el esfuerzo de los socios de la cooperativa y el abaratamiento en el acceso a la vivienda.

Dentro de esta producción de vivienda obrera o vivienda barata aparecerá la impronta ideológica en el diseño del hábitat desplegada por el trazo relevante del arquitecto Fermín Bereterbide.

Entre sus primeras obras está la llamada "Mansión de Flores", ubicada en el barrio flores en las calles Gavilán y Yerbal, surge como resultado de un concurso destinado a la provisión de vivienda social como alternativa a la casa de renta en el año 1921.

Son pabellones de PB y tres pisos dispuestos entre patios y jardines de uso público.

El mismo planteo repetirá en otro concurso ganado de 1924 en el "Barrio los Andes" del barrio de Chacarita, el diseño cerrado a la calle reproduce, a partir de un patio central que articula distintos espacios para la vida social, modelos adoptados por la social-democracia europea.

Estas dos experiencias, junto al edificio Repetto, conforma una terna de viviendas colectivas imaginadas por Bereterbide y cuyo valor de inclusión real queda evidenciado en el aserto constructivo de los conjuntos, la perdurabilidad de los tipos resultantes a lo largo del tiempo, el reconocimiento patrimonial de estas piezas urbanas y por sobre todo otro concepto, la aceptación social de los edificios apropiados por el colectivo como parte de una ciudad única e igual.

El reconocimiento a su obra quedará expresado en el decir del Arq. Juan Molina y Vedia al sostener que **(8)**: *"hizo como poca arquitectura moderna argentina de alta calidad al servicio de la gente, guiado por sus concepciones socialistas, por criterios que amalgamaron lo bello con lo funcional y por un perfeccionismo que el desarrollo tecnológico estimuló"*.

Toda esta lógica proyectual fue operada a partir de reivindicaciones de fuerte contenido ideológico concordantes con el ideario socialista de los fundadores de la Cooperativa el Hogar Obrero y que irrumpe, como promotor privado sin fines de lucro, en el escenario estético de la ciudad ofreciendo, desde su lenguaje arquitectónico, una identidad construida para los sectores postergados del campo popular.

(8) Molina y Vedia, J. en "Habitar en la vivienda social de Buenos Aires 1905-2002" Dunowicz R. y Boselli T. Libro: HABITAR BUENOS AIRES: Las manzanas, los lotes y las casas. - Compilador: Borthagaray, J. M

Pero su intervención no es excluyente, ciertamente el estado también entenderá el déficit de vivienda como necesidad programática de su práctica de gobierno.

La Comisión Nacional de Casas Baratas promoverá la construcción del Barrio Alvear II (1937) dentro del desarrollo Barrio Alvear construido en tres etapas entre 1927 y 1954 y las Casas Colectivas Valentín Alsina (1919), Rivadavia (1922) y Martín Rodríguez (1943).

El Barrio Alvear se ubica en el perímetro delimitado por Directorio, Lacarra, Alberdi y Olivera, lo penetran distintas arterias urbanas que dividen al conjunto en cinco manzanas alargadas y tres supermanzanas y es uno de los proyectos municipales más completos al contar con tres escuelas, un club y una iglesia.

La casa colectiva Valentín Alsina es un edificio de planta baja y tres pisos de 6200 m² diseñada por el Arquitecto Raúl Pasman sobre un terreno de 2976 m² ubicado en la Avenida Caseros 3183 del Barrio de Parque Patricios.

Tiene 70 unidades de dos, tres y cuatro ambientes con dos patios regulares internos al que dan las galerías de los pisos superiores.

Originalmente alquiladas las unidades a obreros, en 1944 cuando se disolvió la Comisión Nacional de Casas Baratas, estos inquilinos tuvieron la posibilidad de adquirir las viviendas en propiedad y fue reconocida por la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en el año 2007 como sitio de interés por ser “testimonio vivo de la memoria ciudadana”.

Como el anterior, la casa colectiva Bernardino Rivadavia, se ubica en San Telmo en la calle Defensa 767, de estilo academicista se desarrolla en tres cuerpos separados por patios internos con comercios en la planta baja y tres pisos totalizando 41 unidades que también sus locatarios pudieron comprar en propiedad.

El tercer caso es el de la casa colectiva Martín Rodríguez que se ubica en la calle Martín Rodríguez 1171 en el barrio de la Boca a orillas del Riachuelo y muy cerca de Caminito y el Puente Avellaneda.

Con una escala mayor, en un terreno pasante hacia la calle Mendoza, el conjunto abraza un patio interno aislado del espacio público, alberga 141 departamentos divididos en 63 de dos ambientes, 50 de tres ambientes y 28 de cuatro ambientes.

El común denominador de estos tres emprendimientos, llevados adelante a instancias de la acción como promotor público de la Comisión Nacional de Casas Baratas, es el impulso impuesto a la operatoria por el diputado conservador cordobés Juan Cafferata. Este rasgo revelador, que en principio se lleva de bruce con nuestro supuesto de que son justamente los sectores conservadores y liberales los principales

impugnantes de una identidad popular conviviente en el ámbito común de un urbanismo culturalmente civilizado, debe comprenderse desde una justificación orientada por distintos enfoques de corte socio-económico.

En primer lugar, el sur de la ciudad, como volveremos luego, era el núcleo productivo y de intercambio de la ciudad fundacional con las consecuentes características de degradación urbana y de infraestructura.

Lejos aún de las premisas de un “higienismo” proyectual presente en la Europa de la época y surgido en el interés capitalista de preservar el uso mano de obra barata que venía siendo diezmada por las distintas epidemias propias de las condiciones de hacinamiento en las ciudades industriales, con la contaminación del principal puerto navegable en cuyas costas volcaban sus desechos las múltiples fábricas y saladeros instalados a partir del desarrollo pujante experimentado desde fines del siglo XIX y el episodio determinante de la Fiebre Amarilla que tuvo lugar en el período 1852/71 que afectó y mató al 8% de la población porteña provocando el éxodo de los sectores de poder económico hacia el norte de la ciudad, el sur era el lugar no deseado como ciudad habitación por las clases altas y medias y su ocupación por los pobres urbanos resulta aceptable por quienes necesitaban de los que construían y ofrecían sus servicios a bajos costos.

La otra arista resulta de las prácticas que propicia la lógica de acumulación y reproducción del capital, la construcción masiva de viviendas con escaso costo de mano de obra poco calificada proveniente de la migración interna y otra bien preparada brindada por extranjeros llegados de Europa, movilizaba una enorme transferencia de recursos del sector público al sector privado que por otra parte usufructuaba, en su carácter de propietarios de las viejas residencias ahora convertidas en populosos conventillos, una renta de alquiler abusiva que debían pagar por su hábitat los sectores empobrecidos.

Así entonces la permanencia del otro, del distinto, del humanamente inferior relegado a un sector específico de la ciudad, con sus propios lugares de ocio y esparcimiento, sus comercios y sus particularidades culturales, sus historias y desventuras, no encontraría mayor rechazo que el propio límite físico que imponía un urbanismo disociado.

En sentido opuesto, un aspecto superador y de fuerte corte ideológico es la inclusión de la unidad sanitaria en el interior de cada vivienda construida, algo que hasta entonces, en la idea de aceptar la existencia de una humanidad diferenciada asociada a la miseria, no registraba el hábitat popular.

Confort e higiene en las premisas no invalidaban el objetivo de resultar sencillas para poder ser accesibles pero, además, y en un adelanto de los tiempos por

venir, el diseño libre de ornamento permitía al poseedor decorar y terminar las unidades según su gusto y posibilidades.

El otro dato no menor es la disposición de estos edificios cooperativistas y estatales en intersticios de la ciudad formal, una práctica proyectual que se extendió desde el área central hacia los barrios, y que a nuestro entender constituye uno de los rasgos sobresalientes que dan cuenta del resultado exitoso de esta operatoria de viviendas obreras al permitir compartir, en igualdad de derechos reales, los espacios públicos y los servicios de infraestructura, salud y educación de calidad.

La experiencia será recuperada en los comienzos del siglo XXI con la sanción en la legislatura porteña de la Ley 341/00 resultado de un proceso participativo legitimado en una mesa intersectorial y que, sobre la idea de definir, no ya la vivienda sino el valor sensible del “hogar” produjo en el ámbito de la ciudad 108 proyectos en distintos terrenos alcanzando 2400 soluciones de vivienda popular.

En efecto, este tipo de soluciones, más allá de las pretendidas distancias entre sectores, operaba con cada intervención una inclusión real amplia que no se limitaba al resultado construido, sino que además permitía una inclusión ciudadana del obrero y un ensamble no traumático de sus costumbres provocando una mixtura cultural que resignificó la cultura porteña de entonces.

En todos estos ejemplos que hemos tomado, y en un intento por refutar o verificar nuestra hipótesis de trabajo, vemos que se trata de soluciones que recurren a un lenguaje arquitectónico de baja escala, producción tradicional y sí una tipología repetitiva.

En términos ideológicos, es cierto también, como descargo argumental, que la ciudad aún no consolidada daba lugar en el imaginario de clase a la existencia de esas sub-ciudades.

Ubicadas en la zona sur, en proximidades del puerto fundacional Riachuelo y con posterioridad a la epidemia de fiebre amarilla, serán habilitadas por la pobreza, la que aún, y a pesar del rechazo que generaba la vida del conventillo, no tendría en la retórica masiva y persistente de las clases altas un culto a la estigmatización como instrumento de exclusión.

Pero si bien los efectos estigmatizantes no producían recortes urbanísticos cruentos en el uso de lo público, sí comenzaba a operarse una distancia norte-sur en la estética de la ciudad, que, en el recelo de las clases acomodadas, dará lugar a la construcción de una nueva subjetividad con que se identificará a las barriadas populares asignándoles una inferioridad funcional a la que recurrirá en el tiempo para promover su erradicación.

Esta retórica discursiva del distinto se potenciará en la etapa peronista iniciada en 1945 cuando el gobierno popular consolide estos núcleos de habitación en el entorno urbano de la metrópolis reconociendo, entre otros derechos inclusivos, el derecho al hábitat.

La política habitacional peronista desatará en el conservadurismo de tradición la mayor ofensiva imaginada en un intento por eliminar aquello que entendían como el germen de lo disfuncional y una anomalía indeseada en los verdaderos valores de nacionalidad.

El contexto internacional de posguerra, las migraciones internas y externas, y una política económica heterodoxa en el marco del proceso de sustitución de importaciones llevado adelante por el gobierno justicialista provoca un desborde de habitantes en el área central porteña.

De esta situación dará cuenta un film cinematográfico del año 1958 "*Detrás de un largo muro*" (9) donde una familia campesina abandona su hábitat rural y se lanza a la aventura de encontrar un mejor destino en el país industrializado que empieza a alumbrarse, pero termina en una villa donde experimentan la miseria del abandono y los sinsabores de experiencias en el delito que los sorprenden en su buena fe, hasta que vencidos deciden retornar a sus orígenes.

Descriptiva de las formas costumbristas que propone una cultura rural, la película es una fuerte denuncia acerca de una realidad urbana no deseada por las elites y evidencia de hasta qué punto las ilusiones de vastos sectores empobrecidos se ven interrumpidos por una revolución que a todas luces los rechaza y los esconde detrás de un muro que los invisibiliza y les niega humanidad.

John William Cooke (10) definió al peronismo como "*el hecho maldito del país burgués*" y quizá sea esta una síntesis significativa, por cuanto refleja el devenir histórico de un movimiento que por mediados del siglo XX se puso al frente de una épica inclusiva de los sectores hasta entonces postergados.

A esta gesta promovida desde la estructura ideológica de un estado presente, le correspondió una respuesta de igual intensidad desde los sectores afectados confluyendo en un proceso estigmatizante de los sectores pobres y populares que alcanzó a todos los iconos simbólicos del período peronista incluidas las respuestas practicadas en el campo del hábitat popular.

La Revolución Libertadora, tal como se autoproclamó el proceso que terminó con la experiencia peronista, desató sobre la nueva clase obrera una tamaña violencia física, cultural y propagandística con la sola intención de imponer al conjunto el más infame disciplinamiento social.

(9) Pondal Ríos, S. "*Detrás de un largo muro*". Demare, L. Género: Drama. Producción: Argentina Sono Film. Año 1958.

(10) Cooke, J. W. en "*Restos pampeanos: ciencia, ensayo y política en a cultura argentina del siglo XX*" González, H. Ediciones Colihue SRL, 1999 pág. 407.

Sin embargo, y como categoría sociológica de análisis, nos interesa para comprender los efectos operados en la construcción de una identidad antiperonista, que, abrevando en lo más profundo del colectivo social, formalizó un imaginario de exclusión del diferente y que, aunque pluriclasista en su conformación, criminalizó a los sectores pobres que quedaban por fuera de la ecuación de civilidad - humanidad.

Esta segunda mitad del siglo XX se caracterizará por un aumento exponencial del déficit habitacional obligando a enfrentar la problemática con respuestas masivas y reasignándole al estado un rol activo en la producción de viviendas.

Los nuevos materiales existentes en el mercado, los sistemas constructivos industrializados, pensados en la emergencia de reconstrucción de la posguerra europea, y un lenguaje tipológico surgido de los debates de una incipiente arquitectura moderna van a incidir en la producción de esa nueva forma de vivienda colectiva popular.

Antes de detenernos en el análisis del lenguaje de la arquitectura, que en el imaginario colectivo se convertirá en el icono de una estética oficial de las políticas públicas, y por ende en la imagen del rechazo urbano de clase y de proscripción a la identidad política popular-peronista, repasemos algunos resultados en tanto parámetros de escala, producción y tipo que venimos desarrollando.

Tanto la acción cooperativista como la práctica estatal, puestos en el rol de promotores del hábitat social en la intención de atender las necesidades de sectores con pocos o nulos recursos para acceder a la vivienda, reprodujeron en el ámbito de la ciudad de Buenos Aires (y a lo largo del país profundo) un parque habitacional ubicado básicamente en las tierras vacantes del sur de la ciudad, aunque no de manera excluyente, con distintos diseño urbano-espaciales y variadas formas de tenencia.

La complejidad de los resultados obtenidos movilizaron una serie de circunstancias que degradaron los núcleos en su conservación e inserción urbana como resultado de responsabilidades compartidas de sus vecinos y de los agentes promotores, fueran estos públicos o privados sin fines de lucro, y coadyuvaron a la construcción de una práctica de rechazo de esos mismos sectores dándole credibilidad entre las clases altas y medias de la ciudad a los supuestos en que reposaba el relato estigmatizante.

La creciente y vertiginosa demanda de viviendas que impulsa una ciudad desbordada necesariamente experimentó, en términos de arquitectura, un desplazamiento ideológico de su carácter reivindicador de derechos hacia un sentido instrumental de su práctica.

Coincidentemente con las formulaciones “funcionalistas” de la época, cuya academia asignaba el éxito proyectual al resultado de una estética representada por el

sometimiento de las formas a la función, se desconocía el carácter individual del hombre en su experiencia de sociabilización.

En sentido de nuestra hipótesis tendrá lugar un proceso en que, un estado satisfactor de necesidades de habitación recurrirá al despliegue de estrategias productivas basada en la construcción masiva y estandarizada de unidades en donde solo se destacará el lenguaje de la técnica y la mecanización de los procedimientos.

Este lenguaje pondrá en valor los signos inmediatos sin apelar a una mayor articulación simbólica que la que resulta de la preocupación por un ordenamiento racional de su sentido primario.

Las circulaciones correctas y directas, la buena ventilación e iluminación y el fácil mantenimiento, se transformaron en una barrera infranqueable para todo debate que se permitiera alertar acerca del posible fracaso urbano y social resultante debido a la consideración de estos conjuntos, en tanto arquitectura de la pobreza, como objetos de estigmatización en los discursos de exclusión.

No se trata de que la técnica no debía haber estado presente en las soluciones propuestas, de hecho, la tecnología es una herramienta instrumental por definición, ocurre que la técnica se transformó en medio y fin de lo actuado vaciando de contenido el sentido ideológico que encierra todo lenguaje arquitectónico y que se sirve de la técnica para articular su discurso proyectual.

Cerrando este capítulo debemos resaltar que uno de los efectos recurrentes en la arquitectura popular de mediados del siglo XIX, y que perdurable en el tiempo nos proponemos evidenciar aquí, es esa idea de utilidad.

La validación de ese concepto de utilidad en las soluciones, sin comprender que lo útil resulta como consecuente de un fin que le es externo y que como tal deviene de la respuesta oportuna a la utilidad que se le reclama, terminó constituyéndose como estética de la pobreza de la que se valieron las impugnaciones sociales propaladas por la cultura oficial en la intención de lograr su erradicación del tejido urbano.

Es decir, podemos presuponer que la maximización del carácter utilitario desarrollado en los conjuntos obreros hasta transformarla en el fin excluyente de las operatorias alentó la prefiguración de una estética de la arquitectura asociada a la pobreza que se enquistó en el imaginario colectivo como forma turgurizada de la vida y cuyos rasgos relevantes identificamos con la escala, la técnica y el tipo en el diseño.

Capítulo 4 - El proyecto peronista

“MEJOR QUE DECIR ES HACER, Y MEJOR QUE PROMETER ES REALIZAR”

Las barriadas populares constituyen el testimonio simbólico que media en el vínculo entre distintos actores pertenecientes a un sector de clase que se asume como diferente en su urbanidad y que son el objeto de estudio de nuestro trabajo.

Repasar los orígenes de su constitución y formalización como centros masivos de habitación frente a la nueva división del trabajo que operó durante el proceso de sustitución de importaciones de fines del siglo XIX y durante el siglo XX puede ofrecer algunas aristas interesantes para comprender el giro sistemático en los relatos que se van conformando en la preocupación de los sectores de elite, dada la dimensión que alcanzaron los sectores populares y la invasión de esa “ciudad negra” sobre los espacios públicos hasta entonces privativos de aquellos.

Anahí Ballent (1) habla en sus estudios de “*técnica y política*” como dos dimensiones vinculadas entre sí sobre un mismo objeto de intervención que es la transformación de los espacios del habitar, la vivienda popular.

En algún sentido su trabajo resulta convergente con nuestra elaboración interpretativa que reconoce la arquitectura como ideología construida, tal como venimos señalando dentro del núcleo central de nuestras hipótesis, y que pretende entender en el supuesto hipotético de origen la relación directa existente entre la construcción de los discursos estigmatizantes de la pobreza, las soluciones institucionalizadas de vivienda y la exclusión urbana resultante de la incidencia cognitiva estructurada sobre el colectivo por un relato ficcionado que habilitan los sectores de dominación política y urbana.

Lo cierto como intentaremos demostrar, es que con el “hecho maldito”, como se caratuló al proyecto peronista (Cooke), se entroniza de manera definitiva una cultura discursiva que, sea en gobiernos de facto o en democracias emergentes, apelará a la exclusión del diferente de los ámbitos de urbanidad compartida.

Sincerar las consideraciones, implica reconocer la preocupación profesional, previa al peronismo, en abordar la nueva estructura que se iba configurando en los centros urbanos en general y en la ciudad de Buenos Aires en particular.

Esas preocupaciones de carácter ideológico establecen un punto de inflexión en la relación estado-sociedad al reconocer la vivienda como un derecho que alcanza su clímax con el gobierno peronista y que ya no sería abandonado ni puesto en discusión en el futuro en las esferas de político, lo profesional y lo académico.

(1) Ballent, A. “Las huellas de la política – Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955” Colección Las ciudades y las ideas- UNQ – Prometeo 3010, 2005 pp. 20.

La existencia de una arquitectura identitaria de la pobreza, que reconocemos a priori de escala, estandarizada, y tipológicamente repetitiva, resulta disfuncional para una ciudad fundacional integrada y que en nuestro supuesto responde a un modelo ideológico dominante de corte institucionalista.

Opuesto a lo que afirmamos, Manfredo Tafuri (2) sostiene que no existe vínculo entre técnica y política, desafiando nuestro planteo de que la arquitectura es ideología construida, y que *“la producción del estado no crea formas, sino que resignifica formas existentes”*.

Sobre esto tenemos también algo que decir.

Con independencia de los contextos pre y pos peronismo, la producción de arquitectura para sectores postergados adquiere un carácter de representación simbólica, que como sostiene Tafuri, resignifica formas existentes en el campo de lo popular y que instala en el imaginario sobre la ciudad de habitación la existencia de una fuerte identidad de clase, sea esta como reivindicación de derechos o como estigmatización sobre esos mismos sectores.

Toda representación que contiene conceptualizaciones culturales de dimensiones tales capaces de disputar su lugar en el campo del espacio público, difícilmente pueda atribuírsele solo acciones resignificativas asépticas de toda ideología, más aún cuando las luchas de intereses imprimen una épica de sector que define el sentido de las políticas de estado.

Si esto fuese así, la problemática de la vivienda quedaría subsumida a solo un problema de producción y a la disposición de los recursos materiales y humanos necesarios para su materialización, sin importar la movilidad social ascendente que encierra el reclamo de sector y el rechazo al derecho de los inferiores que impera en el ideario de los autoproclamados titulares del derecho de ciudadanía real.

Un primer punto que interesa analizar, en el derrotero surgente de la necesidad de vivienda, es el que comprende un debate abierto sobre el hábitat y la ciudad, que implica una cobertura academicista acerca de la demanda y que orientó las discusiones en torno de una estética de la imagen despojada de consideraciones e implicancias de carácter social y de cuyos efectos darían cuenta los sucesivos intentos de erradicación de los asentamientos formales.

Curiosamente, el sentido excluyente de la estigmatización, que se instaló en la memoria de conjunto institucionalizado como reductos de una tugurización indeseada, era una mirada cultural restringida casi exclusivamente a las prácticas del gobierno peronista y limitada solo a los grandes centros urbanos, sin alcanzar a las periferias rurales porque esa misma mirada entendía la periferia como el ámbito de residencia natural de las montoneras deshumanizadas.

(2) Tafuri, M. *“Vienna Rossa. La política residenciale nella vienna socialista”*. Roma. Ediciones Electa, 1980 pp. 7.

El proyecto peronista en relación a la producción del hábitat popular contará con antecedentes construidos a fines de los años ´30, los que, si bien no reconocen en su accionar un proceso continuo y sistemático como política pública, constituyen una práctica válida en términos de atención al problema de la vivienda obrera.

Y es sobre el legado de este antecedente que nos preguntarnos, si la experiencia previa de hábitat social pudo convivir en la ciudad, sin los efectos confrontativos que se produjeron en la segunda mitad del siglo XX, ¿cuál es elemento disruptivo que provocó una contracultura reaccionaria hacia los sectores trabajadores?

Sin duda, la respuesta debe encontrarse en la nueva alianza sociedad-estado que produjo el peronismo y en las aspiraciones de igualdad de su modelo ideológico, por un lado, y en el lenguaje de la arquitectura de masas por otro, que, fundada en las variables planteadas, caracterizó la producción edificada por los estados modernos.

A las formas de habitación durante la crisis desatada en los años ´30, y como consecuencia de la ola inmigratoria del campo a la ciudad en busca de empleo en las incipientes industrias, se respondió primariamente con el alojamiento en casas chorizo, hoteles de baja renta, conventillos, asentamientos informales e incluso en las fábricas mismas al modo de los actuales talleres clandestinos.

Vivir en el conventillo modelaba procesos de vínculo social entre sus habitantes, experiencias de vida que quedaron registradas en la emotiva lírica que cantaba el tango y la milonga (3) “...*el conventillo luce su traje de etiqueta, las paicas van llegando dispuestas a mostrar que hay pilchas domingueras que hay porte y hay silueta a los garabos reos deseosos de tanguear*” decían en la letra de “Oro muerto” Navarrine y Raggi en 1926.

Alejados de los lujosos salones del centro urbano, el domingo reunía a hombres y mujeres en repetidos patios festivos que resignificaban el sentido de las celebraciones populares invisibilizadas a la cultura formal y alrededor de una mixtura que mezclaba la etiqueta de modesta gala con el humilde conventillo.

Pero también se denunciaba el drama de la vida mísera en la pieza del conventillo “...*bulín bastante mistongo, aunque de aspecto sencillo de un modesto conventillo en el barrio del mondongo. Una catrera otomana, una mesa, una culera, un balde, una escupidera y cualquier otra macana*” (4) y los recuerdos sentidos que con orgullo de clase resistían el paso del tiempo “...*como recuerdo barrio querido aquellos tiempos de mi niñez eres el sitio donde he nacido y eres la cuna de mi honradez*” (5).

Esta referencia al contexto físico y emocional en que vivía una clase social postergada en el acceso a una ciudadanía plena previo al peronismo, se corresponde un ordenamiento institucional donde, con un estado replegado en su impotencia, la

(3) García, G. “Aspectos ideológicos de la lírica tanguera”. *Especulo - Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid. <http://www.ucm.es/info/especulo/numero27/liricata.html>. 2004.

(4) González Castillo, J. “El retrato del pibe”. 1908.

(5) Martini, A. y Ronca, V. “Almagro”. 1930.

explosión demográfica que habitaba la invisibilidad social presionó sobre una ciudad no preparada en su estructura de servicios para contenerla.

La limitada planificación urbana se vio desbordada por la multiplicación de asentamientos azarosos que, junto a conventillos e inquilinatos, se ordenaban conforme las reglas que dictaba la tradición cultural de los migrantes.

Al ritmo del crecimiento cuantitativo mutaba la fisonomía urbana de la ciudad y paralelamente a ello crecía el interés del capital volcado a la especulación en el mercado inmobiliario.

Consecuentemente con estas formas de habitación la resultante lógica no podía ser sino el hacinamiento, las deficiencias de higiene, la ausencia de servicios y la promiscuidad.

Así, y aun cuando la vivienda pueda representar un factor común que reúna en una misma preocupación la obra estatal y la desarrollada por las organizaciones sin fines de lucro, las miradas sobre la necesidad de encauzar el déficit se funden en preceptos ideológicos bien diferentes.

La ciudad integrada ponía en juego un esquema de valores y de relaciones sociales que disputan en el espacio público una lógica aspiracional selectiva orientada desde lo institucional en favor de una épica determinada por las clases dominantes.

El proyecto político oficial, liberal y conservador, suponía la existencia de los asentamientos y villas como un factor disruptivo de lo que entendían como una civilidad urbana organizada, y el resultado icónico de un país pujante.

Aunque el estado se propone garante de esa formalidad de habitación reclamada por los trabajadores impulsando algunos intentos de subsidiar la demanda, predominaba subyacente la idea de que la ciudad no era un lugar para ser habitado por aquellos que no sabían ensamblar a su interior.

Todo este proceso registra un capítulo particular en el decenio 1945-55 en que las mayorías empobrecidas encuentran con la participación activa del estado peronista una acción inclusiva y de redistribución que propicia derechos, entre ellos el de la vivienda, a los que hasta entonces no tenían acceso.

Un primer paso en el enfrentamiento entre extremos de la espiral social tuvo lugar en 1943 durante el gobierno de Castillo cuando se congelaron los alquileres y se prohibieron los desalojos, deteniendo así todo acceso popular a la ciudad y alentando el paso a la periferia.

Habitar en la sub-urbanidad de la periferia, alejando a los habitantes de la pobreza del centro cosmopolita y letrado, representaba el lado sensible de las prácticas del estado, la erradicación y el traslado compulsivo al interior del país su sesgo más brutal.

“Estado y sociedad” significa en el imaginario colectivo, y en los hechos, “estado y sociedad educada”, los otros, los marginales, apenas conforman una categoría inferior, son la fuerza de trabajo necesaria pero que por condición no califica como sociedad.

La distancia entre estado y clase trabajadora se inscribe en la idea de una humanidad determinada por el derecho natural y estará presente desde el mismo momento fundacional, una distancia tangible desde la propia construcción de sentido en que se sostiene la subjetividad discursiva para diferenciar el nosotros de los otros, como también en la estética construida de los lugares que habitan, el lugar periférico en donde se nuclea y el acceso a la ciudad formal.

El peronismo cambiará esta articulación estado-sociedad.

La herencia al peronismo ofreció la oportunidad de un cambio de paradigma, de una transformación en el plano de lo simbólico y de una construcción de sentido que ahora ubicaría en el centro de la escena a una clase desclasada, los nuevos trabajadores urbanos.

La vivienda será en este sentido, el eje material de una conquista de derechos cuyos rasgos arquitectónicos construyeron identidad y pertenencia de sector y al mismo tiempo conformaron la imagen de una estética estigmatizada para reconocer al diferente, al distinto dentro de la trama de la ciudad.

Con Harry Truman en el gobierno, los Estados Unidos de Norteamérica emergieron triunfantes de la segunda guerra mundial, e inmediatamente pusieron en práctica un proceso keynesiano de recuperación productiva, el Plan Marshall, el estado intervendría allí donde antes no lo hacía.

Los preceptos conceptuales del keynesianismo americano en la planificación estatal del desarrollo fueron tomados por el peronismo y resignificados en su compromiso con los intereses obreros.

El populismo progresista de la administración estatal desdibujará el inexorable determinismo del hombre por su origen y hará de la inclusión en la igualdad una conquista de derecho para el desarrollo de una conciencia de clase.

Esta plataforma ideológica se desplegó a todos los campos de la vida en sociedad, y el estado, ahora protagonista en las transformaciones de la matriz social, puso su acento sobre los sectores postergados, en especial en el derecho a la vivienda digna.

De la experiencia socialista del primer parte del siglo XX pondrá en práctica una política pública que ubica al estado en el rol de principal promotor para la vivienda.

Desde esta perspectiva el peronismo desarrollará una acción primaria orientada a la construcción de unidades nuevas para los sectores empobrecidos y otra

secundaria que otorga créditos blandos para el financiamiento de emprendimientos individuales.

Son los primeros planes de vivienda concebidos como políticas públicas de alcance masivo, producción en gran escala y continuidad en el tiempo que se realizan en el país.

Se nos ocurre oportuno recurrir al propio Perón para sintetizar el eje que orientó las acciones en la producción de vivienda, "*mejor que decir es hacer, y mejor que prometer es realizar*" no tenía que ver en lo específico con el hábitat, pero podemos decir que tal sentencia en su proyecto político tiene un carácter omnímodo.

Otro aspecto interesante que registra el cambio profundo en materia de vivienda es el que se dio en los debates de la academia.

La escala del déficit en vivienda se asemejaba a la demanda existente en la Europa de posguerra y en ese contexto la cantidad ocupó el centro de la atención intelectual.

El movimiento moderno se enfocó en cómo dar respuesta a un problema que ahora debía correr el eje de sus preocupaciones desde los aspectos cualitativos del hábitat a la necesidad cuantitativa de vivienda.

Una primera diferencia era que mientras la guerra había devastado ciudades arrasando por igual viviendas formales e informales, lo que enmarcaba el problema en una reconstrucción policlasista de perfil urbano-habitable, aquí la ciudad es preexistente e intencionalmente fragmentada y donde la vivienda es una necesidad solo para las clases obrero-populares.

Hacer ciudad desde la vivienda implica un pensamiento total que le asigna sentido y significado a un desarrollo posible de futuro, por el contrario, subsumir variables de segundo orden estructuradas a partir de la resolución al interior de fragmentos urbanos, refuerza la idea fronteriza de sector.

El producir vivienda resuelve la cantidad, lo que no es menor frente a las condiciones de marginalidad extrema en que vivía el pobre, pero por sí solo no resuelve la inclusión en términos de pertenencia y menos aun cuando la demanda de servicios que impulsa la masificación se incluye en un sub-urbanismo que impone límites rígidos a la identidad colectiva.

Esta característica en relación a nuestro problema de estudio introduce la primera variable considerada, la de la escala.

Los debates promovidos por la vanguardia arquitectónica no solo alcanzaron a los profesionales locales, también la burocracia institucional que desarrollaba los planes de vivienda estatal en sus oficinas tuvo contacto con la tecnología industrializada que en Europa permitía dar respuesta a la urgencia de producción.

Lo funcional ocupaba el centro estructurante de las distintas propuestas tipológicas y era de buena práctica de diseño racionalizar, modular para sistematizar, ordenar para economizar.

La tipología subsumida a la función y la estandarización como respuesta tecnológica son las otras dos variables puestas en juego en nuestro estudio y eran a su vez el horizonte de gestión que proveía los medios útiles para producir hábitat en escala modificando el tiempo y el espacio.

El producir le ganó la batalla a la planificación, haciendo que la redistribución de recursos físicos de infraestructura y servicio, pensados en favor de una inclusión ciudadana, tuviese aristas caóticas en el resultado final al quedar inacabada la experiencia peronista, derrocado Perón.

Las piezas urbanas de gran escala, de tipología repetible y producción estandarizada desarrolladas durante el gobierno peronista tenían el valor insospechado de devolver dignidad al sector más vulnerable de la sociedad, pero al mismo tiempo aportaban imagen a la subjetividad que el encono de clase iba construyendo en torno a la estigmatización de lo popular para así alcanzar los consensos necesarios conspirativos que le permitieran recuperar el estado anterior de cosas.

La materialidad urbana será, a partir de las transformaciones en su estética habitable, el campo de disputa por la apropiación simbólica del espacio público, resignificado ahora en lo político por las conquistas de derechos de los postergados.

La urbanidad civilizada debió aceptar una acción del estado, que se reconfiguraba aceleradamente en relación a su rol histórico de garante de la minoría ilustrada, y que ahora permitía irrumpir en el territorio a lo popular consagrando constitucionalmente con la reforma constitucional de 1949 el derecho a la vivienda, el bienestar y el uso del espacio público.

Mientras el peronismo instrumentaba las transformaciones sociales de justicia social que se proponía y avanzaban sus planes de producción masiva de viviendas, sostuvo el congelamiento a la baja en la vivienda de alquiler desafiando la oposición de los propietarios rentistas que llegaron a perder hasta un setecientos por ciento de su capital en relación al avance inflacionario acumulado durante el primer plan quinquenal.

Podemos decir que el peronismo, cuyo episodio fundante es consagrar la vivienda propia de acceso masivo como el punto culmine de la lucha de los desposeídos en el ascenso social, confrontó por el poder político con la elite en el campo mismo de lo cultural, lo simbólico y principalmente en la distribución de la riqueza producida.

Otro capítulo de la disputa interclases es la sanción en 1948 de la Ley de propiedad horizontal.

Una lectura superficial sostendría que tal medida potenciaba el valor de la tierra ya que muchos propietarios podían ser dueños de muchas unidades en un solo lugar incentivando al capital privado a invertir en las áreas centrales y acrecentar así los dividendos de lo invertido.

Esta mirada es parcialmente verdadera, lo cierto es que al mismo tiempo la ley se convirtió en el principal instrumento de acción estatal a través de créditos baratos financiados por el estado y otorgados por el creado Banco Hipotecario Nacional.

Lejos de constituirse en una ley que densificaría el área central con habitantes de clase media y alta, lo que también sucedió, el motor estatal se valdría de ella para perpetuar al diferente en la ciudad formal mediante emprendimientos para la construcción de conjuntos de vivienda.

En relación al “problema de la vivienda” durante este primer peronismo Barrios y Fernández (6), sostienen *“el peronismo no inventó ni tipologías, ni criterios, ni modelos uniformes de construcción que fuesen una marca identitaria de la gestión porque, la política no crea formas arquitectónicas, sino que realiza una operación de selección de formas dentro de un espectro de posibilidades planteadas previamente”*.

De estas consideraciones es posible pensar que la política de vivienda del período adquiere valor, más allá de lo cuantitativo y sistemático en la producción, no tanto por la construcción de un significado propio, sino por la práctica de una gestión social inclusiva que, enmarcada en una acción distributiva de lo simbólico, se propone otorgar identidad de clase ascendente a los sectores postergados de la sociedad.

Hasta qué punto se trataba de una decisión política consciente el transferir identidad puede ilustrarse con alguna crónica de la época que cuenta en su anecdotario una reunión entre el empresario y miembro del establishment Francisco Bulrich, representante de una constructora.

En la reunión Bulrich presenta una ecuación en la que demostraba que por cada chalet individual su empresa podría construir cincuenta unidades de vivienda premoldeadas de monoblocks.

Fue entonces cuando Evita le preguntó cómo se verían esas viviendas, Bulrich respondió: *“como viviendas obreras”*, Eva repreguntó *“¿Qué me quiere decir con viviendas obreras?”*, el empresario tuvo que aceptar que se verían como *“casas para pobres”*.

Evita finalmente rechazó la propuesta, porque en su intención de redistribuir la identidad de clase sostuvo *“...yo no quiero eso, quiero que se vean como casas de ricos”*.

(6) Barrios, R. y Fernández, N. *“(con) Vivir con el peronismo – Vivienda y ciudad durante el primer peronismo”*. Vol. 25, Julio – septiembre 1985.

La figura onírica del deseo que impulsa el sentir de Evita, expresada en la vivienda, se nos ocurre oportuna para invocar una entrevista al periodista, músico y artista Alejandro Dolina, del que tomamos sus reflexiones para condensar en ellas la mirada cargada de afecto que los sectores postergados tuvieron por el peronismo.

Decía Dolina (7), *“el arte es esa maravillosa creación del hombre capaz de reunirnos en una última charla con nuestro padre muerto, donde Beatriz puede encontrarse en el amor con Dante y en la que nuestros sueños pueden volverse reales”*.

En ese encontrarse con los sueños de la vivienda hecha realidad es que se construyó el lazo de amor inquebrantable entre el pueblo, Perón y Evita, y es en esa misma dirección que podemos hablar de un “arte peronista” que, en una década de construcciones masivas, estuvo concebido para abordar complejidades multidimensionales como salud, educación y trabajo que le conferían al programa un carácter inclusivo integral en tanto política pública.

Pero este arte no lo será sino a costas de una compleja trama donde deberían coexistir modelos sociales y urbanos contradictorios, uno con una identidad de clase histórica y otro como receptor de la transferencia de sentido en la construcción de su identidad popular.

Son cosmovisiones muy diferentes, que llevarán en la disputa a consecuencias que podemos sospechar hoy como irreversibles para alcanzar el ideal de una ciudad inclusiva.

Daniel Santoro (8), quien mejor abordó el tratamiento de la iconografía peronista mediante su labor artística en el campo de la pintura y de la interpretación de sentido en la conciencia de clase, sugiere que entender el proyecto peronista es entender sobre el sentido que encierra esa idea de identidad transferida, asociada a la acción estatal justicialista.

Esta política pública alumbraría los barrios, 17 de octubre y presidente Perón en la Ciudad de Buenos Aires, ambos planificados por la creada Dirección de Vivienda dentro de la Dirección Nacional de Arquitectura.

El barrio 17 de octubre, rebautizado en la disputa simbólica por la Revolución Libertadora que derrocó a Perón, y apelando a lo castrense, como Barrio General José de San Martín, es también conocido como Barrio Grafa por su proximidad con la desaparecida fábrica de ropa de trabajo Grafa.

La misma suerte corrió el Barrio Presidente Perón, hoy Barrio Cornelio Saavedra.

Estos barrios forman parte de las soluciones de monoblocks construidos en la zona de Villa Pueyrredón-Saavedra y dentro de la nueva planificación urbana.

(7) Dolina, A. “Un mundo con periodistas”. Conductor: Luís Majul. Producción: Luís Majul. Disponible en: www.virtualia.eol.org.ar. Noviembre 2014.

(8) Santoro, D. “El peronismo es democratización del goce”. Blog Pájaro Rojo. Director: Juan José Salinas. Disponible en: www.pajarorojo.com.ar > Cultura. Argentina. 2014.

Dispuestos sobre una gran extensión verde incluyen la incorporación de servicios como negocios comerciales en la planta baja y una iglesia.

Con igual formato arquitectónico se construyeron los barrios Balbastro (1948), Los Perales (1949), Curapaligue (1953) y Marcelo T. de Alvear (1954).

En todos los conjuntos se privilegiaba el espacio de la sociabilidad representado por los lugares de intercambio comunitario.

En este sentido, nos importa señalar la existencia de dos elementos que retomaremos luego en mayor profundidad, el primero es un paquete conceptual que se orienta en dirección con las variables de hipótesis.

En efecto, una vez más puede observarse como las soluciones de vivienda popular se van conformando en imagen de lo exógeno al orden instituido, una estética peronista varias veces repetida en el futuro y donde se observa la gran escala, la repetición tipológica y la construcción industrializada.

Hablar del lugar donde viven los pobres es encontrar en la memoria colectiva la imagen de esa estética estigmatizante.

El segundo núcleo de nuestra reflexión rescata el diseño rupturista, preconizado en los decálogos de la modernidad, con el correcto urbanismo de cuadrícula europeizante tan afecto a las aspiraciones parisinas de las clases acomodadas.

Los desafíos a las elites no se detendrían y estas tampoco silenciarían su encono con el peronismo.

Si comprendemos el sentido existencial de una ciudad del proletariado, tanto en su significado ideológico como material, al definirse asimismo como clase distinta que emerge al amparo del estado populista, la pugna interclases en el campo de lo simbólico a la que se llegó, se debe entender, en tanto reivindicación de derechos que impulsaba el peronismo, como el resultado de la voluntad de confrontar con el poder fáctico desde un plano de igualdad social, de lucha de clases, más que como la voluntad de compartir un espacio dentro de la escala social y de ciudad.

Con la misma construcción de sentido de una identidad popular el peronismo operaría sobre la vivienda individual.

La casa moderna y la modificación de la vida doméstica del preperonismo construyó identidad de clase en los sectores medios y altos de la sociedad caracterizada por el abandono de la tipología chorizo en favor de la vivienda compacta amalgamada en el confort que ofrecía el uso de múltiples electrodomésticos.

Cómoda, moderna y confortable afianzaba con autenticidad el valor de lo distinguido, significaba el pertenecer, determinaba los límites materiales y los márgenes sociales del superior, del diferente.

Junto al chalet californiano, elegido para vivir o vacacionar y que le daba cierto aire americanizante a su dueño, la inversión en edificios de altura construidos para alquiler (no existía ley de propiedad horizontal), definían la esfera de vida del poder social en toda su extensión.

Para el trabajador, que debía resolver por sí el procurarse un hábitat, esta realidad solo era una utopía que jamás podría alcanzar.

Una vez más, con el peronismo habría un antes y un después, un antes y un después en el derecho a la vivienda, pero también un antes y un después en la brecha de tolerancia interclases.

Así como los modernos monoblocks, ahora en condiciones de ser ocupados por las clases populares en propiedad, ofrecieron una solución masiva a la urgencia de la demanda reproduciendo el lenguaje de la arquitectura aplicada en la Europa de la reconstrucción por destacados arquitectos vanguardistas, las casas obreras individuales sobre lote propio, sin abandonar los supuestos que expresa nuestra triada de análisis, es decir escala, producción y tipo, se valdrá del estereotipo burgués para transferir a los sectores populares prestigio social.

Este formato de chalet californiano al que se lo conoció también como Estilo Misión, por su vínculo formal con la arquitectura colonial del siglo XVIII construida en California y México, fue el elegido por Eva Perón para construir la vivienda social de los más humildes, desencadenando el rechazo de los que entendían que se trataba de un derroche de los aportes que ellos hacían al estado.

La Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires construirá estas viviendas individuales en el Barrio 1º de Marzo (1948) y el Ministerio de Obras Públicas, en los barrios Juan Perón (1949) y Albarellos (1952).

De baja densidad, vida vecinal y una sola familia por vivienda se trata, como señalamos, de un urbanismo diferente, que al igual que las viviendas colectivas, era disruptivo con la ciudad oficial cuadrículada.

La vida en familia tiene lugar en unidades individuales de varios dormitorios, comedor amplio, cocina, baño y hasta cochera para un posible automóvil futuro.

Esta ideología de la arquitectura unifamiliar también estará presente en las representaciones de la memoria colectiva como los “no” lugares donde viven aquellos que no alcanzan a ser socialmente integrados, una estética signficada, también aquí como en los grandes conjuntos, por la masividad en el número, la estandarización constructiva y la repetición tipológica.

La vivienda individual, como solución, ofrecía un desarrollo familiar armonioso coincidente con la liturgia del recogimiento impulsada por la profesión de fe oficial, el catolicismo.

Como ejemplo, baste explorar el libro escolar “*Nuevos Albores*” que en el capítulo “*La familia hoy*” educa instando a la vida en el hogar, allí se sostiene “...ayer caminaba por un barrio obrero recientemente construido. Sus casas sencillas y cómodas revelaban la felicidad y el bienestar de sus moradores” y continúa más adelante “...con esa visión me fui satisfecho pensando que en muchos hogares de la Nueva Argentina reina la misma dicha, gracias a la justicia social que remunera el trabajo obrero con salarios justos y dignos”.

El hábitat de la pobreza cuenta con el visto bueno de la cúpula eclesiástica que alentará su producción al imaginar, desde el sentido evangelizador que le asignaba a la vivienda, una estrategia de entramado social no traumático para lograr una pretendida conciliación de clases.

Pero esto no ocurrirá, porque quizá, y como ya mencionamos, la mayor acción desplegada por el aparato propagandístico del peronismo, en relación al lugar que ocupa la vivienda en la nueva vida argentina, fue la construcción de sentido para el desarrollo de una conciencia de clase, una contra-subjetividad que se opusiera a la subjetividad estigmatizante del poder de clase, aportando así al ensanchamiento de la brecha entre sectores.

Si la vivienda popular era el símbolo testimonial del lugar de los diferentes, el estado con su programa de justicia social, independencia económica y soberanía política era visto como garante irreverente de esos derechos que desafiaban un valor cultural socialmente aceptado, y que era conservador en lo social, liberal en lo económico y represivo en lo político.

Aun cuando entendemos que la producción justicialista no por masiva resulta novedosa como preocupación en la relación estado-sociedad, sí creemos que con ella se iniciará una construcción retórica de rechazo y aislamiento de lo popular enacada en el odio visceral a la política populista que asigna la ilustración a los gobiernos democráticos representativos de las mayorías populares.

Los conjuntos construidos en la era peronista terminarán siendo funcionales al discurso del proyecto estigmatizante de las elites, porque, su diseño intramuros tomado de la modernidad reforzaba lo que llamamos la “estética del diferente” fomentando así en el imaginario una voluntad excluyente, toda vez que se presentaban en el entorno urbano como la ciudad del proletariado donde vivían en armonía los iguales, vecinos, obreros y peronistas.

El resultado será la instalación en la memoria colectiva de un imaginario que se ha extendido en el tiempo hasta nuestros días, y que propende a criminalizar la pobreza, erradicar sus refugios urbanos e imponer un control social punitivo, mientras que en lo político prohibirá al peronismo como expresión popular, con las

consecuencias que sin ser objeto de este ensayo la historiografía moderna da cuenta abordándolo desde distintas miradas.

El esfuerzo transformador del peronismo chocó de frente con la resistencia a la transformación de una ciudad consolidada en sus prácticas de uso y en su posibilidad de acceso igualitario, donde las conductas estaban significadas por identidades de pertenencia de clase bien diferenciadas.

La ciudad, como foro de las realizaciones en el encuentro, constituye una subjetividad simbólica que tiene en la retórica de la tradición, como valor heredado de la historia pasada, el sostén ideológico que le permite desarrollar una práctica de exclusión sobre cualquier intento de construcción colectiva que tuviese origen en el campo de lo popular.

Aceptar un nuevo orden no sería fácil de instituir, al menos no sin provocar la reacción de quienes hacían saber que los habitantes de la pobreza no tenían lugar en la ciudad moderna.

No amerita mayor sensibilidad comprender el efecto que el programa peronista tenía sobre los sectores medio-altos y altos que imaginaban como sus dineros se destinaban a sostener el ascenso social de hombres y mujeres inferiores que además empezaban a ejercitar nuevos derechos compartiendo los lugares de esparcimiento, ocio y recreación.

En esta deformación del orden culturalmente aceptado debemos buscar el germen estigmatizante de la pobreza que fue tomando cuerpo en la usina de empresarios e intelectuales para conspirar contra el gobierno democrático.

Los ilustrados círculos ciudadanos reflejaron su disgusto con esta ajениdad de pertenencia apelando a la refinada pluma de la literatura borgiana, y así dejar en claro donde debían vivir los pobres.

Jorge Luís Borges dirá en relación a Puente Alsina y Avellaneda, en el periférico sur trabajador y márgenes afuera de la ciudad donde afincaban su miseria las barriadas obreras, “...*la fealdad de estos lugares parece predestinarlos para Perón y el peronismo*”.

El mismo J. L. Borges, que se transformó en el biógrafo menos sutil del antiperonismo, ilustra la latente “negrofobia” para con los descamisados peronistas con una anécdota en la que un joven al ayudarlo a cruzar la calle le dirá “...*disculpe maestro, pero se lo tengo que decir, soy peronista. Borges le respondió: No se preocupe, yo también soy ciego*” y más cruel aún dirá “...*la peor desdicha es que lo derrote a uno gente despreciada, los peronistas a nosotros*”.

Lo contundente de esta caracterización nos exime de mayores comentarios en los esfuerzos por encontrar vectores que conduzcan a entender el rol que ocupa el

estigma en los discursos que ahondan la grieta interclases y que tiene en la arquitectura identitaria de lo popular, el barrio y la casa de los pobres, una estética refleja del rechazo al distinto.

Lito Nebbia en *“Quien quiere oír que oiga”* nos convoca a una reflexión crítica *“...si la historia la escriben los que ganan eso quiere decir que hay otra historia”* y ciertamente siempre existen dos historias y su precepto de verdad depende de quien la cuente y de quien cuente con los medios para poder transmitirla.

En ese sentido lo verdaderamente difícil, el desafío real, consiste en poder poner distancia en un intento por alcanzar la mayor objetividad en los estudios que aquí presentamos, aun cuando nuestra propia mirada esté connotada por una inocultable simpatía ideológica, la que seguramente, y a pesar del esfuerzo, sospecho no he podido ocultar.

Situarse neutral a ambas márgenes de la historia, implica imaginar que el arraigo de las conquistas obreras en el peronismo tuvo su correlato reflejo en las pérdidas percibidas por las clases medias-altas y altas, o dicho de otra manera, a la felicidad del pueblo justicialista se correspondió el rechazo de las elites a los contenidos de esa felicidad.

Ahora bien, si queremos comprender mejor el rencor estigmatizante que en el posperonismo rompió con los límites de tolerancia que la clase alta estaba dispuesta a aceptar como lo hacía con anterioridad al proyecto justicialista, debemos poner el acento en la exacerbación que el régimen volcó sobre las construcciones simbólicas de sus conquistas.

Todo complejo de viviendas, en realidad absolutamente todo, se nombraba en referencia al líder, su esposa o alguna fecha cara al ideario del movimiento en un claro intento por reforzar en la memoria colectiva de la clase trabajadora la identidad peronista como única garante de la perpetuidad del proyecto de felicidad de los desposeídos.

El proceso que seguirá al peronismo nos muestra que, mientras en lo superficial tendrá a las clases oligárquicas operando una cirugía étnica que extirpe las anomalías enquistadas en el cuerpo social recurriendo al disciplinamiento del colectivo (garantizado por los distintos gobiernos de facto que se sucederán), subyacente, al interior de las barriadas, se profundizaba la conciencia de clase obrera en la certeza de que en ella se encontraba el germen de la liberación que les devolvería a su líder y recuperarían con él la justicia social perdida.

Quizá recurrir al juego de los espejos que propone Todorov (9), ayude a entender el contexto de disputa simbólica y cultural en la que se desarrolló el gobierno peronista, a partir de explorar la dialéctica oral y estética con la que lo popular

(9) Todorov, T. *“La conquista de América – El problema del otro”*. Ediciones Siglo XXI – Madrid. 1999.

permanentemente reimprime su identidad, y reelabora el vínculo que articula su espacio de experiencia con el horizonte en el que ubica sus expectativas a futuro.

En el capítulo que sigue, el posperonismo, veremos las consecuencias de un proyecto que fijó y fija el rumbo de las disputas de clase de la Argentina hasta hoy.

Lejos de pretender justificar, y mucho menos compartir, el proceso de estigmatización que fue madurando en las sombras de los elegantes lugares de encuentro donde la conspiración avanzaba en la intención de recuperar el viejo orden de privilegios, sí corresponde intentar comprender las causas que originaron tanta ira en un lado y tanto amor en el otro, y que, en los siguientes veinticinco años escribiría la página más sangrienta y traumática de nuestra historia arrasando con miles de argentinos habitantes de las barriadas obreras y mayoritariamente peronistas.

Y sin duda una causa importante era esta disputa por la identidad que puso en discusión el peronismo acerca de la titularidad de significado en los símbolos materiales representados por la vivienda entre muchos otros iconos tomados por Perón.

Digamos entonces, y como cierre, que, para las preocupaciones crecientes de la oligarquía amenazada por el ascenso popular, Perón es el tirano populista, los negros una desviación del orden natural en la cultura aceptada y sus lugares de habitación el reservorio y la cuna de todos los males que afectan a la sociedad integrada.

Capítulo 5 - El posperonismo y el proyecto liberal

¿PARA QUE VIVIENDA POPULAR?

El estado conservador posperonista, cooptado por las ideas de las elites dominantes, es un estado coercitivo y primarizado en su lógica social, un estado que abandona el tratamiento de las causas que originan la desigualdad y la pobreza estructural, el custodio castrense que garantiza y legitima la expulsión y la exclusión social.

El artefacto construido por el peronismo había revertido esa lógica ortodoxa, y en relación a la vivienda popular tendría en los sectores pobres urbanos y periféricos y principalmente en el estado, los actores centrales de validación de una nueva estrategia de clase para la reivindicación del derecho al hábitat y la ciudad.

Esta dicotomía se expresará en la tensión entre fuerzas sociales potentes que van a atravesar todo el período siguiente y hasta nuestros días.

Por un lado, los nuevos actores de la escena social encontrados en un movimiento que les confirió sentido legitimados por el estado, y por el otro los sectores tradicionales, perdedores de privilegios heredados, que buscan resistir amparados en el manejo de los recursos culturales y en la desconfianza siempre creciente al peronismo de los grupos reaccionarios del ejército y de un sector de la iglesia.

Para comprender sobre los contenidos discursivos de estos opuestos ideológicos, Jorge Nállim (1) rastrea, consagradas desde tiempo, las raíces históricas en la percepción de una subjetividad denigratoria del pobre, y que entiende a las masas trabajadoras y de servicio como fácilmente manipulables debido a su elevado nivel de ignorancia y escasa humanidad.

En relación al prejuicio sobre estos sectores, su trabajo encuentra cierto hilo conductor en el pensamiento decimonónico de Sarmiento y Alberdi cuyas miradas sobre gauchos e indígenas se expresan indisimuladamente clasistas, racistas y discriminatorias.

Atrás en el tiempo, ya resaltamos cómo la construcción de prejuicios sobre lo marginal era el centro de las preocupaciones conservadoras en la experiencia del radicalismo Yrigoyenista, para finalmente recalar ahora, entendida como el resultado de una barbarie residual, en su capítulo más violento contra la clase baja, sus barrios y sus viviendas durante el proceso político posperonista.

En los años previos al decenio peronista existió legitimado por un pacto tácito un conjunto regulatorio, que aún bajo miradas de sospechosa desconfianza, encontró en intereses de clase concordantes, como las que describimos en el capítulo tercero,

(1) Nállim, J. "Las raíces del antiperonismo – Orígenes históricos e ideológicos". Editorial: Capital Intelectual. Argentina 2014.

una tolerancia posible en la convivencia urbana. Estas regulaciones, condicionaban y eran condicionadas por la trama de la ciudad.

La vivienda y el ocio ocupaban sitios bien diferenciados y a una distancia razonable dentro del ejido, el incipiente desarrollo del transporte, planteado mediante arterias centrífugas perpendiculares, conducía desde el centro portuario hacia el interior profundo coincidentemente con el proyecto de un país agroexportador.

La cultura simbólica se manifestaba impermeable a sectores que se asumían asimismo como diferentes, los lugares de trabajo también tenían asignado su sitio en la urbe, la burocracia y el asiento del poder político y económico en el centro y los talleres, curtiembres y fábricas al sur.

La demografía crecía equilibrada y la conciencia de clase de los sectores acomodados aventajaba a las dificultades para conformarse como sector que tenía el proletariado debido a la pluralidad de lenguas presentes aportadas por la inmigración de posguerras.

Las fronteras de la formalidad urbana establecida con límites precisos, materiales e inmateriales, tangibles e intangibles, y que tienen origen en el rechazo de las barriadas obreras, fomentan desde su inicio el crecimiento de una ciudad fragmentada.

Tampoco era menor para el equilibrio pacífico de una sociabilidad vigilada el recuerdo siempre presente de la represión institucional a los intentos de reclamo anarquista ensayados por Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, que inocentes, fueran acusados de robo para poder ser juzgados y ejecutados en agosto de 1927.

Comprender este contexto de la década del 40 y la abrupta ruptura con esas regulaciones instituidas que produjo el peronismo, nos permite encontrar las razones centrales que, encajadas en el descontento ilustrado, originaron las estrategias demonizantes sobre el régimen, su conductor, los trabajadores asalariados y sus lugares de vivienda en la ciudad y la periferia próxima.

Definir lo popular, según variados autores, conforma una empresa de dudoso éxito en el entendimiento de que el decir “clase popular” encierra en sí mismo una problemática multidimensional y heterogénea.

Sin embargo, podemos ensayar un punto de partida en lo conceptual reconociendo la existencia de lo popular en relación a su condición de sector dependiente dentro de la estructura productiva que opera al interior del cuerpo social.

Otro punto de interés puede encontrarse en el resultado de la primera experiencia ampliada de integración institucionalizada ocurrida durante el primer gobierno peronista, estructurada alrededor de un líder excluyente, caracterizada como

expresión política populista y visibilizada en el espacio público mediante su ocupación por las masas.

El resultado alentador de este proceso radica en la articulación no mediada entre una incipiente nueva urbanidad, el hábitat de la pobreza, y el poder del estado.

El tenor que alcanzó el registro político de los desclasados condujo al fortalecimiento de la disputa cultural por una identidad de clase entre peronismo y antiperonismo y a la estigmatización sobre sus construcciones simbólicas, entre ellas el derecho a la vivienda y a la ciudad.

Al señalar la heterogeneidad imperante en el proceso de integración de los sectores populares, resaltamos como valor de análisis en la superación de esa fragmentación, la igualdad que los contenía como subordinados a las elites dominantes, que siempre han ejercido sobre ellos la suma del poder social, político y económico.

Lo popular lo es, no por las características intrínsecas que resultan de su especialización, su raza o su forma de procurarse el hábitat, sino por su estatus en relación a quienes detentan al poder.

De igual forma, todo hecho estético asociado implica una apropiación de fuentes culturales al servicio de conferir a la objetualidad producida una identidad determinada que se corresponda con el marco ideológico en el cual se inscribe.

En el período peronista, la vivienda ocupará ese lugar, no solo como artefacto construido para vivir, sino y principalmente, en relación a su inserción en el espacio de la sociabilidad determinado por el propio ejercicio del habitar.

La vivienda también operó un cambio hacía un país económicamente soberano.

Producir viviendas fue un instrumento eficaz para la redistribución de la riqueza en favor de los asalariados, expandir el crédito barato con financiamiento público permitió el acceso de la clase media a la vivienda propia.

La burguesía industrial, que construye miles de viviendas populares, creció con la creación de pequeñas y medianas empresas nuevas. Con el proyecto peronista el ascenso social era posible.

En este sentido el pintoresquismo de las soluciones habitacionales construidas por la estética ideológica peronista encarnaba el sueño inalcanzable de la casa propia, una reivindicación del derecho a la vivienda de la que los sectores obreros estaban excluidos.

Siguiendo esta lógica conceptual, cuando hablamos de apropiación cultural de una estética para construir identidad, será principalmente el modelo de vivienda unifamiliar de confort emplazada en los barrios consolidados del centro y norte de la

ciudad el prototipo simbólico elegido por el proyecto peronista para reprogramar las formas de habitación de la marginalidad.

Entender el porqué, caído Perón, a los barrios populares se los convirtió en la imagen estereotipada asociada al contenido expulsivo de los discursos antiperonistas, necesita de poner en perspectiva una acción estatal, resultado de una decisión intencionada, que estaba dirigida a establecer un piso de igualdad social en la disputa, y que las clases urbanas integradas percibían como herejía.

Es que el proceso de ocupación simbólica e identitaria afincado en las barriadas populares que construyó el modelo resultó tan apropiado por los desclasados, (y al que Cooke llamó “*el más alto nivel de conciencia al que llegó la clase trabajadora Argentina*”), que solo podía desatar sino la furia erradicadora de la heterogeneidad opositora, los “gorilas”, por recuperar el anterior escenario político y urbano.

En “*El peronismo es la democratización del goce*” (2), Daniel Santoro nos muestra con meridiana claridad una compleja serie de consideraciones que no pueden dejarse de lado a la hora de imponernos el desafío de entender la problemática de la estigmatización posperonista en sus dimensiones reales, sin caer en diagonales simplistas que eludan concretas razones de peso existentes a ambos lados de la frontera de disputa.

Pues en su tratamiento de la cosa peronista asoma subyacente, y no tanto, el hecho de que transferir identidad real y simbólica al sector popular subsume en un tiempo una estrategia de perfil confrontativo con los enemigos del pueblo, la oligarquía.

No se trata, como veremos, de una estrategia solapada en los pliegues de una retórica ortodoxa y prudente, sino muy por el contrario resulta frontal, efectiva y contundente.

Sin ambigüedades ni sutilezas, Santoro denuncia que “*la ciudad justicialista es una especie de ciudad amurallada, como las ciudades de la Edad Media, en el medio de un bosque salvaje – que sería el capitalismo – donde crecen los monstruos de la codicia*”.

A esta frontera urbana que surge de la fragmentación estratificada de clases propuesta por el discurso oral y estético de los sectores acomodados, se le corresponde una resignificación de sentido orientada al atrincheramiento popular en sus lugares de resistencia.

Si las nuevas conglomeraciones están en medio de un contexto salvaje, entonces estas deben constituirse como defensas construidas para contener el contacto con el otro, y para ese otro, estos centros populosos de habitación son el

(2) Santoro, D. “El peronismo es democratización del goce”. Blog Pájaro Rojo. Director: Juan José Salinas. Disponible en: www.pajarorojo.com.ar > Cultura. Argentina. 2014.

refugio del invasor peligroso que amenaza las normas aceptadas de convivencia civilizada.

Queda claro en esta lectura que se trata de dos diferentes irreconciliables que solo pueden compartir el espacio público común, devenido en campo de disputa por el sentido, mientras va tomando forma un estigma al que se le corresponde un contra-estigma, y que, según el tiempo histórico a futuro, irán contrapesándose uno con el otro con distintos resultados en la configuración de la ciudad fragmentada.

Sin embargo, no escapa a nuestro trabajo el saber que la nueva ciudad peronista lejos está de ser el motivo primario en la estigmatización de lo popular, muy por el contrario, las prácticas lingüísticas de una semántica de exclusión emergen como el resultado de factores multicausales entre los cuales se destaca el acceso masivo a una enseñanza de doctrina y el control sobre los medios de comunicación por el aparato político del peronismo, transformándose esto en uno de los mayores desafíos a las costumbres y libertades patricias y también a la liturgia prolija de los partidos tradicionales.

La conquista urbana y de la vivienda como imagen de la estética peronista, si tal cosa existiese, *“ni hombres demasiado pobres ni hombres demasiado ricos”*, procura transferir identidad, democratizar el goce (Santoro), y ubica al trabajador como sujeto protagónico de la acción estatal.

Esta estrategia consciente va a profundizar, a la salida, el urbanismo antagónico y fijará con ello los enclaves indeseados a remover con la restauración, extremando la represión directa e indirecta de la pobreza.

En su lógica urbana, la idea de ciudad amurallada que protege, diseñada con premisas de la arquitectura formal promovidas desde la producción desarrollada por el oficialismo popular, lo que incluirá la ruptura con el imaginario cultural de la tradicional ciudad de cuadrícula y con una imagen expresada por una estética estigmatizada que reproducía nuestras variables de escala, estandarización constructiva y repetición tipológica, obliga a repensar la urbanidad fragmentada resultante desde una doble subjetividad peronista-antiperonista que opera sobre la matriz social.

Un ejemplo interesante resultó ser “La Ciudad Estudiantil”, pensada precisamente para confrontar en la disputa por la ciudad con el Barrio River, fue un proyecto éste, que despertó rencor en los habitantes privilegiados de ese sector de la ciudad, un ejemplo revelador de la política provocadora y desafiante de la ciudad justicialista.

Pero si esta es la mirada determinada de los aspectos macro del conflicto de clases, existe también un procedimiento micro en la transferencia compulsiva de identidad y que se refleja en el tratamiento del hábitat obrero, (mal llamado en sendos

estudios “de la pobreza”), en términos de la liturgia del peronismo, aun cuando en muchos casos sus habitantes registren esa condición. Aquí también Santoro tiene que aportarnos.

En otro avance de su escrito, y sobre la Ciudad Estudiantil, alude a la revista “*Un mundo Peronista*” (3), un interesante documento de consulta que usaremos para referir al carácter ideológico de la obra peronista.

En una foto de la publicación gráfico- partidaria puede verse el interior de los dormitorios en el que viven los jóvenes sin vivienda de la ciudad y otros venidos del interior del país convocados mediante becas a formarse como futuros profesionales y dirigentes del proyecto emancipador.

Lo verdaderamente interesante se encuentra en el epígrafe de la foto, en donde se lee a Evita “*...para que nuestros niños pobres no tengan nada que envidiarles a los hijos de la oligarquía*”, el escrito en “*lenguaje pesado*” es coincidente con el valor ideológico que encierra la transferencia de identidad de la política social, y que en su coordenada construida (el chalet californiano), recurre a los materiales y el confort usado en la vivienda privada del sector rico de la sociedad.

Esta forma operativa expresada en la propaganda iconográfica de la obra peronista alimentó consciente el estigma discursivo de “la contra” con la que aún deben cargar los humildes desde la caída del peronismo.

Inaugurada en 1951 la Ciudad Estudiantil, Eva dirá en su discurso, transmitido por radio desde el lecho de enferma, “*...he querido reproducir aquí, en esta Ciudad Estudiantil que tanto he deseado realizar, los ambientes de la Casa de Gobierno donde el General Perón sueña, lucha y trabaja incansablemente por la felicidad de sus trabajadores, de sus descamisados, de su pueblo*”.

En un sentido sacro de la letra peronista, al hablar del carácter inmaterial de la brecha que registra el proceso confrontativo interclases, adquiere sentido interpretativo la figura del fantasma lacaniano (4) que involucra la relación al inconsciente del sujeto con algún objeto que es razón y causa de su deseo.

Desde la perspectiva analítica que propone Santoro, la provocativa práctica simbólica del peronismo, da lugar a una reacción corporativa originada por el “*fantasma neurótico del goce*”, entendido como una disfunción en las representaciones psíquicas que existen en la relación entre objetos y deseos.

Dicho de otro modo, la reacción estigmática de las clases dominantes resultaría de la insatisfacción que estas experimentan frente al disfrute del otro inferior sobre aquellas materialidades resignificadas por el peronismo y que entienden que les pertenecen y les fueran injustamente arrebatadas.

(3) “Un mundo peronista”. Revista Argentina dedicada a la difusión del peronismo. Disponible en: www.ruinasdigitales.com/revistas/mundoperonista. Editorial Haynes. Argentina. 1951/55.

(4) Lacan, Jacques. en Fuentes, M. “Fantasma”. Disponible en: www.elpsicoanalisis.org.ar. Nº 4. Argentina

De este supuesto concluye que la democratización del goce es el verdadero eje de la demonización hecha por las clases tradicionales sobre el peronismo por cuanto no soporta el capitalismo democratizar sus objetos de goce y que son, en tanto conquistas materiales, identitarios de su clase.

El goce del pobre es el no goce del rico, por eso la transferencia de identidad del proyecto peronista en su materialidad simbólica, como las viviendas obreras o los lugares que estos habitan, constituyen un valor ideológico traumático para el diferente en la articulación con la objetualidad que su deseo controla.

Dirá Santoro *“el peronismo es especialista en ubicar a un negro gozando al lado de un blanco que no lo quiere ver gozar”*.

Esta mirada nos da una posible orientación, acerca de qué pensaría Evita cuando al consultar con sus asesores acerca de sobre cuál era el lugar en el que disfrutaban los blancos de sus vacaciones y saber que era en Mar del Plata dijo: *“bueno, ahí hacemos los hoteles sindicales”*.

Esta práctica estructural que se revela en el ejemplo otorga claridad conceptual a la transferencia de identidad intencionada contenida en el programa peronista, y también aporta, cierta parte de racionalidad a la reacción antagónica del antiperonismo.

En este punto, y completando a Santoro, arriesgamos presuponer, que el “fantasma neurótico del goce” que sufre el capitalismo reaccionario, tiene un equivalente peronista que podríamos llamar, siguiendo a Krafft Ebing (5), como *“inversión relacional del goce”* en la que el goce de uno proviene del no goce de los otros.

La natural consecuencia de la virulencia con que reaccionó el poder corporativo frente al posicionamiento de los mayoritarios sectores de trabajadores peronistas, ahora legitimados como actores políticos en la disputa por la distribución y la riqueza, resultó en una acción directa tendiente a restablecer el control sobre lo que entendían era el orden natural que debían seguir los procesos sociales a partir de un realineamiento de fuerzas en que ocuparía un papel relevante la clase media.

Mientras resulta relativamente sencillo determinar los actores dominantes que poseen la riqueza y el poder y en el otro extremo a quienes soportan la miseria y la marginalidad, en la franja media se hacen visibles vastos sectores de clase media que interactúan, y que según la forma que adopten sus reclamos, entran y salen permanentemente de lo que se entiende por popular haciendo difusa la línea que los divide con ambos mundos.

Al igual que en los sectores populares, y más aún que en ellos, la heterogeneidad de la clase media es un rasgo inherente a su propia condición, pero a

(5) Krafft Ebing, R. “Psychopathía Sexualis” (1886). En Marchesini, A. “La estructura perversa”. Revista Digital de la EOL. - Disponible en: www.virtualia.eol.org.ar. N° 28.- Julio 2014.

diferencia de la primera que se iguala en la exclusión, en la clase media, la ausencia histórica de una conciencia colectiva y la tendencia al individualismo como práctica social, al emerger su siempre latente conservadurismo político, la transforma en “fácilmente manipulable cuando se la convoca a participar de los patrones culturales de las élites” (6) y de su estilo de vida.

Así, como en un momento el sector medio puede definirse popular para impulsar reclamos, por ejemplo, vinculados a la conquista de derechos, en otros, hace valer su riqueza, nivel educativo o el tipo de vivienda que habita para desconocer su pertenencia a él.

Imbuidas de una necesidad aspiracional ascendente, esa clase media se diferencia de los “otros”, los pobres, asumiendo para sí una actitud estigmatizante resultado de la capilaridad que su sensibilidad permite frente a la propagación de un discurso que, por distintos medios, incluidos los de comunicación masiva, promueve una elite alerta a la amenaza que representarán ahora los excluidos si culminasen el proceso de integración y concientización de clase impulsado por el peronismo.

Digamos que el lenguaje estigmático opositor tiene enfrente un lenguaje concientizante de lo popular, lo que refleja en la elaboración de las narrativas, la intencionalidad manifiesta de cada sector por instalarse en el imaginario colectivo.

El diario “Democracia”, expropiado a “La Prensa”, (recordamos su línea editorial en el primer capítulo) había asumido el perfil comunicacional del discurso peronista, en la intención de propagar la doctrina del movimiento imponiendo una “educación en el peronismo”, que además se llevó adelante con un avance sobre los contenidos de la enseñanza de la escuela pública.

Menos enciclopedista y más cercana a reflejar la acción estatal, con la nueva pedagogía se modificaron los contenidos épicos de la educación tradicional, e ingresaron en las aulas textos minuciosamente elaborados para educar al soberano en el nuevo paradigma como “*La razón de mi vida*”, “*Ronda infantil*” y “*Privilegiados*”.

Como puede verse aquí, las motivaciones reaccionarias que impactaron sobre las clases acomodadas cubrían un ancho campo social a partir de las controvertidas construcciones simbólicas del proyecto peronista, y si nos son útiles para el análisis, es por cuanto resultan esclarecedoras toda vez que con ellas adquiere sentido la reconfiguración de los márgenes conceptuales y culturales de lo público.

Dentro de esta lógica, la forma de ocupación de la ciudad, el abordaje del espacio público y los lugares de residencia resultan una clara medida de distancia entre la media social y las barriadas populares.

Cuando la Revolución Fusiladota (Zaffaroni) derrocó a Perón, la respuesta contracultural no se hizo esperar, con la misma contundencia simbólica con la que

(6) Svampa, M. “La sociedad excluyente: La Argentina bajo el signo del neoliberalismo”. Buenos Aires. - Ediciones Taurus, 2010.

Evita había creado la cuna de los futuros dirigentes peronistas, así el gobierno cívico-militar de facto, en un gesto de reparación simbólica, hizo de la Ciudad Estudiantil la mayor cárcel de detención para los protagonistas del periodo justicialista.

Para reconstituir el viejo orden se necesitaba sacar a los elementos que lo alteran, erradicarlos de la ciudad, echarlos a la periferia y cerrar la puerta tras de sí, pero para ello hacía falta de consensos amplios.

Como señalamos anteriormente, en este proceso cultural y simbólico radicalizado del post-peronismo, ocuparán un lugar central los sectores medios urbanos.

¿Cómo definir claramente e instalar en la memoria colectiva el vector disruptivo que altera el orden, lo popular?

¿Cómo hacerlo sino explotando la mirada sobrevalorada que tiene sobre sí la parte más conservadora del sector medio y construir desde allí ese consenso que legitime el asalto al poder formal?

La estrategia consistió en apuntalar la idea de la existencia de una diferencia estructural en todos los campos de la subjetividad entre estos y una clase peligrosa que ponía en riesgo su seguridad tanto jurídica como física y de subsistencia.

Así el estado de cosas, y con el desarrollo de las distintas formulaciones urbanas disruptivas (la adopción de una tecnología industrializada aplicada y de una tipología alternativa), como respuesta al acceso a la vivienda de los sectores empobrecidos, se configuró la estética peronista a erradicar.

Esta imagen material, era el soporte de una semántica que sintetizaba, en la subjetividad construida, el arte peronista.

Y será una práctica cultural de la restauración dominante que los intelectuales elaboren el discurso estigmatizante sobre los trabajadores, los medios de comunicación quienes difundan y le pongan imagen a esos lugares donde vive el obrero, los militares los que aporten las armas para asaltar el poder y reprimir y el clero quien perdone las almas y sus conciencias.

Es en el discurso estigmático y excluyente construido por sus intelectuales y su difusión por los medios que dominaban, donde encontraron las herramientas para dotar de una moral deformada a los marginales, caracterizados por la promiscuidad y el peligro latente de los conjuntos populares y las viviendas que habitan.

Solo basta con consultar algunas consideraciones hechas en relación al proletariado urbano para entender la dimensión simbólica de lo que estaba en disputa.

La profundidad de los cambios estructurales operados por el peronismo no pasó desapercibida a la indignación burguesa ni a sus literatos, que pusieron en letra

escrita el desprecio por un sistema político encarnado y sostenido por los que menos tenían.

Como Jorge Luís Borges o Adolfo Bioy Casares, Ernesto Sábato (7) en una ironía con la Revolución Francesa dirá “...*esa revolución (como todas por otra parte) fue sucia y estrepitosa, obra de hombres en alpargatas, que golpean bombos y que seguramente también orinaron (como los descamisados de Perón) en alguna plaza de Francia...*”.

María Rosa Oliver (8) irá más allá “...*de que suburbio alejado provienen esos hombres y mujeres casi harapientos, muchos de ellos con vinchas que, como a los indios de los malones, les ciñe la frente y casi todos desgreñados*”.

Para el catolicismo nacionalista y conservador del Doctor Mariano Grondona se trata de “*bandas armadas, de malevaje y de fascismo atentando contra el pudor, la honestidad, la decencia y la cultura*”, para el socialismo “*fuerzas latentes del resentimiento*”, para el comunismo “*naziperonistas*”.

Los ejemplos abundan, son inagotables e insumirían un enorme espacio dentro de este ensayo, sin ser ellos objeto de estudio más que como forma de visualizar los contenidos que articulan discursos y lugares que son objeto de exclusión.

Y dentro de esa articulación, y con ella, resulta necesario resaltar que la distribución de la riqueza y de la identidad que asumió el peronismo como acción de gobierno, reparadora de derechos largamente postergados, tuvo en la vivienda un acto consciente de apropiación de significados que no podía sino reforzar los prejuicios opositores y entronizar la existencia de fragmentos de ciudad peronista que exacerbaban el rencor a ambas márgenes de la grieta social y urbana.

Consecuentemente con esa lógica política, la naturaleza que adquirió el rechazo a lo peronista se mostrará implacable, perseguidos y encarcelados sus dirigentes se convertirá a esos enclaves obreros en guetos aislados, degradados por el abandono y a sus habitantes en el objetivo prioritario de la represión estatal, nuevamente en manos de la dominación.

En este sentido no resulta difícil comprender que los barrios populares, que consagraron el derecho a la vivienda de los que menos tenían, constituían un factor disruptivo en la ciudad por cuanto representan las zonas de ocupación de la barbarie, idea esta que congrega tras el prejuicio, una cosificación étnica capaz de homogeneizar fuerzas heterogéneas en su ideología y su trayectoria.

Se trataba de una inclusión forzada en la trama urbana de subciudades, que, abastecidas por Perón de servicios e infraestructura, van construyendo conciencia de clase a medida que confrontan en el espacio público con las subciudades de la riqueza.

(7) Sábato, E. “Tres revoluciones (los últimos veintiocho años)”. Sábato, Bagú, Barletta y otros. Ciclo Mesas Redondas – Facultad de Derecho UBA. Editorial: Editor Emilio Perrot. Buenos Aires 1959.

(8) Oliver, M. R. en “Perlitas de la historia”. “El 17 de octubre desde el antiperonismo”. Disponible en: www.perlitasdelahistoria.blogspot.com.ar . Octubre 2012.

Es justamente esa transformación en los equilibrios de la tolerancia lo que reformula el campo de disputa por la identidad en el espacio público posperonista y encuentra en la proximidad urbana de los opuestos la legitimación de la fragmentación socio-habitable y la consolidación de múltiples ocupaciones de la ciudad.

Esta nueva configuración de la escena metropolitana redefinió consecuentemente las relaciones sociales y políticas, la articulación en la relación entre sociedad y estado y el sentido en la disputa simbólica por la identidad.

El poder validar socialmente esta distancia con los “otros” necesitó de un fuerte discurso estigmatizante convalidado por la asignación de características rechazables a los excluidos y una acción propagandística eficiente que permeara en los miedos del “nosotros” por caer del sistema oficialmente aceptado.

Reconstruir la dominación de las elites ponía en juego un conjunto de mecanismos de control y vigilancia social del colectivo, y para ello, resultó necesario reforzar ciertas categorías conceptuales que fuesen funcionales al mantenimiento de los consensos necesarios para, en la aceptación de la distancia existente con los pobres urbanos, encontrarse un mecanismo válido de reproducir su capital y su poder.

A todo proceso que reformule abruptamente la relación sociedad-estado, anulando las políticas sociales que atienden la demanda de derechos e invisibilice la desigualdad social que arroja a la miseria a amplios sectores de la sociedad, no le alcanza con el control del aparato de seguridad y su utilización represiva, necesita recurrir a ese discurso capaz de neutralizar el valor simbólico de un estado de cosas diferentes que considera corrosivo para sus intereses.

Y toda vez que la clase dominante es absolutamente minoritaria, ampliar su base de sustentación requirió de un conjunto de acciones coordinadas de la que a nuestro interés importa la conducta ficcionada que adoptó ese amplio espacio de actores medios del que hablamos, en relación a los habitantes de la pobreza y a su estética construida, representada por la multiplicidad de soluciones a la vivienda que desarrolló el estado, los promotores privados sin fines de lucro y la acción autogestionada de los desposeídos.

El poder real, además del discurso que entroniza la reproducción de las diferencias y la desigualdad social, solo necesitó hacer una mínima concesión que permitiera un pequeño resurgir económico, para conseguir la masificación de las voluntades medias y poder llevar adelante la erradicación compulsiva de las barriadas populares y de sus habitantes.

Alejada la clase media de los sectores populares, su dialéctica estigmatizante movilizó el reclamo de seguridad y mano dura sobre los peronistas que atentaban contra la vida y la propiedad privada y que se refugiaban al interior de las villas,

asentamientos y soluciones habitacionales reconocidas como arquitectura formal de la pobreza, del diferente.

En la oralidad predomina el racismo y la discriminación, en lo icónico el rechazo a las representaciones construidas.

El factor común se instala en el imaginario colectivo naturalizando la subjetivación de un otro que es distinto en su condición a la mayoría integrada, que añora a Perón, convive con el delito, que viste y escucha música diferente, que vive en la ignominia porque se siente cómodo y es vago, y que como tal es disruptivo para una sociedad organizada mereciendo ser negado, reprimido, expulsado en sus pautas culturales, simbólicas y significantes.

El proceso se retroalimenta permanentemente legitimado en la amenaza que profundiza las distancias interclases y tiene en el etiquetamiento de sector un instrumento comunicacional eficiente, esencialmente en los medios tradicionalmente asociados a las clases dominantes, para construir, sostener y propalar la corporización de sentidos en puja por imponer una determinada visión del mundo.

Es de esta manera como el hábitat, en tanto estructura simbólica presente de un “arte peronista” derrocado, con sus escalas, su estandarización constructiva y su resolución tipológica, fue quien proveyó de imagen a una subjetividad que presentaba una arista urbana insegura y caótica para la cultura restaurada.

Ese proceso de agudización de las distancias sociales, acciona directamente sobre el imaginario social apelando a la “*gestión del miedo*” (9), es decir, el desarrollo de una dialéctica de la inseguridad que estigmatiza a quienes viven fuera de las fronteras del urbanismo aceptado refugiados en tugurios informales donde se esconde el delito.

Habitar la informalidad en cualquiera de sus formas conllevaba en sí, por el solo hecho de habitar, una moralidad de baja calidad que reduce a los habitantes en sus valores ciudadanos y los define en el opuesto de la sociedad formal, conformándose un ethos ideológico que adoptan las reconvertidas mayorías en la intención de proteger el goce de su producción social de la amenazante y peligrosa identidad negra de los descamisados de Evita.

La criminalización del pobre y la miseria impulsó la conducta punitiva de una sociedad que reclamaba seguridad frente a la conducta desviada que se le asigna al obreraje peronista.

Por supuesto que, desde un ángulo diferente, pero de manera asociada, se construyó un discurso acusatorio del régimen tirano, corrupto, regulador y represivo de las libertades propias de sentido y expoliador de los recursos estatales para el sostenimiento de una humanidad desviada.

(9) Prego, M. F. “Procesos de estigmatización social: la construcción de una alteridad peligrosa como forma de dominación y vigilancia social”. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Buenos Aires. 2013.

El exilio y el encarcelamiento eran el destino reparador a un período degradante del devenir evolutivo y que la historiografía registra ampliamente en sus formas y contenidos.

Uno de esos registros, el episodio en los basurales de José León Suárez, alumbra nuestro entendimiento sobre el posperonismo de represión descontrolado que se desató al caer el gobierno, y que retratado por Rodolfo Walsh en “*Operación Masacre*”, demuestra cómo no pudo jamás el régimen borrar la huella indeleble que dejó en los sectores populares los años de ascenso social, de lazos emocionales, de “compañerismo” y de construcción de identidad, que latía presente, encerrados entre paredes, al interior de las viviendas que los habían rescatado de los lugares de miseria en que vivían y de las casas de renta donde se les expoliaban sus magros ingresos.

Desde lo simbólico la eliminación de los registros testimoniales que referencian a la estética desplegada por el régimen, incluida la prohibición de nombrar siquiera a su líder, se encuentra emparentada con el tratamiento dado a una cartografía que invisibilizaba la existencia territorial de la informalidad asignando a esos espacios la función de pulmones verdes de la ciudad deseada, “la ciudad blanca”.

Ese discurso “*urbano blanco*” tal como lo define María Florencia Prego, condena al pobre por su sola residencia, tanto en los barrios populares, principalmente los construidos por el estado de Perón y Evita, como en las villas y asentamientos, todos ellos entendidos como una suburbanidad, una “ciudad negra”, donde se incubaba la amenaza al orden y la seguridad.

Desde la subjetividad colectiva en que se sostiene la “negrofobia” que interpela el sentido común de los iguales, a el aislamiento, la persecución, el encierro y, como ocurriera en los años ´70, la desaparición y el aniquilamiento de los hombres y mujeres de lo informal, y el cercado y la erradicación de sus viviendas existe solo un paso que es institucionalmente practicado y socialmente legitimado.

El antagonismo cultural de aquella década escaló en múltiples episodios de violencia que escapan a este estudio y que fácilmente pueden encontrarse en la bibliografía existente de la que resulta relevante “*La Voluntad*” de Eduardo Anguita y Martín Caparrós.

La historia allí contada nos interesa en tanto evidencia el sentido que adquiere el discurso de estigma que abonó una práctica de racia étnica sobre “el negro” y al mismo tiempo mantuvo marginado en guetos urbanos a los sobrevivientes de la ofensiva conservadora y liberal.

Desde esta conducta institucional no solo se limita, recluye y reduce a los pobres, subsumiéndolos a la categoría de “desechos humanos” (10), sino que ello

(10) Bauman Z. “*Vidas desperdiciadas*”. Ediciones Paidós. - Ibérica. - 2005.

conlleva a la eliminación de sus derechos como sujeto político reprimiendo cualquier práctica que intente ensayar en favor a organizarse y demandar.

La caracterización afectiva, a la que apelaba Eva Perón al llamarlos “mis grasitas”, desafió desde la ironía el sentido real que encerraba para el discurso estigmatizante y reaccionario del conservadurismo, que conspiró contra el gobierno de masas, y que asociaba al grasa con el ejército de reserva reclutado por el dictador para conspirar contra el orden natural que debe dar sentido a las sociedades organizadas, merced al uso de planes sociales y la construcción de viviendas que en la mirada de sector se financiaban con el dinero y el esfuerzo de la sociedad formal integrada.

En síntesis, al abortar el proyecto nacional-popular quedó trunco el proceso de consolidación de una conciencia clasista, avanzó la profundización de la precariedad, se masificó la habitación en asentamientos populares conformados como grandes villas y se redefinieron las fronteras de la escala social y urbana.

La nueva configuración impulsó una estética de la pobreza, una arquitectura vernácula asentada allí donde los pobres, eliminados del mercado formal, avanzaron en la toma de tierras fiscales o privadas para replegarse en barriadas imaginadas ahora, después de la experiencia peronista que marco sus trayectorias, como el espacio futuro de acción e interrelación entre distintos a su interior, pero colectivizados en el imaginario social como iguales en la exclusión que sobre ellos se operó.

Esta configuración signica tiene como factor común en el imaginario colectivo la representación de una identidad no deseada de los individuos y la inseguridad asociada al peligro de sus urbanizaciones.

Y esto es así, toda vez que si hay algo que no puede negarse es que el peronismo produjo imagen suficiente y necesaria para dotar de estética a su programa político, aportando en paralelo distancia de clases al ritmo en que crecían las conquistas obreras.

La contraofensiva que se produjo luego, debemos entenderla orientada, por un lado, a la persecución, criminalización y marginación de los trabajadores, y por el otro, el aislamiento, abandono y erradicación de los fragmentos de la ciudad que ocupan.

Esta colonización lingüista de las representaciones simbólicas, en la disputa por el sentido de pertenencia a una urbanidad civilizada, conformó el nudo central del estigma anticlasista en el que se fundó la contraofensiva a los postergados en el período posperonista.

La revulsión implícita sobre el otro conlleva el estigma del inferior, ensayado como forma de construcción de consensos para avanzar sobre su desaparición social de la escena urbana, en tanto factor disruptivo de una normalidad canonizada por las

conductas y normas de tradición, al tiempo que establece las distancias y dimensiones del conflicto de clases.

Al decodificar el valor de los signos en la escritura antipopular encontramos neologismos utilizados para reforzar la identidad negativa del sujeto (peruca, obrero, descamisado, negro, grasa, villero), y otros asociados a la imagen de sus residencias (villa, rancho, tugurio, barriada, pobrería).

La eliminación de las conquistas materiales, de los derechos de nueva generación y de las pautas culturales constitutivas de la identidad popular promovió la profundización de un estigma de exclusión y expulsión social de la trasgresión peronista que alcanzará su mayor nivel de paroxismo en los años ´70, segundo peronismo, con la desaparición física y social de miles de argentinos y la erradicación violenta de los asentamientos y villas urbanas que se habían multiplicado en la ciudad de Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XX.

Aunque solo tuvieron éxito parcialmente cuando intentaron erradicar las barriadas populares, ocurrió que, a diferencia de la obra propagandística cuyo valor simbólico en la memoria colectiva desapareció con la acción del nuevo estado conservador, al menos en las mayorías sociales, los conjuntos y viviendas populares permanecieron en los márgenes de la formalidad urbana y cultural condenados por el estigma del diferente y por su pertenencia a una imagen construida cosificada.

Un referente de consulta que retrata la brutalidad de las purgas llevadas a cabo por el estado sobre los lugares de habitación de la pobreza durante el segundo posperonismo setentista puede encontrarse en el film cinematográfico “*Ciudad Oculta*” (11), donde además por algunos de sus relatos, podemos descubrir como a lo largo de todos los tiempos esos mismos pobres se esfuerzan en el intento por explicarse el origen de su exclusión: “...no entiendo, y es que como acá no hay negros, los negros somos nosotros, el problema de esta ciudad es que es blanca y nosotros somos los negros y para peor extranjeros”.

Otro documento que nos dice acerca del cómo se ven los marginados en relación a la sociedad integrada lo aporta la murga uruguaya Agarrate Catalina (12), “...Yo soy el error de la sociedad soy el plan perfecto que ha salido mal. Vengo del basurero que este sistema dejo al costado, las leyes del mercado me convirtieron en funcional. Soy un montón de mierda brotando de las alcantarillas, soy una pesadilla de la que no vas a despertar. Vos me desprecias, vos me buchoneas, pero figurado me necesitas. Soy parte del negocio que nadie puso y todos usan, es la ruleta rusa y yo soy la bala que te tocó. Cargo con un linaje acumulativo de mishiadura, y un alma que supura veneno de otra generación”.

(11) Andecheaga, Osvaldo “La Ciudad Oculta”. En filmografía. Director: Andecheaga, Osvaldo. - Disponible en: www.cinenacional.com/pelicula/la-ciudad-oculta. Buenos Aires : Bison Motion Pictures. Noviembre 1989.

(12) Agarrate Catalina “La violencia”. En “*Gente Común*”. Autores: Cardozo, Yamandu – Cardozo, Tabaré. En: www.youtube.com/watch?v=f_8VtUfAKn4. Uruguay: Compañía Productora Diez y once. 2011.

Al decir que el negro es vago e ignorante se avanza en otra dimensión del proceso estigmatizante sobre los pobres que viven hacinados, es un racismo operativo que identifica al villero con el rechazo funcional al disciplinamiento que conlleva el trabajo y la educación y que el discurso dominante impone como prerequisite del necesario orden para el desarrollo. “*Ser villero implica no solamente tener que soportar la carencia de servicios, vivienda precaria, incomodidades y peligros, también supone ser objeto de sospecha, ocupar un bajo lugar en la escala de prestigio social, ser discriminado y segregado*” (13), la contundencia de la caracterización que del villero se hace aquí, resume una parte importante de lo que hasta ahora hemos intentado comprender.

Sin embargo, la convocatoria sobre los dichos nos interesa para resaltar un aspecto que a nuestro interés resulta relevante.

La síntesis que hace Margulis, en una asociación icónica directa con la estética releja, remite en el imaginario colectivo a una forma de habitación pluriformal inserta dentro de un urbanismo irregular, desordenado y caótico y sobre todo residual de la ciudad regularmente trazada por una cultura que le resulta inaccesible a la inferioridad villera.

Por otra parte y tal lo visto en el desarrollo de los procesos estigmatizantes como estrategia de control para imponer un orden establecido, la forma construida que adopta la caracterización marguliana lejos está de alcanzar solo a las villas como habitación de la pobreza y la marginalidad, muy por el contrario, iguales consideraciones recogió el discurso dominante para etiquetar a quienes vivían dentro de los complejos construidos, entendidos como infraurbanos en su ciudadanía y paraformales en su materialidad.

En virtud de esta reflexión que entrelaza lo social con la estética desarrollada para identificar lo popular, aparece como oportuno profundizar en otras manifestaciones que dan cuenta de hasta qué punto la clase popular, surgente como tal, de las vísceras del proyecto peronista impregnó el derrotero histórico, político y social desde entonces y hasta el presente.

Durante la década '60/'70 el historietista gráfico Manuel García Ferré presentaría un diseño animado llamado “*Hijitus*”.

Este personaje de nobleza extrema tenía por amigo a Oaky, hijo de un rico empresario urbano, habitaba acompañado de un perro callejero, Pichichu, en Villa Leoncia, y lo hacía dentro de un caño con antena de televisión sobre un terreno descampado.

(13) Margulis, M. “Migración y marginalidad e la sociedad argentina”. Buenos Aires: Paidós. 1968.

Esta sola descripción no podemos dejar de relacionarla, por asociación, con el proceso social liberador que en la sombra se estaba gestando en ese invisibilizado submundo de la marginalidad.

Entender la brecha entre clases antagónicas y sus símbolos de imagen construida, es entender las ciudades yuxtapuestas que convivían en permanente tensión dentro de la Ciudad de Buenos Aires y su periferia.

Si había algo que estaba presente en todo postulado que la neooligarquía utilizaba para estigmatizar a los sectores populares era describirlos viviendo en un caño con piso de tierra, sinónimo de la anormalidad funcional que acompañaba al pobre, al igual que Hijitus, mostrarlos como vagos que no trabajan pero tienen televisión, en alusión a las antenas que en toda villa, como Villa Leoncia, asomaban por sobre los techos y caminando entre los perros, Pichichu, que eran una parte inescindible del paisaje villero.

En el otro extremo, y en ese mismo momento, miles de jóvenes católicos, hijos de clase acomodada de toda estirpe, como Oaky, asumían la opción por los pobres de la teología de la liberación catequizados por curas tercermundistas (Padre Mugica) y desde la práctica solidaria que desplegaron en las villas terminaron enrolados en un peronismo militante.

Juntos soñaban atravesar el sombrero mágico y transformarse, como Hijitus, en paladines de lo que era justo para reivindicar las aspiraciones del sector postergado.

Solo la ceguera que produce una aristocrática soberbia, y que suponía que, con solo negar identidad y existencia a los trabajadores empobrecidos, cercándoles sus barrios o erradicándolos alcanzaría para eliminar la lealtad obrera con el proyecto peronista, puede explicar por qué la represión se retardo hasta 1976, dos años después de que Hijitus abandonara las pantallas de televisión.

Es posible encontrar registros de las charlas de entonces donde la solidaridad social entre iguales que grafica Ferrer, asociada al ejercicio populista del poder, constituyen un valor en la conformación de la conciencia de clase de los trabajadores, pero también es posible ver como casi setenta años después la estructura del relato estigmatizante en nada varió.

Recientemente, y durante el gobierno de la presidente Cristina Fernández de Kirchner, a todas luces incómodo para los mismos sectores corporativos siempre enfrentados al populismo cuando no se somete a sus intereses, pudo verse en una protesta cacerolera el retornar de los viejos prejuicios interrogándose sobre el acceso a derechos de los pobres, cuestionándolos.

La reconstrucción discursiva de la estigmatización de clase quedaba expresada en boca de una entrevistada al sostener: “... Yo ya estoy recontra reprodida, incluso fui a las marchas de Blumberg, eeeeeh, porque estoy harta de todo, es todo una ficción porque vivimos, o sea desde la casa rosada, que casualmente está, de pink house, parece la casa de Barbie más que la casa rosada, nos cuentan una historia que la cuenta Cristina por televisión..... bueno volvemos a lo mismo, lo que te decía antes, primero que no fue el 54%, lo segundo la construcción de poder se hace de una manera muy fácil, flaco, clientelismo político, se compraron a todos los piqueteros y aparece gente que es del conurbano, son hijos de extranjeros, les dan casa, comida, colegio, ropa y hospital” (14).

Adhesión al reclamo por seguridad, un gobierno corrupto que miente y vagos que viven del estado, los mismos métodos, el mismo discurso, los mismos resultados.

Finalmente podemos presumir que es en este choque de mundos extremos y las formas de alianza alternativa con el sector medio social según el momento del que se trate, donde puede inscribirse la historia de exclusión que experimenta la “vivienda social” que ya de por sí, en su adjetivación connota un locus de desigualdad en la matriz que define a un conjunto vasto y heterogéneo de habitantes de la pobreza, resulta una referencia directa al asistencialismo estatal que la sostiene y también asume una necesaria forma de tolerancia de los socialmente superiores y las concesiones que estos hagan para poder ser producidas.

En esta dirección entendemos también la disputa que entronizó una mítica subjetivada de los pobres, en tanto sujetos, y de los lugares que habitaba, en tanto imagen de esa subjetivación, conformándose así una categoría ontológica que desde entonces hace fracasar todo intento por avanzar sobre una inclusión real de los hombres y mujeres habitantes de la pobreza y sus viviendas.

Capítulo 6 – La Investigación

“UNA MIRADA DE HOY”

Desde siempre despertó interés en mis preocupaciones por qué mis padres me alertaban acerca de no pasar por ciertos lugares del barrio que eran peligrosos, y peor aun cuando ese interés se ensanchaba, al identificar para mí esos lugares describiendo sus registros construidos, la casa de rejas tomada, la de balcones rotos, la de los cartones en las ventanas sin vidrios.

Es curioso recordar hoy como toda la semana compartíamos las aulas y los recreos de la escuela Valentín Gómez con los hijos de esas casas sin experimentar los prejuicios que eran propios de nuestros padres más que de nosotros mismos.

Sin embargo, en el espacio público, fuera de la escuela, accionaba sobre nuestras conductas una barrera invisible que nos vedaba el acceso a sectores de una ciudad desigual.

Así, asociar arquitectura y peligro configuró de manera temprana un imaginario del diferente que se extendía de forma ampliada a nuestra primera experiencia de sociabilización en el espacio público, los amigos del barrio.

Decir que los padres siempre entregan lo mejor a sus hijos no admite esfuerzo imaginativo alguno, sin embargo, poco se ha explorado donde tiene origen el entender como lo mejor una forma de conducta excluyente hacia los otros por su sola condición de habitante de la pobreza.

Como pararse en esta tesis sin aceptar, que, aun reconociendo la existencia de patrones culturales disfuncionales para la consagración de una igualdad urbana, hemos sostenido de manera consciente la reproducción de esos prejuicios con nuestros propios hijos.

En los capítulos anteriores hemos intentado descifrar como y porqué se desarrollaron en forma de estrategia de sector dominante la estigmatización de los sectores populares, como se asumía identidad construida dentro de la ciudad para recortar fragmentos urbanos vedados a lo racionalmente aceptado, el necesario ensanchamiento de consensos sobre los sectores medios para legitimar los discursos y las acciones de remoción de los barrios informales y los grados de tolerancia que regulan la violencia en las prácticas de erradicación de los habitantes de la pobreza.

Queda entonces preguntarnos cual es hoy la formalización teórica de esos conceptos excluyentes en que se sostiene el artefacto cultural de dominio, y que procura imponer todas sus necesidades y creaciones culturales, (que son socialmente legitimadas y por lo tanto institucionalmente oficiales), al dominado.

Mientras que en los desarrollos previos fue necesario reconstruir las conductas operadas sobre la informalidad a partir de autores que revisan por separado los procesos históricos de producción del hábitat y de erradicación de los lugares de habitación, con el consiguiente esfuerzo por detectar y desechar consideraciones subjetivas, atender al contexto presente demandó la construcción de un instrumento que nos sitúe de cara a la mirada que la pobreza conforma en el imaginario colectivo y que determina la matriz social sobre la que sigue presionando el derecho a la vivienda de los postergados.

Este instrumento cuali-cuantitativo de entendimiento sobre el presente elaboró un índice comparativo denominado Índice de Tolerancia a la Inclusión de la Pobreza (ITIP) desde donde se abordaron distintas exploraciones para construir conocimiento en los tres campos de estudio en que se encuadra la investigación contenida en nuestra hipótesis de estudio, los subíndices vivienda social (SiVS), seguridad (SiS) y acción estatal (SiE).

El índice general ITIP que resume las particularidades encontradas en cada subíndice, se complementó con un otro índice, Índice de Reconocimiento Urbano (IRU) que indaga sobre el imaginario urbano de los lugares de habitación de la informalidad y que en conjunto involucran las dos perspectivas de análisis sobre la estigmatización de los sectores populares.

Antes de exponer algunos resultados conviene profundizar en el proceso de construcción de los índices propuestos para un mejor entendimiento de los contenidos alcanzados.

En primer lugar, y para cada subíndice se relevó el conjunto de respuestas positivas y negativas recogidas a través de las encuestas y entrevistas realizadas estableciéndose un máximo (1) y un mínimo (0) en los niveles de tolerancia a la inclusión.

A la ecuación que pondera los valores negativos (VN) y los valores positivos (VP) en relación al universo (T) que fue objeto de estudio se le aplicó un factor de corrección (fc) en un porcentual en 10% producto de la detección en las respuestas obtenidas de una clara incidencia en los patrones culturales de conducta formalmente aceptada y que promovían una distorsión sobre los resultados obtenidos.

Finalmente, el ITIP elaborado resulta del promedio de los tres ITIP subíndices SiVS (vivienda social), SiS (seguridad) y SiE (estado).

En principio podemos adelantar algunas miradas, que, con variantes interesantes, y que suponemos son el resultado de la experiencia violenta de la posdictadura setentista, y no sin la existencia de excepcionalidades siempre extremas,

resultan determinantes para toda reflexión crítica sobre los discursos orales y contruidos de la exclusión.

En primer lugar, se mantiene vigente el prejuicio estigmatizante del pobre urbano y de sus lugares de residencia, en segundo lugar persisten inalteradas las estrategias consensuales en la consolidación de la existencia de un diferente socialmente peligroso, instrumentado esto por los medios masivos de comunicación y ampliado a través de los formatos digitales, y finalmente, la existencia de nuevas formas de organización territorial de la pobreza y su visibilidad en el espacio público, si bien promueven una tolerancia controlada, no por ello resultan refractarias al impulso erradicador latente en el imaginario de la sociedad formal.

Desde esta lógica, y más allá de los prejuicios que se manifiestan en el reconocimiento del imaginario colectivo a un discurso oral y construido para la pobreza, el antagonismo de clase se asienta sin duda en una debilidad de la estructura simbólica que nos contiene como actores con intereses contrapuestos dirimiendo por la construcción de sentido en el espacio público.

Esta particularidad surge de las exploraciones que relevamos y nos acerca a un mejor entendimiento del estado de cosas en el presente, donde aun haciéndose evidente que la experiencia de la última violenta intervención del facto sobre el espacio público opera sobre la oralidad promoviendo una mayor tolerancia de clase, se mantiene subyacente e inalterable el sentido último del prejuicio sobre los habitantes de la pobreza.

En efecto, cosificar al pobre y a sus lugares de residencia, constituyó la base programática de esa dictadura descarnada que llevó la tradicional forma represiva del encarcelamiento y la persecución a la desaparición y eliminación del sujeto considerado disruptivo para reorganizar la nación.

Reorganizar la nación era reorganizar su cuerpo social refundándolo, y el porqué es importante entenderlo para abordar un saber sobre el hoy, radica en que de ello se desprenden dos supuestos centrales.

Por un lado, la violencia extrema del último facto se reconoce en el prudente cuidado que los entrevistados ponen al referir sobre la informalidad, aun cuando en otras respuestas revelan la inconveniencia de su presencia urbana, y por otro, la manifiesta responsabilidad que se le asigna Estado como promotor excluyente a la hora de ordenar, controlar y atender la demanda surgente de los sectores populares.

En este sentido, resultó razonablemente presumible la dispersión en los indicadores resultantes de las entrevistas y encuestas según el campo desde donde se aborda la mirada de la pobreza como categoría conceptual del diferente.

Al abordar la vivienda social, el subíndice SiVS (**Cuadro 1**) de intolerancia alcanza un 58% conformado a partir de una intolerancia plena (28%) y una tolerancia moderada (30%) frente al 41% que se asume como tolerante ante la producción del hábitat popular.

En este campo, tal como evidencian algunos resultados, puede observarse una dispersión en los indicadores que presumimos tienen sentido en ese ordenamiento que imponen pautas culturales de regulación de la conducta.

El 85% de quienes dijeron conocer a algún habitante de la informalidad le reconocen a este un comportamiento correcto frente al 15% que sostiene que sus conductas son dudosas o malas, un 85% también lo ve como un igual sobre el 15% que lo considera diferente y el 68% aceptaría vivir en una vivienda social.

Sin embargo y en el otro extremo del mismo recorte de estudio, el 62% los quiere a 10 cuadras (16%) o más (46%) de distancia de sus propias residencias, el 54% no le alquilaría una vivienda por temor a que no paguen a la rompan, el 88% los contrataría para que cumplan con algún servicio y de los 58 entrevistados que conocen acerca del mito del parquet el 57% cree que este ha sido verdad.

Esta forma de exclusión al diferente, reflejo de la formalidad que acompaña un discurso socialmente correcto y que al mismo tiempo reafirma la distancia subyacente en la mirada prejuicial sobre la pobreza, se extenderá, como veremos, a todos los campos de análisis y mostrará su lado más rígido al considerar la seguridad en relación al pobre y sus barriadas, exacerbando los contenidos discursivos presentes en la semántica del miedo.

La seguridad es y ha sido desde siempre el eje convocante elegido por los sectores dominantes a la hora de construir los consensos necesarios en la clase media para legitimar las distintas formas de erradicación o encierro en guetos de los desposeídos.

Los enunciados excluyentes que manifiesta el conjunto al entender al otro como diferente, resumen una mirada enfocada a contextos argumentalmente estructurados y a actores falsamente caracterizados por los sectores de interés, aislándolos así de toda posible forma de sociabilización, de todo acceso a la ciudad y a sus instituciones.

Se trata de una adhesión per se al desarrollo de un engaño que en su argumento convoca, en lo oral y lo construido, a un rechazo del diferente y de sus lugares de habitación, a partir de imponer en esas semánticas el interés de la dominación y resolver desde allí el conflicto de clase, anulando e invisibilizando la mirada también ideológica de los sectores desclasados.

Este modelar de las conductas mayoritarias, que se propaga por los medios masivos y que registra el estudio cuantitativo realizado, muestra cuan eficaz resulta, tanto antes en las dictaduras como en la refundada democracia actual, como estrategia para el sostenimiento de pretextos argumentales que excluyan al habitante informal.

Estrategia que en lo oculto de los discursos promueve la desaparición simbólica y social del pobre del escenario urbano como actor habilitado, suprime su participación en la consideración de una naturaleza que es disruptiva para la ciudad culta y cosmopolita y lo condena a una marginalidad que impide la restauración del orden validado por las elites.

En el subíndice SiS (**Cuadro 2**), seguridad, solo el 11% es tolerante frente a la conducta que se les asigna a los habitantes de villas, asentamientos y barrios populares elevando a 56% la intolerancia y 33% la tolerancia moderada, sumando así un total de 89%.

Se expresa aquí como evidente la permeabilidad que los discursos estigmatizantes basados en lo que llamamos la gestión del miedo, producen sobre el imaginario colectivo estableciéndose desde allí los límites que cada quien asume como aceptables en la sociabilización del conjunto, y de qué manera se establecen las fronteras urbanas en la construcción de esta subjetividad por la disputa de sentido.

Sobre el universo total de los consultados, las consideraciones lejos de experimentar una gran dispersión en los datos, se concentra en el mayor índice de intolerancia relevado por toda la muestra.

Casi dos tercios de los entrevistados, el 63%, asegura que la inseguridad radica en los lugares de habitación popular como viviendas, asentamientos y villas, número a priori esperado, la droga es vista como un problema propio de estos lugares registrando un valor elevado en la consideración del encuestado 82%, seguida del asalto 45% y la promiscuidad el 36%.

Por otra parte, la mitad dice no tener miedo de estos habitantes (el 51% siente temor), lo que parece coincidir con los valores de quienes evitan acercarse a los lugares de la ciudad donde vive el pobre (57%).

Una vez más los discursos aprehendidos se hacen presentes al consultar sobre si tendría amistad con un habitante popular, sí un 96% o se lo permitiría a sus hijos, sí un 98%, sin embargo, y al mismo tiempo un 30 % cree que la ciudad sería mejor sin barriadas y un 85% dice alertar a sus hijos del peligro que encierran estos lugares, o mejor aún estos no lugares en la mirada del sujeto formal.

La educación es el principal problema que se entiende como causal de la inseguridad (83%) y funda sus respuestas en conocer por su experiencia o por la

información que recibe diariamente a través de los medios y redes sociales, en especial la televisión 40% y por ello no compartiría escuela con sus hijos (78%).

La discriminación con el 90%, los prejuicios 45% y el aislamiento con el 31% se consideran los principales problemas que enfrenta el habitante social, esto de alguna manera nos alerta acerca de cuanto de intuitivo tiene lo que recepta el común de los habitantes sobre las estrategias desplegadas contra estos sectores.

Pero quizá lo más sugestivo de la muestra, involucra el carácter represivo y punitivo como práctica sobre la marginalidad y que se espera y reclama al estado, el 80% sostiene la necesidad de aumentar la presencia de las fuerzas de seguridad en los lugares de habitación habilitando así reforzar el carácter fronterizo en que se sostiene la fragmentación de la ciudad, aun cuando solo el 15% trasladaría o eliminaría los conjuntos habitacionales existentes y el 41% erradicaría los asentamientos y villas.

En el presente, y como vemos en estos resultados que expresan los sujetos interpelados por nuestro desarrollo, ya no se tratará de una inferioridad conteste a la naturaleza del pobre de la postura de Berlín la que domine el discurso estigmatizante, sino una subsistencia delincinencial que cuestiona la razón de su civilidad.

Cuando recortamos la muestra a quienes viven en la provincia, la idea de igualdad en términos de ciudadanía se mantiene en valores elevados 89% y es de 64% el porcentaje de quienes aceptan vivir en viviendas sociales.

Cuando se les propone construir más viviendas donde ellos residen, el índice de quienes lo aceptarían es 57%, en las otras variables la tendencia es menor en relación con el universo de los entrevistados, y solo el 47% desea mantenerlos alejados de su residencia frente al porcentual general que es, como señalamos, del 62%.

Sobre estos resultados y el de las entrevistas cualitativas exploradas podemos concluir que el habitante de la provincia se siente más cercano con quienes viven asentados en barrios, posee menores niveles de prejuicio y resulta menos permeable a los discursos estigmatizantes, todo esto quizá por sentirse ellos mismos objeto de las prácticas excluyentes de las clases urbanas o también porque muchos manifestaron provenir de situaciones similares por carencia de vivienda.

Más allá de la configuración que retrata el indicador construido en el campo de la seguridad, la idea de orden, conservador y liberal se impone por sobre toda otra mirada que entienda en la solidaridad un camino a la inclusión socio-urbana de la pobreza.

Es que ese orden constituyó por siempre la base de las distintas epopeyas restauradoras que tuvieron lugar durante el siglo XX y en especial en su segunda

mitad, donde el precepto dominante de la política pública era construir desde el estado los consensos acerca de la inevitabilidad de la erradicación del disfuncional, cuya centralidad en los períodos populares era origen de todo mal.

El testimonio verbalizado de los exegetas de una verdad única y la determinación significativa del lenguaje de la arquitectura materializada en los conjuntos de habitación diseminados en la periferia urbana, aportaban la prueba necesaria para la construcción de sentido de un otro que es distinto y que está dotado de una inferioridad natural.

En el último subíndice, SiE (**Cuadro 3**), la tolerancia asciende en reconocimiento a las prácticas del estado, aquí el ITIP alcanza el mayor registro tolerante, del orden del 49%, minimizando la intolerancia 22% y las posiciones moderadas 29%.

En una primera aproximación, y como pudo observarse a lo largo de los capítulos precedentes, los comportamientos sectoriales desarrollados por los distintos actores sociales en el espacio público hicieron del *modelo estatal de recursos*, aplicado casi excluyentemente por las políticas públicas para la producción del hábitat, un fracaso sistemático en términos de inclusión real y construcción de ciudadanía plena.

Dentro de estas formas de estructuración de las relaciones de sector, las políticas públicas, casi siempre determinadas por el poder de los sectores acomodados y por ende enfrentados con la participación popular, oficiaron en término de los atributos como forma de control (discursiva) y determinación geográfica (construida) de la pobreza.

En este sentido, los resultados expresados muestran un Estado que pone atención a la solución del hábitat ya que solo el 34% entiende que el estado no se ocupa de resolver el problema del hábitat.

Más interesante resulta observar como esa preocupación se recorta solo a los procesos democráticos y en especial al peronismo.

El primer gobierno de Perón 75%, Illia 50% y Néstor Kirchner 38% encabezan por lejos el reconocimiento en cuanto inclusión del derecho a la vivienda digna. Le siguen Raúl Alfonsín 29%, el segundo peronismo con 17%, Cristina Fernández de Kirchner con 12% y cierran con menor reconocimiento Frondizi 10%, y en partes iguales Duhalde y Menem 5%, Guido, De la Rúa y las dictaduras 2,5%.

Podemos presuponer que los contenidos de las respuestas obtenidas se fundan en una memoria histórica que ubica desde la década del 50 y hasta el presente al peronismo (proscrito o no) como actor excluyente de la escena política, mientras que los breves gobiernos de otro signo para su consideración resultaron débiles y

siempre condicionados por el poder corporativo dominante apoyado en el nacionalismo liberal y conservador de las fuerzas castrenses.

En la misma dirección, alrededor del 83% de los entrevistados cree que los costos que demanda la producción de viviendas es una inversión, aprueba el uso de los dineros públicos para atender la demanda (91%) y destinaría para ello más fondos que los aplicados en el presente (67%).

Un punto a evaluar en futuras investigaciones respecto del uso de los fondos públicos para vivienda es la reacción que pudo haber provocado modificando los porcentuales relevados la aparición al cierre de esta tesis del caso que vincula al ex Secretario de Obras Públicas del Ministerio de Planificación Ing. José Francisco López con evidentes hechos de corrupción en el manejo de esos fondos.

Otro dato que resulta interesante y revelador, y que debe ser considerado en proyectos a futuro, es que todos los consultados, el 91%, le asignan al estado el rol de constructor de viviendas, pero solo el 41% cree que deben hacerse para las clases bajas, mientras que una mayoría significativa del 49% dice que deben ser para todos, y aunque el 46% reconoce que los resultados de las practicas estatales fueron positivas para la ciudad y forman parte de ella, el 55% prefiere que se construyan las soluciones en la provincia.

Es probable que la cada vez mayor distancia entre el acceso a la vivienda y los recursos disponibles de mayoritarios sectores medios, tradicionalmente no habitantes de la informalidad, este presionando hacia una nueva cultura del hábitat que modifique los patrones históricos que hacen de la vivienda un bien de reserva de valor heredable.

En términos generales, las mujeres se presentan como más intolerantes que los hombres, pero con poca distancia en los indicadores, en el subíndice SIVS 30% a 26% (**Cuadro 4**) y en SiS 57% a 55% (**Cuadro 5**), mientras que, al considerar las políticas públicas, SiE (**Cuadro 6**), los valores se invierten y los hombres 26% se presentan como más intolerantes que las mujeres 18%.

Cuando se evalúa el nivel educativo según los campos de los subíndices, sorprendió lo que en principio hubiésemos entendido como presunción razonable, desnudando así nuestros propios prejuicios siempre disponibles a degradar la necesaria objetividad de toda reflexión.

En todos los subíndices de análisis, son los sectores con estudios primarios, casi siempre parte mayoritaria de la pobreza, quienes se asumen como menos tolerantes, 76% en SiVS (**Cuadro 7**), 100% en SiS (**Cuadro 8**) y 63% en SiE (**Cuadro 9**) entre intolerancia plena y moderada frente al 54% y 55% en SiVS, 86% y 86% en SiS

y 46% y 52% en SiE de quienes tienen estudios secundarios y terciarios respectivamente.

Como conclusión, y en cualquier caso con sus máximos y mínimos (que fluctúan entre un 89% y un 51%), todos los subíndices ITIP muestran una población poco comprometida con la inclusión de la pobreza y peor aún, se manifiesta abiertamente estableciendo distancias fronterizas con el que se entiende como disfuncional a los órdenes y valores considerados como estándar aceptable.

Es importante comprender que al considerar los resultados positivos obtenidos en los subíndices SiVS y SiE, el 37% de ellos paso a la intolerancia absoluta cuando se expresó en relación a lo que la pobreza representa en términos de seguridad, reafirmando así la idea del éxito que la gestión del miedo produce en los discursos estigmatizantes sobre los sectores populares.

Ahora bien, como resumen de las exploraciones en los campos mencionados y retratados mediante subíndices que ofrecen los porcentuales expuestos hasta aquí, veamos el resultado que ofrece el índice ITIP que los contiene.

El ITIP general (**Cuadros 10 y 11**) se ubica en el 79% entre índices medio y bajo, mostrando un 21% de tolerancia promedio y un bajísimo valor constante a lo largo de los tres subíndices para un mismo sujeto de estudio ya que solo 2 de ellos, el 2,5% respondió por encima del 0,75 establecido como indicador de tolerancia.

En el otro extremo, intolerancia constante en los tres subíndices del ITIP, 10 entrevistados respondieron por debajo del valor 0,49 establecido como indicador de intolerancia, lo que representa un 12% del universo total.

Las mujeres (**Cuadros 12**) con una intolerancia del 89% entre plena y moderada superan a los hombres (**Cuadros 13**) que expresan una intolerancia del 78% en el mismo rango.

En cuanto al nivel educativo (**Cuadros 14**) se repite la menor tolerancia en los sectores menos preparados 88%, seguido de los sectores con estudios terciarios 80%, y 76% para quienes registran estudios medios.

Sino contundente al menos prescriptiva es la muestra obtenida en dirección a intentar entender el proceso de construcción del relato estigmatizante que opera desde la oralidad sobre las clases marginadas, pero que en relación a la hipótesis planteada resulta insuficiente sin un indicador de igual valor que nos diga acerca del registro que la memoria colectiva reconoce como hábitat de la pobreza.

Con esa preocupación el último campo explorado nos permite establecer el Índice de Reconocimiento Urbano (IRU) (**Cuadros 15**) que nos posiciona frente al reconocimiento del discurso construido y cuya semántica orientó en el tiempo las

conductas de erradicación represiva de manera asociada al relato oral de legitimación punitiva sobre el pobre.

En este sentido, decíamos que la experiencia extrema de la última dictadura había condicionado los discursos excluyentes de lo popular encubriéndolos detrás de una nueva caracterización de los pobres urbanos, una nueva caracterización que por lógica no puede esconder la visibilidad de la vivienda de la pobreza en soluciones habitacionales, villas y asentamientos.

Este entendimiento, que enfrenta lo correcto y lo subyacente en los indicadores obtenidos, toma cuerpo al evaluar como visibilizan la “vivienda social” los entrevistados.

La tolerancia, que hemos definido como el marco regulatorio de participación en la ciudad, encuentra en aquella transmisión oral de prejuicios que se repite de generación en generación y de manera asociada en las conductas que se practican sobre la pobreza, las coordenadas en las que se inscribe la clave de un urbanismo fragmentado.

Desde allí es donde podemos visibilizar el motivo central que relaciona nuestros supuestos con la consolidación de una estética de la pobreza, y que tiene en la práctica proyectual, cuya semántica signica reconoce en la escala, la producción estandarizada y la repetición tipológica un lenguaje de sector, las formas de perpetuidad que adopta en clave construida el carácter polisémico con el que el imaginario colectivo estigmatiza la propia idea de la vivienda social.

Al profundizar en los procesos que acompañaron la relación entre la informalidad y la tolerancia urbana a sus formas de habitación, fue evidenciándose una ideología represiva de los discursos orales y contruados hacia lo popular.

Recordando la hipótesis de Berlín, concluimos la existencia de una correspondencia aún presente entre la unidireccionalidad del comportamiento monista y las prácticas de exclusión al postergado.

Así entonces adquiere sentido el valor sustantivo en esas conductas de la idea de negación al distinto, la eliminación de su residencia y lo inflexible de las acciones históricamente aceptadas por el conjunto.

Se entiende entonces por qué se avanza sobre la erradicación de valores impropios a lo reconocido como formal y el establecimiento de fragmentos de ciudad que se sitúan como fronterizos al urbanismo oficial.

Volviendo sobre nuestro IRU, de los valores relevados creemos interesante exponer algunos resultados que nos dicen acerca del comportamiento de hoy, que orientado por conductas más o menos persistentes en el proceso histórico, mantienen abierta la distancia social entre sectores urbanos que se asumen como antagónicos.

Aunque con índices más bajos que los que refieren a la igualdad, el 62% de los consultados dicen que al hablar de vivienda se habla de una vivienda como la que ellos tienen, en tanto que vivienda social es una otra diferente para el 35% de los casos.

Aquí tampoco parece corresponderse con los elevados valores porcentuales que asumen las distancias que los entrevistados esperan tener con las viviendas populares, es decir la consideran una vivienda de iguales, pero las prefieren alejadas a diez cuadras o más el 62% que muestra el SiVS.

Lo más importante, el dato más relevante que apoya nuestro trabajo surge de la caracterización que de estas viviendas se hace en relación a la dimensión física presente en el lenguaje que asume el conjunto como propio de una estética de la pobreza.

El 77% dice reconocer claramente los lugares donde vive la informalidad, y lo expresa siguiendo los parámetros que contiene nuestra hipótesis de investigación, la cantidad de unidades (60%), la construcción estandarizada (70%) y las tipologías repetidas (49%).

La identificación de las imágenes que se incluyeron en la técnica de recolección de datos nos aporta información sobre cómo se organiza cognitivamente ese reconocimiento de los patrones físicos del hábitat y releva en un tiempo la evidencia de cómo opera la lógica en que se fundan dos dialécticas irreconciliables.

La gran mayoría de los encuestados ofreció una respuesta frente a cada imagen presentada, pocos se abstuvieron de clasificar alguna de ellas y fueron menos los que marcaron más de una opción.

Con mayor o menor dispersión según la imagen de la que se trataba, la precisión de las respuestas ensayadas convence acerca de la existencia real de los dos antagónicos en los que se sostiene la idea colectiva de una ciudad fragmentada.

Como prueba de esto, tanto las viviendas privadas (86%) como los asentamientos y villas (92%) no presentan dificultad a la hora de ser reconocidos por los encuestados, es decir, no existen dudas de quien habita cada lugar reforzándose así la frontera de una ciudad física y culturalmente fragmentada.

Cuando se trata de proyectos previstos como soluciones a futuro del hábitat popular, las imágenes estereotipadas de las maquetas electrónicas presentan una deformación de la realidad que, aun presentando las variables de hipótesis, conducen las miradas a pensar que se trata de emprendimientos urbanos privados (58%) y no vivienda social (30%).

El chalet californiano con techo de tejas, propio de la tradición peronista como solución a la vivienda obrera, opera sobre el imaginario colectivo en tanto estética reconocida y es entendido como barrio popular por el 60% de los encuestados.

Los complejos realizados por otras culturas, como la de los países nórdicos, donde la vivienda estatal reconoce una lógica de organización social extendida hacia todos los sectores y la propiedad no es vista como un valor de atesoramiento sino en relación a su función social, los resultados le asignan la condición de barrio popular dos tercios de los resultados procesados (65%).

Cuando las condiciones de mantenimiento de las unidades de habitación y de los conjuntos presentan cierto grado de abandono, los niveles de consideración se alejan notablemente de los encuadres aceptados como propios de una vivienda urbana y son identificados como asentamientos (36%) haciendo que solo (24%) les asigne el rol de vivienda social y un 50% disperse los resultados hacia otras opciones.

También Colonia Sola es un claro ejemplo de esta percepción cuando el 84% estima que se trata de un lugar popular asociado a un asentamiento o villa despojándole de toda condición de habitabilidad.

Similar resultado ofreció Lugano (87%), sin embargo, en otro extremo, cuando las viviendas sociales o conjuntos populares mejoran sus condiciones de tenencia, la asociación directa entre la estética que presentan y la de los barrios urbanos registra resultados interesantes, como ocurre con el complejo Monteagudo (83%).

A mayor deterioro mayor identificación con la vivienda social, lo que en principio habla de esa estigmatización latente que se precipita sobre los sectores postergados y sus lugares de habitación recortándolos a un segmento diferenciado de la ciudad, la ciudad negra.

Finalmente, es interesante ver como en cada actor social funciona esa cosificación subyacente hacia el hábitat obrero, en rigor, mientras los conjuntos sociales construidos apenas son considerados por el 12% de los encuestados como edificios urbanos, el 86% entiende los emprendimientos privados para la clase alta y media como parte de la ciudad, confrontando claramente dos modelos de imaginario enfrentados.

A modo de cierre, nuestros estudios se han orientado a conocer acerca del proceso que con distintos registros en los grados de tolerancia se mantiene latente hasta el presente por la disputa de sentido, y que enfrentó y enfrenta a sectores de coordenadas identitarias diferentes.

Establecer la multicausalidad que opera sobre la formulación de los imaginarios excluyentes escapa largamente al sentido de nuestro estudio y sobre todo a nuestro conocimiento, pero sí podemos ensayar un intento por instalar un debate que se

interpele acerca de las formas de producción del hábitat entendido como el lenguaje construido de una arquitectura para el necesitado inserta en un contexto urbano inclusivo.

Este capítulo no se propone conformar desde los indicadores detectados un instrumento operativo de intervención en las políticas públicas, mucho menos determinar un momento estático en el devenir de una siempre presente necesidad contemporánea, tal como señalamos al determinar la multicausalidad y la dinámica de los procesos que involucra.

Muy por el contrario, se trata de instalar una búsqueda reflexiva, quizá limitada, quizá subjetiva, quizá incompleta, que entienda al hombre de la pobreza y su urbanidad en sus circunstancias y particularidades, en su interioridad como individuo igual y como sujeto llamado a la participación colectiva en un espacio público que le es propio.

Solo un intento por instalar un aporte que provoque encontrarnos en la construcción de una nueva conciencia capaz de determinar un episodio diferente y fundante en la forma de interpretar y establecer una contracultura inclusiva y solidaria.

CONCLUSIONES

“La redención discursiva de una pretensión de verdad lleva a la aceptabilidad racional, no a la verdad” (Habermas).

En la imposibilidad de ofrecer certezas, nuestro trabajo sostiene un conjunto de presunciones de resultado abierto, que sujetos a futuras exploraciones, aporten a la construcción de un saber poco estudiado.

Sin embargo, sí podemos intentar algunas líneas reflexivas que nos permitan desde los argumentos presentados una aproximación interpretativa que se interpele sobre posibles reformulaciones orientadas a promover una contracultura social y urbana que resulte en una identidad común inclusiva.

En este camino imaginamos identidad entendida como unidad de sentido en la diversidad cultural de un contexto simbólico que entiende al sujeto en sus circunstancias y dimensiones multicausales.

La palabra exterioriza ideología, es símbolo que expresa idea y es contenido que determina sentido.

Consecuentemente, vivienda social, como construcción semántica adjetivada, denota una entidad física, la vivienda y al mismo tiempo un atributo, prejuicial y estigmatizante, que caracteriza al habitante popular.

Desde un enfoque teórico tradicional del lenguaje en tanto palabra, la vivienda social refiere a un conjunto de objetos a los que le confiere significado.

Comprender el valor socialmente asignado a la conceptualización que encierra la idea de la vivienda social nos acerca a la comprensión de la historia de la exclusión a los hombres de la pobreza, sus lugares de habitación y el interés de los sectores dominantes por el apoderamiento del espacio urbano.

La carga signica que encierra la palabra como representación que adjudica a un sector diferente carácter identitario resulta concluyente para entender la cultura fragmentaria que organiza la ciudad y pone en discusión la necesidad de decodificar la debilidad simbólica con la que se construye una desigualdad legitimada en el imaginario colectivo por las soluciones de habitación.

Una segunda mirada hace posible reconocer la necesidad de reconstruir el lenguaje, de entender sobre el merecimiento de seguir pensando sobre la palabra, para avanzar en un enfoque contracultural que encuentre comunes denominadores en la diversidad.

Esa diversidad georreferenciada en lo urbano se presenta como un espacio privilegiado para el estudio de la palabra como protagonista de un nuevo paradigma hacia la igualdad física y de los atributos.

Vivienda social en nuestro entender, y tal como revela la investigación explicitada en el último capítulo, tiene sobre el sujeto social una dotación de sentido en la que dice más de lo que dice, dice aún en lo que no dice y dice también en los silencios que calla el que dice.

En los niveles consciente e inconsciente donde tienen lugar las representaciones que hoy promueven pulsiones desarticuladoras de una sociabilidad con el otro, el significado que arroja la palabra ocupa un lugar central en las redefiniciones que nos debemos a la hora de establecer los márgenes en los que debe promoverse una política pública de hábitat, y por lo tanto, desatender el papel del significado en la construcción oral del estigma sobre la pobreza sería tan impropio como no detenernos a reflexionar sobre la necesidad de reelaborar un lenguaje de arquitectura hasta aquí materialmente funcional con la idea de múltiples ciudades dentro de la ciudad.

La vivienda social es el lugar de un otro que nos remite al otro, un otro que no es un nosotros y que en ese sentido da densidad a su dimensión como palabra significada trascendiendo más allá para ser memoria, para ser referente de lo distinto, de lo que no soy, de lo que no quiero ser.

“Social” en la vivienda entonces debe dejar de ser una semántica que en el lexicón en que se inscribe nuestro lenguaje común opere como identidad del excluido para pasar a ser parte de una praxis del encuentro, en la que, mediada por una resignificación como palabra, se enmarquen las coordenadas de una ciudad inclusiva.

Y esa praxis del encuentro que proponemos involucra las trayectorias y los espacios en las dimensiones física y de los atributos exploradas, e involucra también una forma de otredad de reconocimiento en el otro, es decir, una otredad en lo urbano donde vivienda sea toda vivienda y una otredad social donde sujeto de derecho seamos todos los sujetos.

Concordante con la promoción de distintas prácticas correctivas que imaginamos posibles, debemos comprender que estas se sostienen desde la existencia de una verborragia excluyente en los discursos aceptados, y de manera asociada en la contundencia de imágenes estereotipadas del hábitat de la pobreza, que en conjunto construyen un sentido de los hechos que terminan por conformarse, así como una carga insostenible para las mayorías populares hoy disociadas del cuerpo socio-urbano.

Para los otros sectores, los titulares del poder real, la criminalización de los hombres de la pobreza estructural y sus barriadas resulta estratégica para esterilizar y aislar todo proceso de conquistas, que, orientado a elevar en la pirámide social a los deciles más bajos de la sociedad, redistribuya la riqueza en contra de sus intereses corporativos.

La polisemia orientada en los prejuicios que acompaña a la construcción sociológica de la vivienda social pone en juego en la memoria colectiva aquella idea de otredad, tal como la pensamos, y también de manera asociada la alteridad ambas como categorías de análisis en la exclusión al desclasado.

El carácter epistemológico que explora desde un otro diferente la imagen de una cultura distorsionada y asentada en espacios periféricos al urbanismo oficial, concibe una heterogeneidad subsumida en un lenguaje estigmatizante, oral y construido, que da lugar a caracterizaciones sustantivas del distinto recluyéndolo irrecuperable en la informalidad y confrontando contra toda posible idea de otredad en tanto reconocimiento en ese otro.

En la articulación de las representaciones que se presentan más o menos distorsionadas, más o menos construidas, desde la subjetividad de la dominante, el descubrimiento del diferente que vive en un mundo distinto dentro de su universo promueve una amplia gama de imágenes y visiones múltiples de un él o un ellos desconocido y por ende peligroso.

Así la alteridad debe entenderse, en dirección a una identidad calificada, como una división tácita entre un nosotros (los estadios urbanos) y un ellos (la suburbanidad) con culturas, costumbres y tradiciones de perspectivas opuestas y enfrentadas en la construcción de sentido al interior del espacio público fragmentado.

Esta alteridad asimétrica pone frente a frente dos realidades de convivencia no integradas, donde el más fuerte domina e impone su cuerpo de creencias y construcciones sociales al más débil legitimando la desigualdad y la exclusión.

Es por ese motivo que nuestra propuesta de repensar la palabra en las dimensiones y trayectorias del otro desafía la mecánica imperante en la estructura estigmatizante del pobre que se ofrece efectiva en la construcción de los consensos sociales medios, a partir de poner en valor conductas represivas originadas en la propagación de símbolos que reconfiguran la realidad objetiva, manipulan las subjetividades de conjunto y recalifican los significados colonizando las voluntades del colectivo.

Es modelando el pensamiento masivo como producen e imponen trayectorias a los sectores pauperizados, habitantes de la informalidad, imponiendo opinión y

asumiendo por común una identidad única posible que se establece como verdad irrefutable acallando y minimizando toda mirada alternativa.

En ese devenir, la gestión del miedo opera por sugestión desde la reiteración y repetición de mensajes cosificantes, tal como confirman nuestros estudios, presentes en los medios de comunicación que son parte activa de la dominación y el control de los dispositivos culturales desplegados en favor de cristalizar una subjetividad indeseada.

El ideal del ser social asumido por las representaciones paradigmáticas de lo humanamente correcto que el sistema legitima normativiza las relaciones sociales movilizándolo una identidad que rápidamente separa al diferente y habilita su eliminación como sujeto y sus lugares de habitación en la ciudad.

Desactivar la conducta pasiva del colonizado, que asiste y acepta consciente las imágenes que se le ofrecen de lo anómalo, y que narcotizado reproduce el mensaje de los sectores interesados y que termina articulando en favor del sector de interés la explotación de sentido para impulsar opiniones, ideales, valores y pertenencias, es el desafío del nuevo artefacto que debe construir la política pública de vivienda.

En definitiva, se trata de reconfigurar una ideología de la dominación que tiene en el poder corporativo el referente exclusivo de una alteridad que civiliza al otro diferente o lo margina.

Apelar al miedo al otro solo será efectivo en tanto la producción discursiva construya la demanda de seguridad para luego accionar sobre la pobreza legitimado, en la certeza extendida que se trata de una decisión tomada por los ciudadanos, el resolver esa demanda argumentalmente implantada en el imaginario.

A pesar de ello, no escapa a nuestra mirada conclusiva que el vínculo entre la violencia y la criminalidad en las grandes ciudades capitales con los indicadores crecientes de pobreza urbana, no reconocen causalidad visible, ni está claro que lo uno sea consecuencia de lo otro, lo cierto es que sí el agigantamiento de sus repercusiones opera sobre la negatividad que se construye sobre los pobres de la ciudad.

Por lo tanto, un proyecto racional demandará de decisiones racionales, y es racional entender como principalmente y en el caso de la búsqueda de demonizar a los sectores populares, el punto en juego es cómo el relato semántico y construido del lenguaje oral y arquitectónico, busca crear actores urbanos cooptados por los relatos estigmatizantes para que asuman comportamientos irracionales hacia los pobres.

Se busca en la estrategia conformar anticuerpo a la informalidad arrastrando al conjunto social desde la naturalización de un discurso excluyente que a menudo con

sus conductas opera en contra de sus propios intereses encolumnado detrás una esperanza ascensional que es ilusoria.

Esos sectores medios y medios acomodados no discuten la profundidad del problema, y no lo hacen por una muy buena razón, y es que la lógica dominante impregna de significado las promesas de restauración a valores consagrados y, por otra parte, porque la estructura argumental de los contenidos no se sostiene en los hechos con la realidad colectiva que experimentan los habitantes de la pobreza.

En lo contracultural otro punto a reflejar es la forma que asume la construcción de consensos, la planificada gestión del miedo como estrategia instrumental y el rol de los medios corporativos en los mecanismos de difusión de los discursos e imágenes de la estigmatización.

La deseada invisibilidad de los sectores habitantes de la pobreza y la marginalidad, deslegitimados en sus derechos, necesita del sometimiento y el control de sus sentidos, sus prácticas y su cultura, lo que supone poner en práctica una estrategia estigmatizante que, impulsada por los sectores dominantes, ensanche la base de consensos necesarios a partir de ampliar el sentido de pertenencia de los sectores medios con sus planes de exclusión.

Como vimos, los desarrollos discursivos que operan sobre la memoria colectiva se sostienen gestionando el miedo que la media social tiene a caer por fuera de los márgenes establecidos por la sociedad formal.

La criminalización de la pobreza, los reclamos punitivos a sus hombres y mujeres y la erradicación de sus lugares de habitación establece una distancia definitiva en la estructura social suprimiendo de forma coercitiva la disputa y el conflicto dentro de los límites del espacio público.

Establecer como primacía de las políticas públicas el reclamo por seguridad, acciona los mecanismos represivos en manos de un estado autoritario, quien encuentra funcional a los intereses del poder fáctico (que conduce el proceso tras escena), dar continuidad a la exclusión antes que resolver las causas estructurales de la desigualdad.

Se trata de un imperativo conceptual del tradicional conservadurismo político al que la rigidez de su desiderato programático jamás le permitió comprender, tal como registra Hugo Ratier en su "*Villeros y Villas Miseria*" que aquello que se debía eliminar no eran las villas sino la miseria.

El carácter disruptivo atribuido a lo popular moviliza un racismo exacerbado, y consecuente con ello una forma de violencia física, material y simbólica que despliega el poder institucionalizado orientado por una ideología de lógica malthusiana.

En efecto, en su *“Ensayo sobre el principio de población”* (1798), Thomas Malthus sostuvo que la principal amenaza de las sociedades era la sobrepoblación, aunque el contexto era bien diferente y bien diferente el sentido de sus conclusiones, sin duda puede asociarse su preocupación por la movilidad demográfica al proceso de sustitución de importaciones que pobló los grandes centros urbanos, y su prescripción de suprimir la asistencia a los pobres y controlar su crecimiento para evitar el caos y la miseria, con la criminalización de la pobreza, la represión, la persecución y los planes de erradicación de las villas de emergencia aplicados durante la segunda mitad del siglo XX.

Se tratará de una ideología que asume posiciones diferenciales entre un sector depositario de la razón y llamado a conducir el crecimiento y la grandeza de la sociedad y otro excedente, habitado por los diferentes, inferiores e irrecuperables que deben ser aislados en la miseria de sus claustros y solo habilitados a trabajar en las tareas inferiores que demanda el desarrollo, cercados en sus límites urbanos y olvidados en sus demandas.

En tanto ideología consagrada, resulta complejo el abordaje en favor de desplegar esa necesaria contracultura que imaginamos, excluya de su lenguaje un lenguaje de exclusión.

Es entonces que cobra sentido dar forma a un programa que democratice la palabra y construya una imagen resignificada de los edificios para la pobreza presentando diferentes escenarios a la consideración del conjunto.

Entendemos que solo desde allí el estigma a lo popular, que tiene en los medios de comunicación un canal de difusión eficiente y cuya narrativa garantiza la masificación del discurso imperante, y al mismo tiempo en términos de imágenes, permite identificar a los actores disfuncionales y sus lugares de habitación para poder delimitar claramente los márgenes materiales de la ciudad aceptada, puede ser reconvertido e institucionalizado como política pública inclusiva.

Será posible entonces combatir la cualificación clasista que les niega humanidad y construye sentido, alcanzando a los iconos representativos de una estética construida y desplegada por la acción pública, privada o autogestionada como articuladora en la reivindicación del derecho a la vivienda digna.

Finalmente, y tal como se desprende del entendimiento y las distancia que los sectores de civilidad proclamada como real establecen en relación a una moralidad malformada y que habita en estos recortes estatalmente planificados, adquiere visibilidad y sentido el rechazo que en términos de imagen de lo indeseado provocan las variables de escala, estandarización y tipología que fue planteada en nuestra hipótesis de trabajo.

Es en esa dirección que podemos concluir que la producción de una subjetividad sobre los otros, contenida en los discursos de expulsión y exclusión social, y que descansa sobre los actores primarios de la marginalidad y sobre los gobiernos populistas, también estigmatizados en tanto resultan intolerables al poder fáctico por sus desvíos en la relación sociedad-estado, operan en el imaginario colectivo una construcción de sentido cuya potencia ideológica, simbólica y cultural subordina cualquier estructura conceptual en que se sostengan las formas construidas de habitar, con independencia de su naturaleza, sea ésta formal o informal, pública o privada.

Reformular aquí también una praxis constructiva que detiene sus formatos conceptuales en una producción arquitectónica subsumida a la valoración de variables técnico formal y funcional disociadas de la de la sociabilidad de los hombres y mujeres que lo habitan debe constituirse en el eje de los debates a futuro del campo académico profesional.

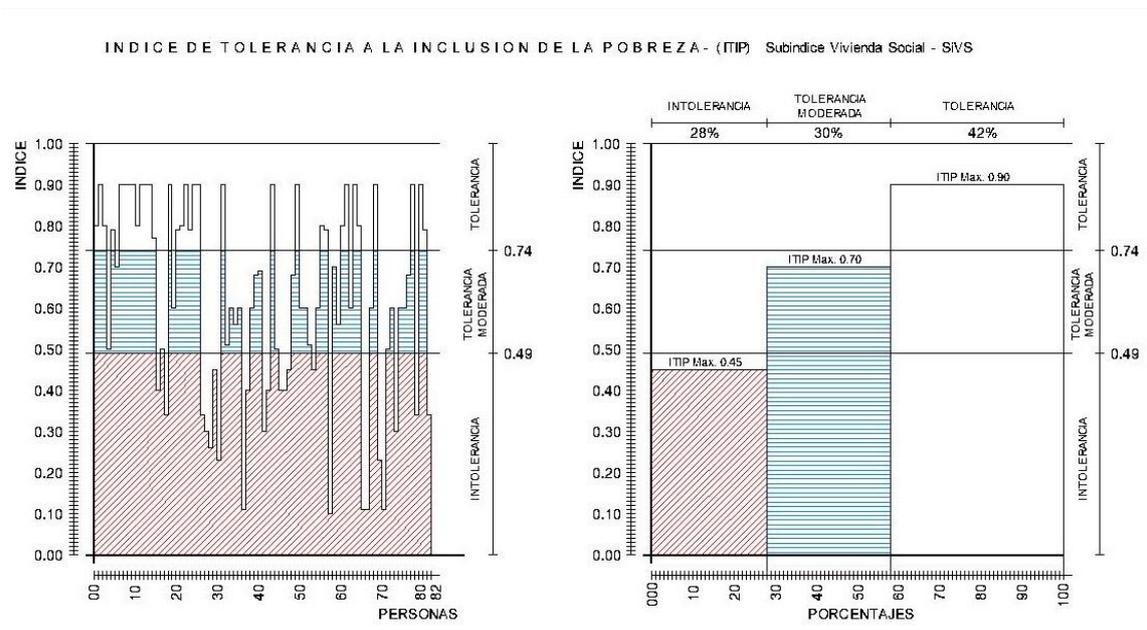
Es decir, comenzar a producir un hábitat de la ciudad abandonando la idea de hacer vivienda en la ciudad, lo que supone comprender la multiculturalidad social existente frente a la vieja cultura urbana uniformadora y dejando de lado definitivamente la dimensión material de sus edificios para explorar su carácter simbólico y el lugar que en la memoria colectiva ocupará su trayectoria.

Una perspectiva sistémica que interpele la producción masiva como modelo excluyente de las políticas estatales introduciendo como variable las consecuentes pluricausales en el uso social del espacio, pondrá en crisis las soluciones proyectivistas propias de la enseñanza áulica y en favor de una nueva opción que contemple la multidisciplinidad como herramienta de intervención.

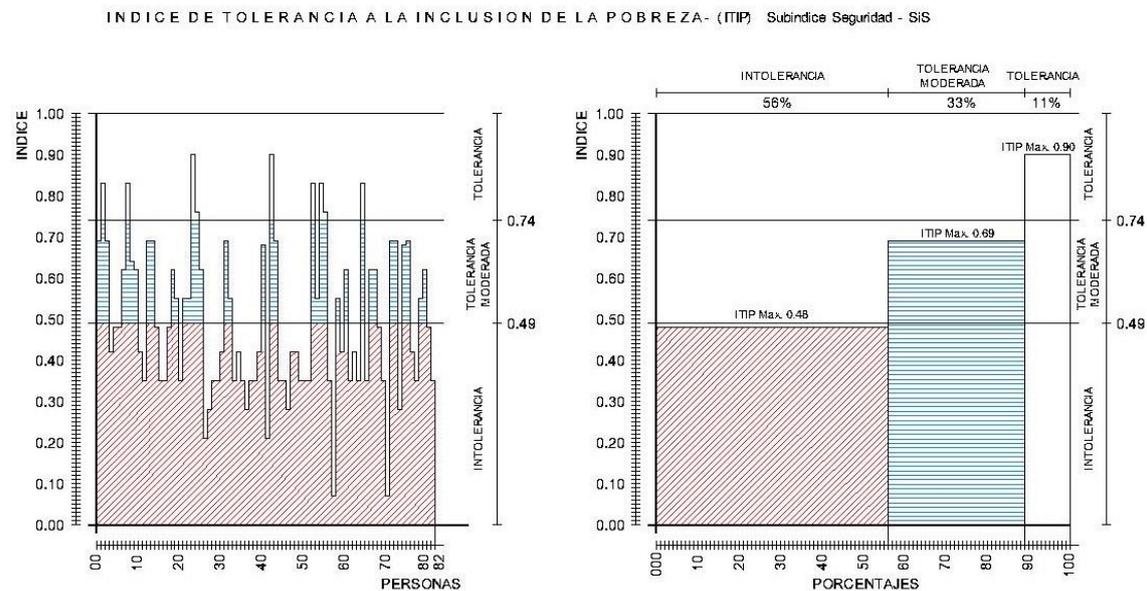
Luego de mucho cuestionarnos los documentos y saberes consultados creemos que la mejor opción para cerrar esta tesis es volver sobre nuestros pasos, y sabedores de que son más las preguntas que nos quedan que las respuestas que hallamos, terminar allí mismo donde empezamos, contraponiendo a la xenofobia explícita del veterinario Fornari una mirada esperanzadora hacia una sociabilidad más igualitaria y justa como la que nos propone Eduardo Galeano (2011, "Los hijos de los días") al preguntarse "*....de los pobres sabemos todo: en qué no trabajan, qué no comen, cuánto no pesan, cuánto no miden, qué no tienen, qué no piensan, qué no votan, qué no creen Solo nos falta saber por qué los pobres son pobres. ¿Será porque su desnudez nos viste y su hambre nos da de comer?*

Buenos Aires, 24 de Julio de 2016.

Documentos Gráficos

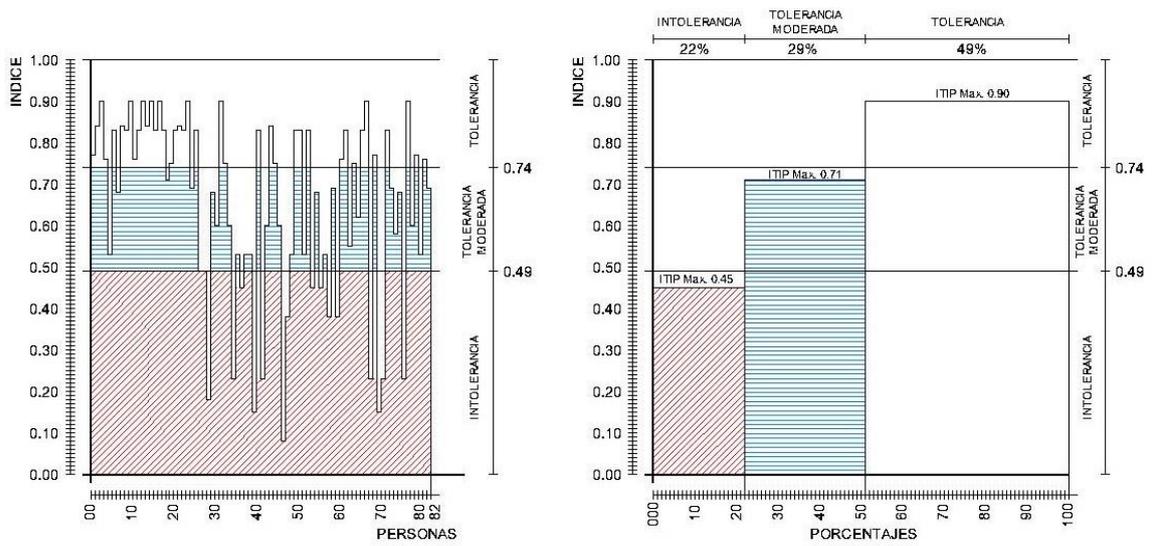


Cuadro 1 ITIP – Subíndice Vivienda Social (SiVS)



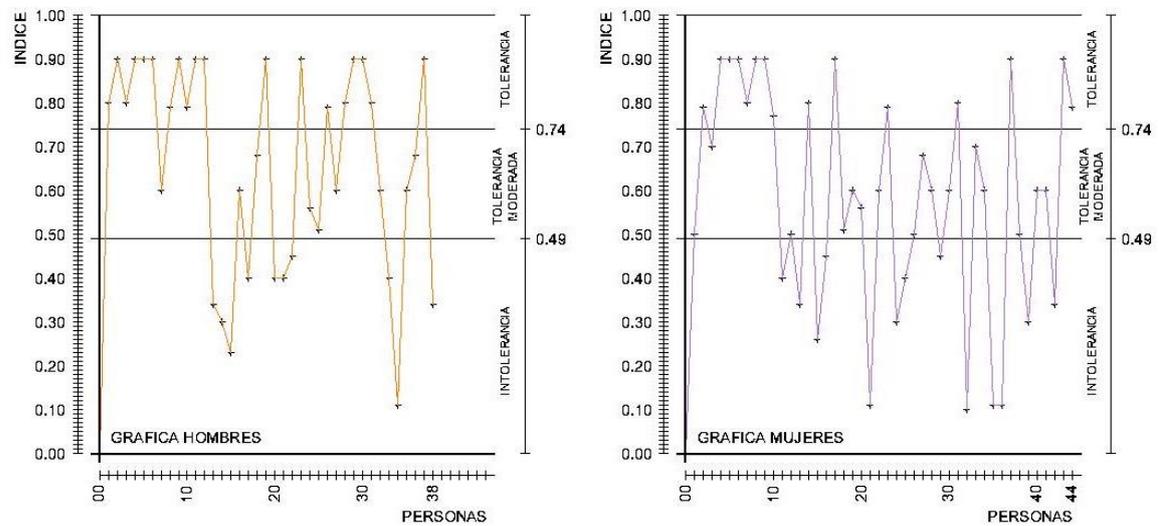
Cuadro 2 ITIP – Subíndice Seguridad (SiS)

INDICE DE TOLERANCIA A LA INCLUSION DE LA POBREZA - (ITIP) Subíndice Estado - SiE



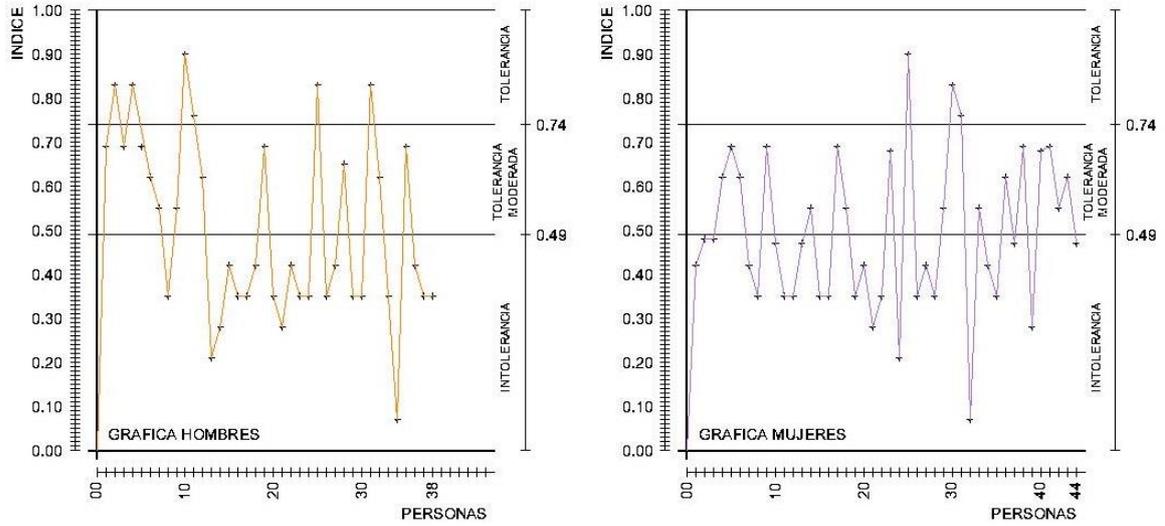
Cuadro 3 ITIP – Subíndice Estado (SiE)

INDICE DE TOLERANCIA A LA INCLUSION DE LA POBREZA - (ITIP) Subíndice Vivienda Social - SiVS



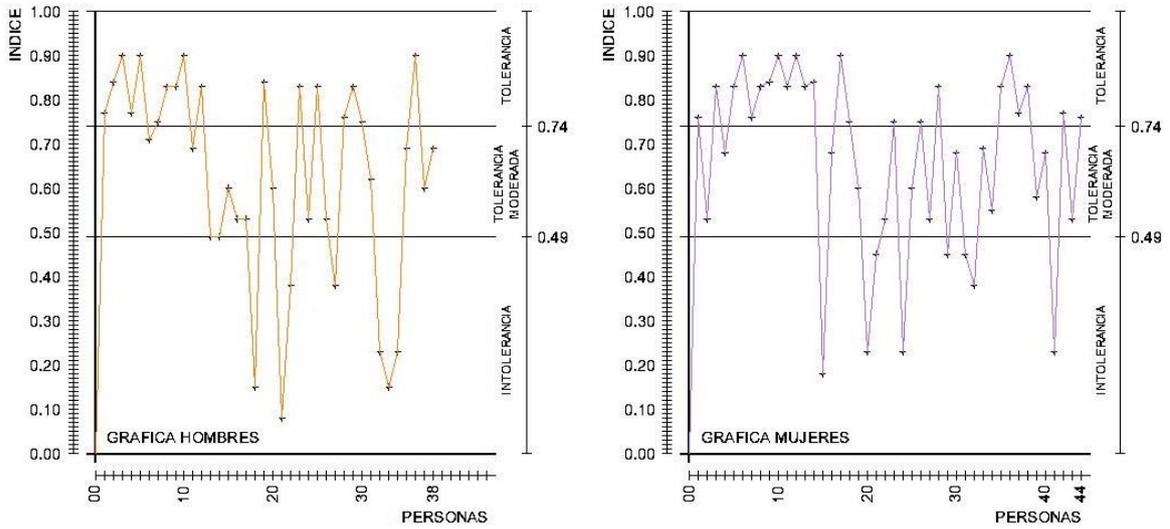
Cuadro 4 Subíndice Vivienda Social (SiVS) por Sexo

INDICE DE TOLERANCIA A LA INCLUSION DE LA POBREZA- (ITIP) Subíndice Seguridad - SiS



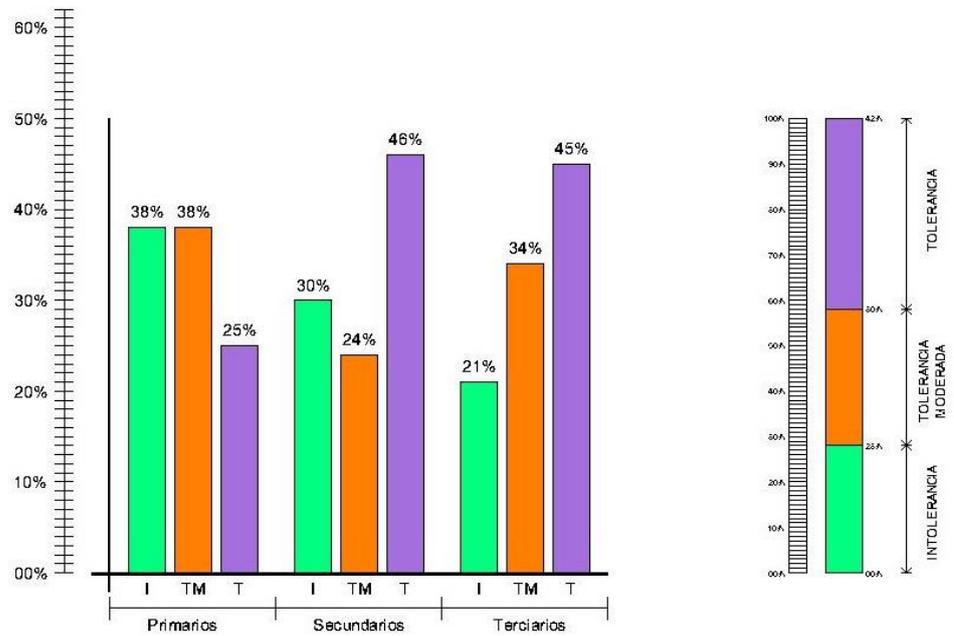
Cuadro 5 Subíndice Seguridad (SiS) por Sexo

INDICE DE TOLERANCIA A LA INCLUSION DE LA POBREZA- (ITIP) Subíndice Estado - SiE



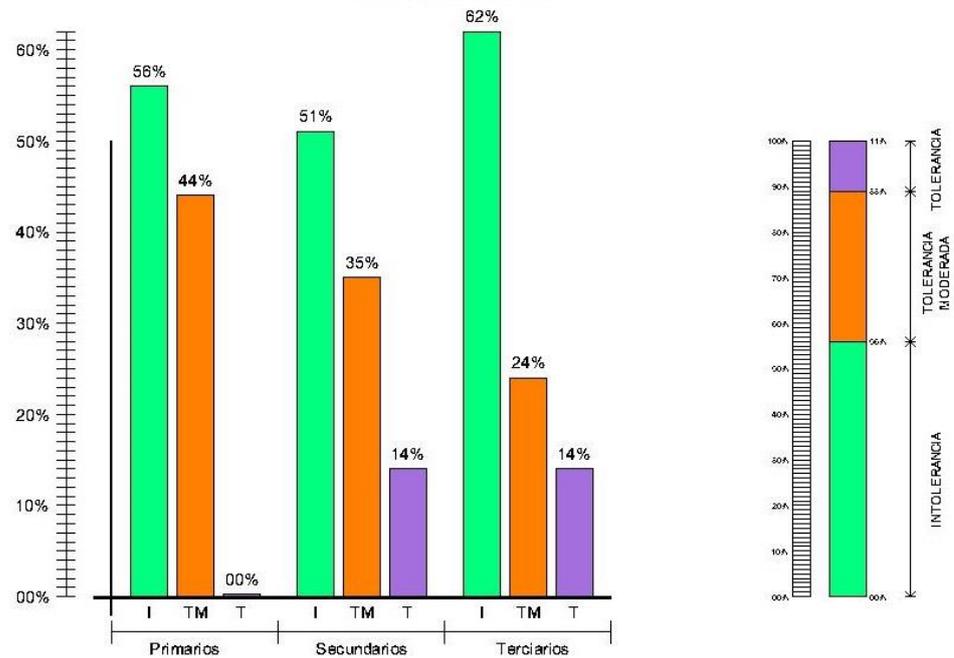
Cuadro 6 Subíndice Estado (SiE) por Sexo

INDICE DE TOLERANCIA A LA INCLUSION DE LA POBREZA- (ITIP)
Subíndice Vivienda Social - SiVS



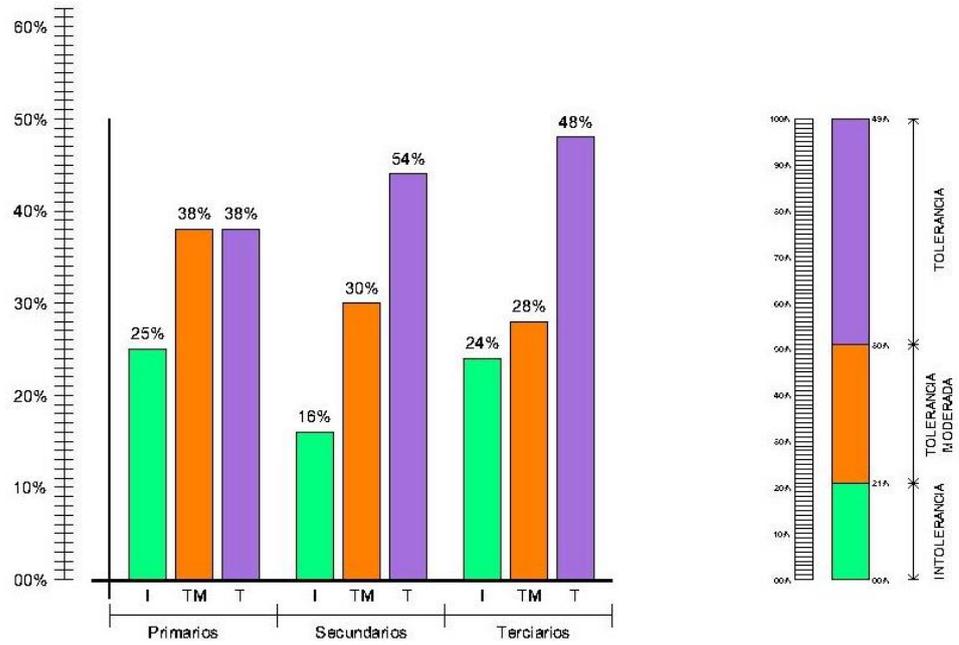
Cuadro 7 Subíndice Vivienda Social (SiVS) por Nivel Educativo

INDICE DE TOLERANCIA A LA INCLUSION DE LA POBREZA- (ITIP)
Subíndice Seguridad - SiS



Cuadro 8 Subíndice Seguridad (SiS) por Nivel Educativo

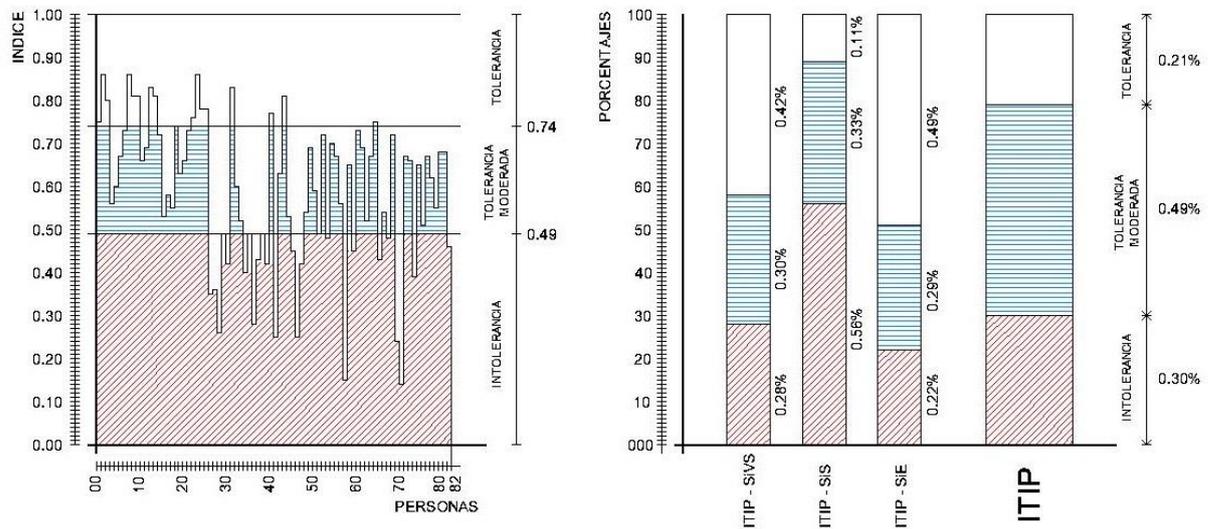
INDICE DE TOLERANCIA A LA INCLUSION DE LA POBREZA- (ITIP)
Subíndice Estado - SiE



Cuadro 9 Subíndice Estado (SiE) por Nivel Educativo

-INDICE DE TOLERANCIA A LA INCLUSION DE LA POBREZA-

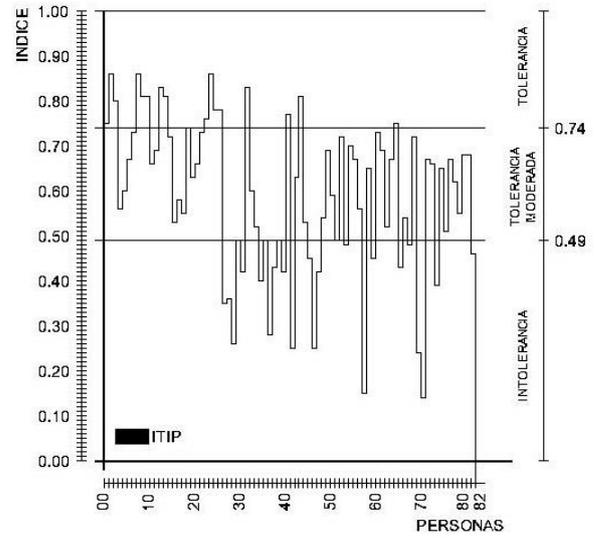
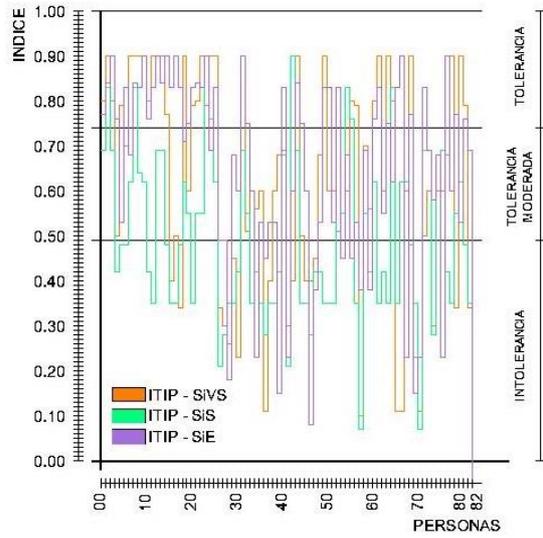
ITIP



Cuadro 10 ITIP Total

- INDICE DE TOLERANCIA A LA INCLUSION DE LA POBREZA -

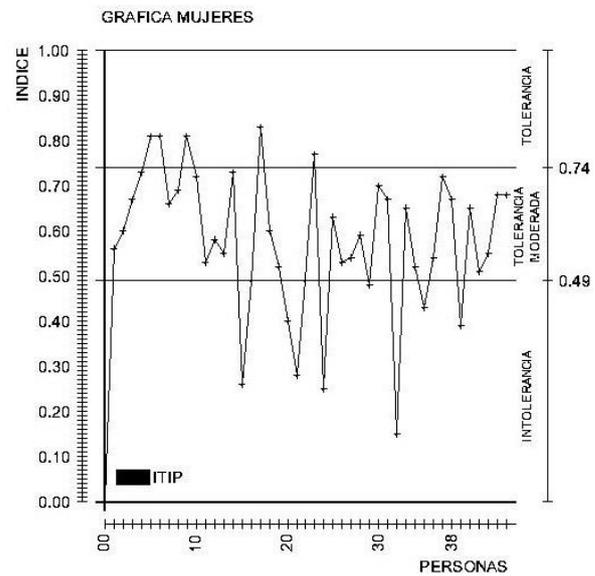
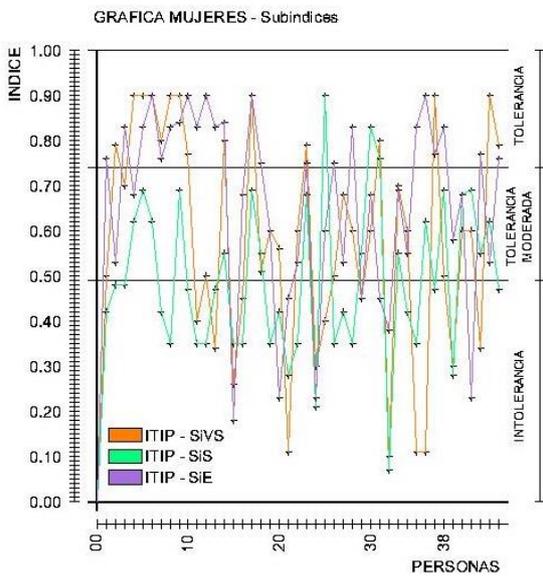
ITIP



Cuadro 11 ITIP Total

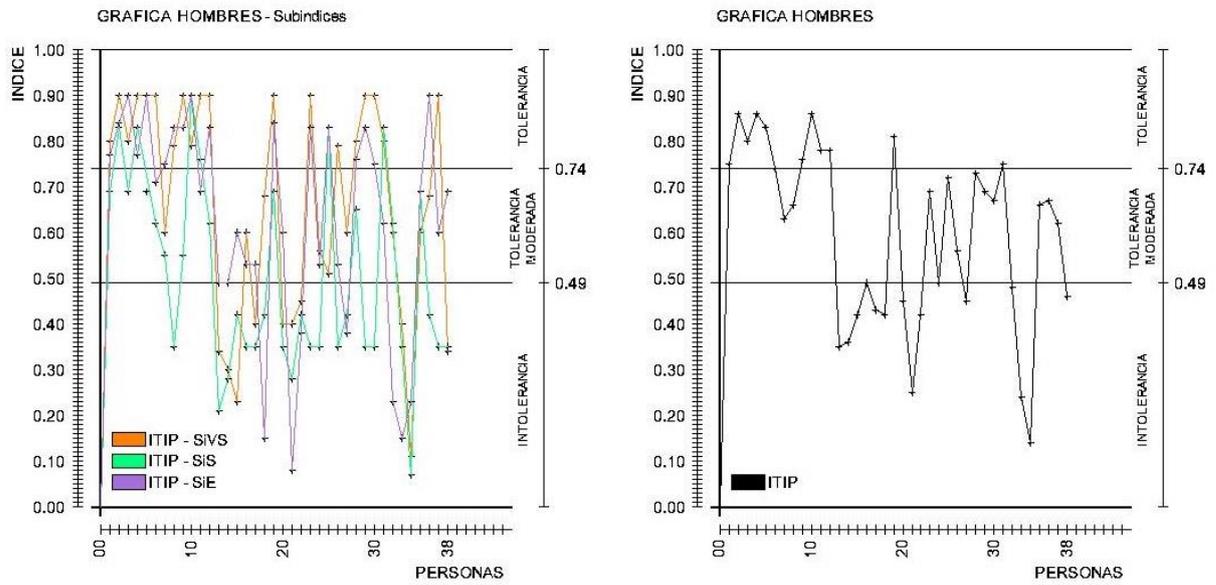
- INDICE DE TOLERANCIA A LA INCLUSION DE LA POBREZA -

ITIP



Cuadro 12 ITIP Total por Sexo (Mujeres)

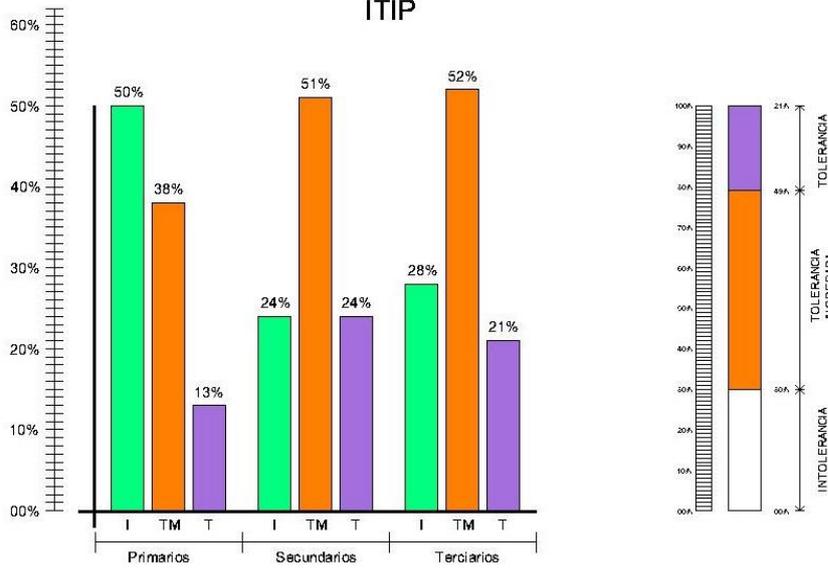
- INDICE DE TOLERANCIA A LA INCLUSION DE LA POBREZA -
ITIP



Cuadro 13 ITIP Total por Sexo (Hombres)

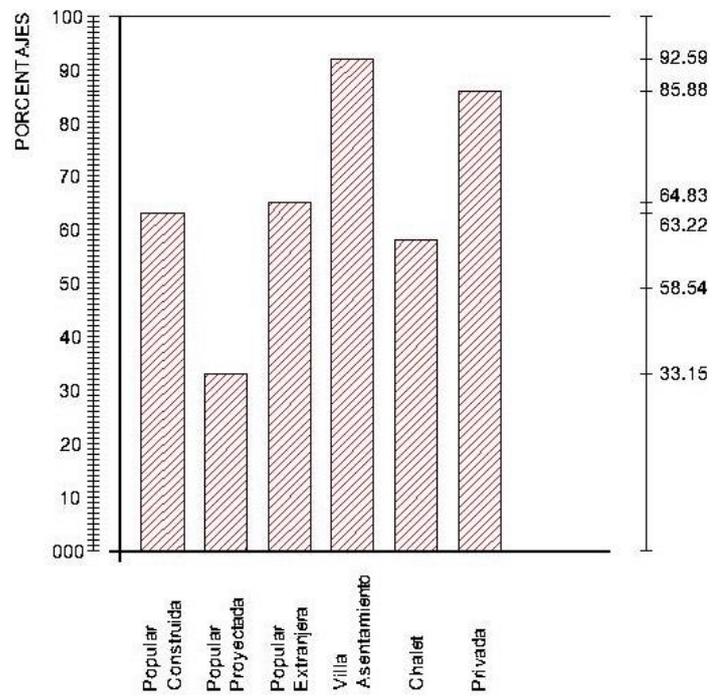
- INDICE DE TOLERANCIA A LA INCLUSION DE LA POBREZA -

ITIP



Cuadro 14 ITIP Total por Nivel Educativo

- INDICE DE RECONOCIMIENTO URBANO -
IRU



Cuadro 15 Índice de Reconocimiento Urbano IRU

Bibliografía

- Almeida, P.** "Sociología Urbana e Ideología". En Colección Summaries (eds.). "Arquitectura e Ideología". Ediciones Summa S.A. Año 10 Número 113. Argentina, mayo 1987. Pp. 9-14.
- Anguita, E. y Caparrós, M.** "La Voluntad" Tomos I a IV. Argentina: Buenos Aires. Grupo Editorial Norma. 1998.
- Arendt, H.** "La condición Humana". Buenos Aires: Editorial Paidós. 2003.
- Baeza, M. A. y Grace Silva, G.** "Imaginario social del otro. - El personaje del forastero en Chile (de 1845 a nuestros días)". En XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología. Buenos Aires, 2009.
- Ballent, A.** "Las huellas de la política – Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955" Colección Las ciudades y las ideas- UNQ – Prometeo 3010, 2005 pp. 20
- Barrios, R. y Fernández, N.** "(con) Vivir con el peronismo – Vivienda y ciudad durante el primer peronismo". Vol. 25, Julio – septiembre 1985.
- Bauman, Z.** "Vidas desperdiciadas". Ediciones Paidós. - Ibérica. - 2005.
- Bayer, O.** "La Patagonia Rebelde". Tomo III – Humillados y ofendidos - Buenos Aires: Ediciones Booket. 2004 – pp. 177/202.
- Berlín, Isaiah.** "Vico y Herder". España, Madrid: Ediciones Cátedra. 2000.
- Cabrera, D. H.** "Imaginario social, comunicación e identidad colectiva". Facultad de Comunicación. Universidad de Navarra. Disponible en: www.portalcomunicacion.com
- Campos Baeza, A.** "La idea construida". Editorial Kliczkowski. Año 2000.
- Castoriadis, C.** "La Institución Imaginaria de la Sociedad". Tusquets Editores. Buenos Aires, 2007. Pp. 195.
- Cooke, J. W.** en "Restos pampeanos: ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX" González, H. Ediciones Colihue SRL, 1999 pág. 407.
- Crovara, M. E.** "Pobreza y estigma en una villa miseria argentina". En *Política y Cultura*. Año 2004, núm. 22. Pp. 29-45.
- Di Virgilio, M. M., Rodríguez, M. C.** "Producción social del hábitat en las principales ciudades del Cono Sur: Abordajes conceptuales, prácticas de investigación y experiencias". *Café de las Ciudades*. Colección Hábitat. Buenos Aires (en prensa).
- Duarte de Perón, E.** "Descamisados" Manera en la que Evita llamaba a los trabajadores que adherían al peronismo ironizando sobre las características de vestimenta que utilizaban las clases altas urbanas.
- Dunowicz, R. y Villaveirán, F.** "El Hogar Obrero. Un Siglo de Vivienda Cooperativa". CGCyM. Argentina, Buenos Aires: Instituto Argentino de Investigaciones de Economía Social (IAIES). 2013.
- Fast, H.** "La pasión de Sacco y Vanzetti". Argentina: C.A.B.A. Editorial Siglo Veinte. 1953.
- Fernández Wagner, R.** "Democracia y Ciudad. Procesos y políticas urbanas en las ciudades argentinas 1983-2008". Colección 25 años, 25 libros. Argentina, Buenos Aires. Editorial Universidad Nacional de Gral. Sarmiento. 2008.
- Ferraui Curto, M. C.** "Inmigrantes en nuestra propia patria". Apuntes de Investigación CECYP/Lecturas en Debate, Nº 13. Pp. 221-225. Disponible en : www.dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4509245 1997-2016.
- Figes, Orlando.** "La revolución rusa 1891-1924 – La tragedia de un pueblo". Buenos Aires: Editorial Edhasa. 2000.

- Forcadell**, María "Representaciones e imaginarios sobre la pobreza. Villa miseria y subjetividad en la literatura argentina del siglo XX y XXI". En Washington University. *All Theses and Dissertations (ETDs)*. Saint Louis: Missouri. Diciembre 2009. Pp. 113.
- Fourier**, C. "El Falansterio: Textos seleccionados de Charles Fourier". México: Editorial Godoy. 2009.
- Galeano**, E. "Los hijos de los días". Argentina, Bs. As.: Siglo XXI. 2012.
- Habermas**, J. "La ética del discurso y la cuestión de la verdad". España, Barcelona: Editorial Paidós Ibérica. 2003.
- Harvey**, W. "Teoría de la Circulación Sanguínea" en Sennett, Richard "Carne y Piedra – El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental" Alianza Editorial, 2007.
- Howarth**, D. "La Teoría del Discurso". En David Marsh y Gerry Stoker (eds.). *Teoría y métodos de la ciencia política*. - Madrid: Alianza editorial. Pp. 125-142.
- Junio**, J. C. en "Democracia y libertad, ayer y hoy" Diario Tiempo Argentino. Año 6 N° 2035, 1999 - enero 2016. pp. 24.
- Krafft Ebing**, R. "Psychopathía Sexualis" (1886). En Marchesini, A. "La estructura perversa". Revista Digital de la EOL. - Disponible en: www.virtualia.eol.org.ar. N° 28.- Julio 2014.
- Lacan**, J. La verité a structure de fiction. "El seminario Libro 1: Los escritos técnicos de Freud". Cevasco, R. y Mira Pascual, V. Traducción. Paidós. Bs. As. Argentina (1953/54).
- Lacan**, J. en Fuentes, M. "Fantasma". Disponible en: www.elpsicoanalisis.grg.ar. N° 4. Argentina
- Le Corbusier**, en Curtis, W. "Le Corbusier – Ideas and Forms" EEUU, New York: Editorial Phaidon. 1986.
- Lefebvre**, H. "La producción del espacio". González, P. en "Los asentamientos populares en la región metropolitana de Buenos Aires: Emergencia y reproducción del territorio en los procesos neoliberales de construcción de ciudad (1980-2010)". Facultad de humanidades y ciencias de la educación. UNLP. Memoria Académica. Geograficando. Año 6, N° 6. 2010. pp. 147-164.
- León** PP XIII "Rerum Novarum". Carta Encíclica. - Sobre la situación de los obreros. Disponible en: W2.vatican.va/encyclicals/documents. Roma. - mayo de 1891.
- Libro de Lectura**, 2 Grado "Nuevos Albores". Cap. "La familia hoy". Argentina: Editorial H.M.E. 1948.
- Loos**, A. "Ornamento y Delito y Otros Escritos". España, Barcelona: Editorial Gili. 1980.
- Lvovich**, D. "Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina". Grupo Zeta. - 2003, Cap. La semana trágica / El gran miedo de 1919 - pp. 173.
- Malthus**, R. M. "Primer ensayo sobre la población". España, Madrid: Minerva Ediciones. 2010.
- Margulis**, M. "Migración y marginalidad e la sociedad argentina". Buenos Aires: Paidós. 1968.
- Marx**, K. en Berzosa, C. y Santos Redondo, M. "Los socialistas utópicos: Marx y sus discípulos". España, Madrid: Editorial Síntesis. 2014.
- Molina y Vedia**, J. en "Habitar en la vivienda social de Buenos Aires 1905-2002" Dunowicz R. y Boselli T. Libro: HABITAR BUENOS AIRES: Las manzanas, los lotes y las casas. - Compilador: Borthagaray, J. M
- Mugica**, C. "Peronismo y Cristianismo". Argentina: Buenos Aires. Editorial Merlín. 1973.
- Nallim**, J. en Ajmechet, S. "El principio del fin o de cómo el peronismo cambio a La Prensa". -Disponible en: www.unsam.edu.ar Jornadas Los Argentinos en Argentina, 1946-1955 – CEHP/UNSAM. Argentina/ abril 2010.
- Nallim**, J. "Las raíces del antiperonismo – Orígenes históricos e ideológicos". Editorial: Capital Intelectual. Argentina 2014.
- Odone**, H. "El lenguaje en la arquitectura contemporánea". Disponible en: www.arguba.com 1999-2016.
- Orlandi**, E. "Análisis del discurso – Principios y procedimientos". Editorial LOM. Chile. 2012. En Borgoña, M. A. Entremeios: Revista de estudios do discurso.v.6, jan/2013 En: <http://www.entremeios.inf.br>

- Pigna, F.** “Los mitos de la historia argentina 3” (desde la ley Sáenz Peña a los albores del peronismo) Argentina: Grupo Editorial Planeta SAIC. Octubre 2006.
- Platón,** “La República – Libro VII”. Editorial Alianza Editorial. - España 2005.
- Prego, M. F.** “Procesos de estigmatización social: la construcción de una alteridad peligrosa como forma de dominación y vigilancia social”. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Buenos Aires. 2013.
- Puiggros, Rodolfo.** “Libre empresa o nacionalización de la industria de la carne”. Buenos Aires: Ediciones EUDEBA. 2013.
- Ratier, Hugo.** “Villeros y Villas Miseria”. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. 1971.
- Rodríguez, M. C., Von Lucken, M., Raspall, T., Perea, C.** “Expansión urbana y desarrollo del hábitat popular en el área metropolitana Buenos Aires. Continuidades y variaciones en seis localizaciones intraurbanas”. Documento de trabajo. Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Rozenmacher, G.** “Cabecita negra”. Centro editor de América Latina. Buenos Aires. 1992.
- Sábato, E.** “Tres revoluciones (los últimos veintiocho años)”. Sábato, Bagú, Barletta y otros. Ciclo Mesas Redondas – Facultad de Derecho UBA. Editorial: Editor Emilio Perrot. Buenos Aires 1959.
- Salvatori, S., Saraví, M. E. y Raggio, S.** “La política social de las topadoras – Erradicación de las villas durante la última dictadura militar”. En: Memoria en las aulas. Programa “Jóvenes y Memoria. Recordamos para el futuro”. Dossier N° 3. Publicación de la Comisión Provincial por la Memoria. En: www.comisiónporlamemoria.org
- Schopenhauer, Arthur.** “El arte de insultar”. España, Madrid: Alianza Editorial. 2011.
- Smith, Adam.** “La riqueza de las Naciones”. Reino Unido, Londres: Editorial Strahan & Cadell. 1776.
- Sued, G.** “El espectro criminal”. Editorial La Grieta. Puerto Rico. Año 2005. Pp. 120.
- Svampa, M.** “La sociedad excluyente: La Argentina bajo el signo del neoliberalismo”. Buenos Aires. - Ediciones Taurus, 2010.
- Tafuri, M.** “Vienna Rossa. La política residenciale nella vienna socialista”. Roma. Ediciones Electa, 1980 pp. 7.
- Team X,** “Manifiesto de Doorm”. Holanda. 1954.
- Todorov, T.** “La conquista de América – El problema del otro”. Ediciones Siglo XXI – Madrid. 1999.
- Verbitsky, B.** en Ratier, Hugo. “Villeros y Villas Miseria”. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. 1971.
- Weber, M.** “Concepto Semiótico de Cultura”. En Tomás Austin Millán. *Fundamentos socioculturales de la Educación*. Universidad Arturo Prat. Chile. Editorial Graficasur. 2004. Cap. 3. Pp. 39.
- Weber, M.** “La política como vocación”. Alianza Editorial. 2009, Trad. Rubio Llorente, F. pp. 83-84.
- Whitford, F.** “La Bauhaus”. Toledo: Ediciones Destino. 1991.
- Wilde, Eduardo** “Obras Completas” en Barrientos, M. *Las palabras del cambio*. Artículo. Argentina. Diario “Pagina 12” marzo 12, 2016.

Documentos

Agarrate Catalina "La violencia". En disco, *Gente Común*. Autores: Cardozo, Yamandu – Cardozo, Tabaré. En: www.youtube.com/watch?v=f_8VtUfAKn4. Uruguay: Compañía Productora Diezcatorce. 2011.

Aguinis, M. "Una oportunidad para frenar al populismo" Artículo. Argentina. Diario "La Nación" febrero 25, 2015.

Andecheaga, Osvaldo "La Ciudad Oculta". En filmografía. Director: Andecheaga, Osvaldo. - Disponible en: www.cinenacional.com/pelicula/la-ciudad-oculta. Buenos Aires: Bison Motion Pictures. Noviembre 1989.

Baudelaire, C. "El arquitecto piensa, pero no producirá una obra hecha de palabras sino un objeto hecho de formas y materiales". Frase. Disponible en: Cosas de arquitectos. www.cosasdearquitectos.com > 2011/07

Besanson, Carlos. "Entre irse a vivir a los caños o al carajo". Artículo. Argentina. La Pampa: Diario del viajero N° 1117. Septiembre 24, 2008.

Borges, J. L. "Frases", The Bosch´s Blog. Disponible en: <https://adribosch.wordpress.com/frases>

Cadicamo, E. "Al mundo le falta un tornillo". Música: Aguilar, J. M. Argentina – Tango. 1933.

Cameron, J. "Mentiras verdaderas" Título original True Lies. - Producción Twentieth Century Fox Film Corporation and Lightstorm Entertainment. Estados Unidos. 1994.

CDySNA, Cámara de Diputados y Senadores de la Nación Argentina "Constitución Nacional 1949". Prologo: Dr. Araoz Castex M. Editorial Pequén. - Buenos Aires, 1983.

CNA, Congreso de la Nación Argentina. "Ley de Residencia (o Ley Cané)". Argentina. 1902.

Cook, J. W. "El peronismo fue el más alto nivel de conciencia al que llegó la clase trabajadora argentina".

Dolina, A. "Un mundo con periodistas". Conductor: Luís Majul. Producción: Luís Majul. Disponible en: www.virtualia.eol.org.ar. Noviembre 2014.

Fornari, J. N. Entrevista periodística. "Jorge Fornari, un violento en Gálvez La patota de Macri" Canal C5N "Economía Política".

Fronidizi, A. "Comisión de Erradicación de Villas de Emergencia (CEVE) (o barrios medio-caño)". Plan de erradicación de villas. Buenos Aires. 1959-1966.

García, G. "Aspectos ideológicos de la lírica tanguera". Especulo - Revista de estudios literarios. Univ. Complutense. España, Madrid. En: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero27/liricata.html>. 2004.

García Ferré, M. "Hijitus" Historieta animada (1967) y gráfica (1969). Argentina. 1955.

González Castillo, J. "El retrato del pibe". Argentina: 1908.

LCABA, Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, "Ley 341" Ciudad de Buenos Aires. 2000.

Martini, A. y Ronca, V. "Almagro". Argentina: 1930.

Masa, S. "El enemigo es el narcotráfico". Spot de campaña. - Buenos Aires octubre 2015.

Milanesio, N. "Los 20 y 20". Así se llamaba despectivamente a los migrantes internos ya que tenían 20 centavos para el vino y 20 centavos para un disco del folclorista Antonio Tormo.

Nebbia, Lito "Quien quiere oír que oiga" En CD "Evita, quien quiere oír que oiga". Mellopea Discos, 1983.

Oliver, M. R. Literata del Grupo Sur. "Me pregunto de que suburbio alejado provienen esos hombres y mujeres casi harapientos, muchos de ellos con vinchas que, como a los indios de los malones les ciñen la frente y casi todos desgreñados".

Oliver, M. R. en "Perlitas de la historia". "El 17 de octubre desde el antiperonismo". Disponible en: www.perlitasdelahistoria.blogspot.com.ar. Octubre 2012.

Piglia, R. Entrevista. "Cuadernos de Recienvenido".

Pondal Ríos, S. "Detrás de un largo muro". Demare, L. Género: Drama. Producción: Argentina Sono Film. Año 1958.

Revista "Un mundo peronista". Publicación Argentina dedicada a la difusión del peronismo. Disponible en: www.ruinasdigitales.com/revistas/mundoperonista. Editorial Haynes. Argentina. 1951/55.

Santoro, D. "El peronismo es democratización del goce". Blog Pájaro Rojo. Director: Juan José Salinas. Disponible en: www.pajarorojo.com.ar > Cultura. Argentina. 2014.

Scalabrini Ortiz, R. "Era el subsuelo de la patria sublevado. Éramos briznas de multitud y el alma de todos nos redimía. Presentía que la historia estaba pasando junto a nosotros y nos acariciaba suavemente, como brisa fresca del río".

Sztajnszrajber, D. "Mentira la verdad" Programa televisivo argentino. Emisión y Producción: Canal Encuentro. Abril 2011.

TV Pública "Falso notero de CNN". En Tubex/6, 7, 8.- Programa periodístico. Conductor: Galende, Luciano. Disponible en: www.youtube.com. Productora Privada. Buenos Aires. 17/06/2012.